

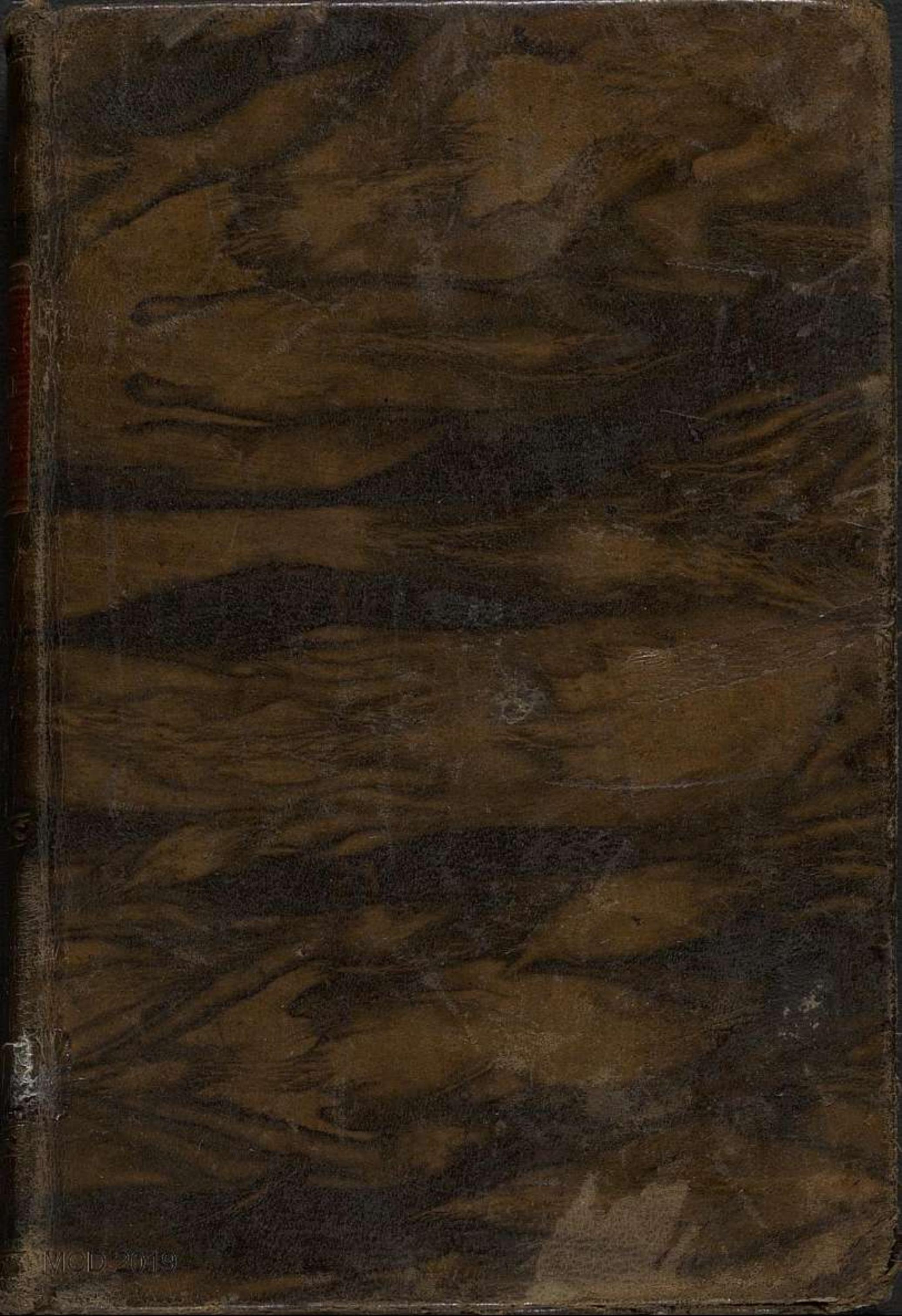


EL
HOMBRE
FINO.



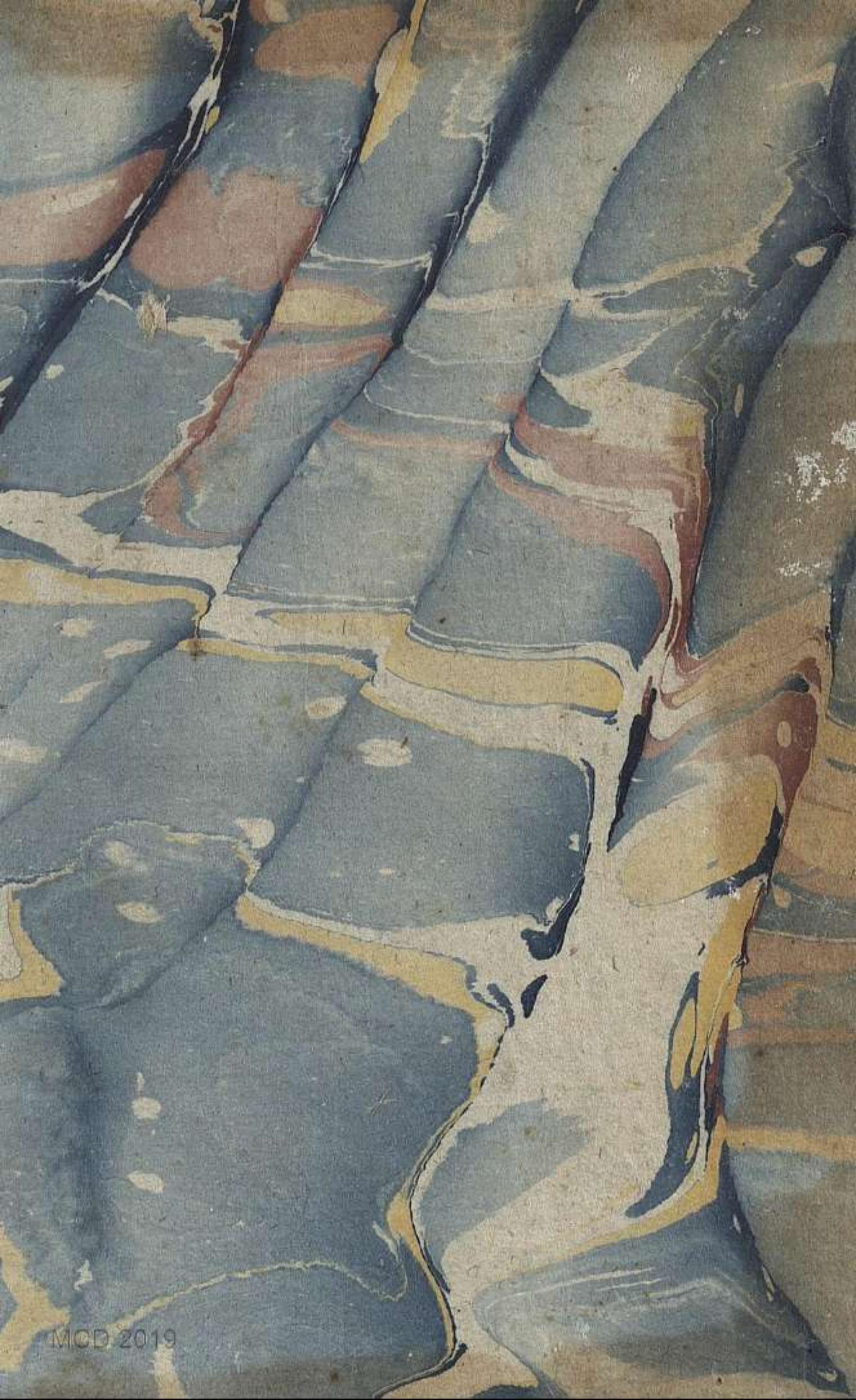
577





MCD 2019

Este libro, y otros de todas Ciencias
y Facultades, se hallará en Zaragoza
en la Librería de José Yagüe, calle
Nueva del Mercado.



MCD 2019

MCD 2019

7A-318

El Hombre Fino



al gusto del día,

ó **Manual completo**

42. 16.

DE

URBANIDAD, CORTESIA Y BUEN TONO,

con las reglas, aplicaciones y ejemplos del Arte de presentarse y conducirse en toda clase de reuniones, visitas, etc.; en el que se enseña la etiqueta y ceremonial que la sensatez y la costumbre han establecido; con la Guia del tocador y un tratado del Arte cisoria.

TRADUCCION DEL FRANCÉS AL CASTELLANO

POR

Don Mariano de Rementería y Fica.

SEGUNDA EDICION.

MADRID: 1830.

IMPRENTA DE MORENO.

*Se hallará en la librería de Cuesta, frente
á las Cobachuelas.*

SUMARIO.



El hombre de gusto en su casa. = Entre sus iguales. = En casa de los superiores. = En la de los artistas. = En una tertulia. = En el teatro. = En el baile. = En una boda. = En la mesa. = En visitas. = En viaje. = Tocador. = Corbata. = Guantes, etc. = Equitación. = Reglas i axiomas morales sobre el espíritu de sociedad.

SEGUNDA EDICION.

sin conocerlo, se apresura á someterse á los decretos de este tribunal supremo de gusto; que en el dia se viene á esta capital á aprender las delicadezas de la urbanidad, de las gracias y de la política, que así como nuestra lengua y nuestra cocina, se va haciendo *Europea*. Pertenece, pues, á un parisiense el reunir en un solo cuerpo de doctrina las leyes é imperiosas reglas de la urbanidad que á nadie es dado ignorar, y á pocos el quebrantarlas.

Como la finura es la espresion ó imitación de las virtudes sociales, el buen tono depende sobre todo del espíritu de observacion y de la costumbre. Con el uno procuramos instruirnos de las costumbres y los usos; el otro nos los hace familiares. Es preciso pues, dedicarse á adquirir el tono de lo que se llama sociedad fina ó buena compañía. ¿Pero dónde encontrarle?

Las clases elevadas, ocupadas cons-

tantamente con los grandes intereses de fortuna y de elevacion, llevan á sus reuniones de diversion, fórmulas sérias casi diplomáticas, que destierran lo natural y libre. Las diversiones del pueblo, el modo de vestirse, de hacer regalos, de escribir cartas y de hacer un convite, etc. son usos que tienen fuerza de leyes y que nadie se atreve á dispensarse de ellos. En Pequin hay un tribunal particular, una de cuyas principales funciones es la de vigilar en todas estas prácticas.

Todo el talento del mundo no bastaria para suplir el conocimiento de las teorías delicadas consagradas por el uso. Se han visto hombres dotados de luces y de ingenio que se han conducido en una comida como el niño mas mal criado. En el cuerpo de esta obra se verá una anécdota graciosa del abate Cosson, que con ser un hombre lleno de conocimientos, no pudo menos

de incurrir en mil ridiculeces en una comida, y que si hubiera tenido un libro como el que ofrecemos ahora al público, en que se hubiesen consignado los resultados de una larga experiencia de mundo, y de un estudio profundo de lo que exige la sociedad, se hubiera libertado sin duda de ser la irrisión de aquella concurrencia.

Esperamos, pues, que los jóvenes particularmente saquen de su lectura el fruto que nos proponemos y que ha sido el resultado de nuestras tareas.



PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

La presente traduccion es un compuesto de dos diferentes obras francesas titulada la una: Código civil, Manual completo de urbanidad, que contiene las leyes, reglas, aplicaciones y egemplos del arte de presentarse y conducirse en el mundo; y la otra titulada: Manual del hombre de mundo, y Guia completa del tocador y el buen tono. Sus respectivos autores se han hecho célebres, el uno por autor del Manual del gastrónomo y de la Guia del casado, y el otro por el del Código de los golosos: y como en ambas se tratan casi unas mismas materias, he procurado que en la presente traduccion se reuna lo preciso y esencial de cada una de estas producciones, de tal manera, que me lisongeo que mi tarea presente las ventajas respectivas de cada una de ellas.

Si la opinion es la reina del mundo, su hija la moda ha de tener siempre mas ó menos apasionados; pero dominará indispensablemente en el mundo mientras

haya sociedad. No se crea que este tratado sea un estimulante del lujo, ni un catecismo de imitacion de los estrangeros. Tambien la España tuvo época en que dominó á las demas naciones, introduciendo en ellas su lengua, sus usos y modas como en el dia sucede á la Francia: y siempre alguna nacion dará el tono á las demas.

El hombre reflexivo encontrará, en medio de la frivolidad aparente de estas lecciones, un gran conocimiento del corazon humano, y envuelta la verdad, si no con las vestiduras de la fábula para hacerse mas amable, con los caprichos que el deseo de agradar inventa entre los miserables mortales. Por lo mismo me atrevo á asegurar que los jóvenes me agradecerán el tiempo que he empleado en traducir unas lecciones que les pueden ser provechosas para sus progresos en el arte social; los de edad madura gustarán de las reflexiones que en ellas se mezclan, y el bello sexo me dará un aplauso, sin excepcion alguna, pues el espíritu de toda la obra es el respeto, el obsequio y las atenciones que particularmente son debidas á su sexo.



PRIMERA PARTE.



CAPÍTULO I.

DEL MUNDO Ó SOCIEDAD.

No es el mundo un palenque al cual deba cada uno bajar armado de todas armas, antes bien se huye en él de aquellos que las llevan aceradas, y que penetran y hieren. Mal empleo es el de un hombre que se hace temible: se le mira al principio con desconfianza, y se acaba regularmente por huir de él. Al contrario, el hombre amable es buscado con ansia y se considera como una felicidad el hacer conocimiento con él: jamás se vale sino de armas legales, nunca hiere, solamente sabe rechazar los tiros que se le dirigen, teniendo la suerte de hacerlo con tanta prudencia é ingenio, que consigue que los mismos que le asaltan se avergüencen.

No se pretende aquí enseñar á tener talento: esto jamás se aprende: un don de naturaleza ni se compra ni se vende;

sin embargo, pueden enseñarse los medios de ejercitarlo y de disimular las propias faltas, con modales finos, y con la aplicacion constante de este principio, á saber: que lo que debe animar á los hombres mutuamente es un sentimiento de benevolencia general. Se da el nombre de mundo particularmente á las sociedades, es decir, á una reunion de hombres que por sus haberes, situacion, y la naturaleza de sus ocupaciones, se tributan mutuamente los deberes de la urbanidad, y pueden gozar entre sí de los encantos de una conversacion agradable y sostenida. Las mugeres han constituido siempre el adorno de la sociedad; poseen aquel tacto fino de las circunstancias, y aquel sentimiento de todo lo que puede agradar, que necesariamente atrae y hace que su trato sea amable. No diremos sin embargo que una sociedad sin mugeres es un jardin sin flores, y un año sin primavera; aunque estas comparaciones demasiado comunes no dejan de tener exactitud; pero es indudable que una sociedad sin mugeres, bien pronto viene á parar en tertulia de política ó en un clubs masónico. Poco á

poco va faltando en tales reuniones la urbanidad y la dulzura; y siempre que no tengan un objeto especial, acaban por sí mismas de fastidio, ó por mejor decir, de falta de agrado.

Hace algun tiempo que se advierte en Francia una falta en la sociedad, cual es la de las mugeres ancianas. Es cierto que al leer esto se sonreirá un jóven recién salido del colegio. ¡Una muger anciana! Sin duda preferiria el quedarse con su aya, y no es este el uso de la sociedad; pero una muger anciana está á cubierto de la murmuracion; tiene la libertad de recibir bien á las gentes de cualquiera clase que sean, y su agasajo particular no puede reputarse como una declaracion. En su boca una alabanza no es una decision; puede animar el mérito tímido, y hacer que brille el hombre modesto que no sabe hacerse apreciar. Como está libre de las pasiones de la juventud, no se ciega, no deja que su corazon se arrebate, porque rara vez en su amistad se propasan los límites, y aun cuando esto sea así, es sin escitar celos ni emociones violentas. No así una muger jóven que raramente puede mantener el ascendiente en

una sociedad, pues se halla espuesta á mil seducciones, recibe á su vez las impresiones que inspira: el incienso demasiado fragante la lleva la cabeza, se destruye el equilibrio, y padece la sociedad. Buenos testigos son de esta verdad Madama Dudeffant y Madama Geoffrin que en su edad eran mas á propósito para cumplir con las gentes que se reunian en sus casas, que la mas amable y hermosa jóven de su tiempo. La sociedad, pues, de las mugeres de edad, tiene su merito.

¡ Feliz aquel que no bien se deja ver en el mundo, cuando tiene la suerte de encontrar una que interesándose lo bastante por él, le conduzca y guie en la carrera difícil en que entra, le señale los escollos, le haga estimarse á sí mismo para evitarle las conexiones peligrosas y formarle en los modales decentes, inspirándole las virtudes dulces y amables que embellecen y hacen agradable la vida! A buen seguro que un hombre semejante no necesitará de esta obra, pues se halla en mejor escuela que la que puede dársele. Pero téngase presente que siempre un individuo como este es una escepcion. No todos han nacido

bajo una estrella feliz, y por lo comun aprendemos á nuestra costa la discrecion, y pagamos cara la esperiencia.

La obra, pues, que vamos á presentar al público se compondrá de cuanto pertenece al modo de presentarse y de conducirse en el mundo; de sacar partido en él de las ventajas que procura una buena educacion, unida á lo que pueden producir algunas reflexiones y preceptos. Se tratará del modo de comportarse en aquellas circunstancias notables que alternan en la vida social, enseñando las etiquetas y ceremonial que la sensatez y la costumbre han establecido. Se hablará del juego, de los viages, de la conversacion, bailes, tertulias, teatros, y lo perteneciente al vestido, cosas en las cuales es sumamente fácil incurrir en la ridiculez, ó por un exceso, ó por una falta de cuidado. Se procurará, pues, presentar al hombre de mundo en todas las situaciones en que tiene necesidad de guia segun los usos, ó en que una falta pudiera ser fatal á su honor segun las costumbres establecidas en el mundo. Hablaremos de las reglas de trato fino y del buen tono, insistiendo particularmente sobre la sociedad de las

mugeres y modo de dirigirse con ellas. Despues se hablará de la conversacion, esponiendo los medios de hacerla agradable, ligera é instructiva, y de aquellas sales con que debe sazonarse la alabanza ó la crítica, para no declinar en lisonjeros ó en censores apasionados. A menudo hay que tratar en el mundo con caractéres llenos de amor propio á quienes debe contemplarse, y respecto á los cuales si ha de ser útil una leccion, deberá dulcificarse todo lo posible. En fin, manifestaremos tambien al hombre fino en su casa, haciendo que participen cuantos en ella entren no solamente de la inviolabilidad doméstica, sino tambien de aquellos miramientos amables que se experimentan en muchas casas de la capital, y que hacen el encanto de cuantos las frecuentan.

Vivimos en un siglo en que el talento y el ingenio disputan con la fortuna y el nacimiento; y por otra parte hay gentes que tienen que tratar en el mundo, y á quienes su modestia característica, ó unos estudios abstractos, habian separado de él por mucho tiempo. Las reglas que se den ni les disgustarán, ni dejarán de serles útiles: pues

frecuentemente se ve á un hombre de talento dilatar demasiado una visita por falta de saber saludar ó despedirse, y á un sábio ó un hombre que con todas las disposiciones de un gran genio no sabe cómo manejarse en una mesa para desplegar su servilleta, partir el pan, y pedir el asado. *Este tratado* evitará todos estos inconvenientes, y al mismo tiempo que aproveche infinito, proporcionará á los hombres de talento aquellas minuciosidades que pueden muy bien ignorarse, pero que jamás es lícito despreciar.

CAPÍTULO II.

DE LA SOCIEDAD DE BUEN TONO

Difícil es determinar el sentido exacto de este nombre. Duclós piensa que la compañía de buen tono no es sino una quimera parecida á una república dispersa, cuyos miembros se hallan en todas las clases; y tanto mas espontáneamente adoptamos esta opinion, cuanto se acerca bastante á nuestro modo de concebir, pues que seguramente la sociedad de buen tono puede hallarse en

todas las clases tanto en las mas elevadas, como en las mas ínfimas. Una educacion bien entendida, sentimientos generosos, conducta y conocimientos; hé aquí lo que puede constituir á cualquiera miembro de una sociedad de buen tono. No obstante, debe haber tambien cierta disposicion, una gracia especial, un cierto tacto particular. El conocimiento de algunos estilos es necesario, no precisamente para ser admitido en la sociedad de buen tono, sino para ser colocado en ella convenientemente, y brillar cada uno respectivamente.

En primer lugar se debe entrar en el mundo con un espíritu de benevolencia general, el cual no consiste en aprobarlo todo indistintamente y no enfadarse jamás, sino que el enfado no se dirija nunca contra las personas: y si la circunstancia se hiciese por sí misma tan urgente que casi arrastrase á este sentimiento, nazca á lo menos de la esencia de las mismas cosas, y no aparezca como una opinion ya formada, y que de antemano estaba uno pronto á producir. En la sociedad de buen tono quedan, por decirlo así, confundi-

das todas las clases, no porque no se distingua y honre á cada cual en particular, sino porque aquellos que la forman deben considerar que han entrado en ella bajo el pie de una igualdad de dignidad, esto es, de tener unos para con otros una deferencia respetuosa. Un hombre rico en semejante sociedad debe olvidarse de sus riquezas, y no tratar de prevalecer ni por sus trenes, ni por sus casas de campo, ni por el poder que le da el oro que tiene entre manos, pues que igualar ó humillar á sus semejantes con la ostentacion de unos bienes de que ellos carecen, es no solamente señal de una alma pequeña, sino tambien faltar esencialmente á las leyes de la fina civilidad. Examínense si no las personas, y señalemos por ahora las del sexo femenino que queriendo darse importancia no dejan de repetir: *mi marido el conde, — mi pariente el Corregidor, — la familia del señor Marqués, — he hablado al Ministro, — estoy viéndole todos los dias, — soy de las primeras que pueden entrar en su audiencia.* Semejantes personas creen que sus palabras tienen una importancia diplomática, y si bien lo consideran no se adquieren sino

envidiosos , criticadores que tendrian gran gusto en humillar unos humos tan fuera de propósito.

Un hombre fino evita todo lo que puede ser brusco en sus discursos, y no procura llamar la atencion demasiado. Lo hemos dicho , que la sociedad no es un palenque para combatir, y que lejos de abandonarse en él á discusiones demasiado prolijas , es indispensable saber ceder algunas veces. Basta á cualquiera decir su opinion, y manifestar sus sentimientos, sin que se empeñe en oprimir á su interlocutor con el peso de sus razones ; antes bien ha de procurarse no tener demasiada razon : y como no se trata de votar despues que se haya hablado, deben evitarse todas las fórmulas parlamentarias.

Frecuentemente sucede el hablar ligeramente ó aventurar una proposicion que solo es una chanza y que jamás se podria sostener con formalidad. Un hombre de buen tono no debe precaverse de estas ligerezas , sino juzgarlas, pesar lo que valen , y dejarlas caer por sí mismas : particularmente cuando una de estas proposiciones se escapa á una muger, se debe procurar distraer la con-

versacion á otro objeto , y tener el arte de borrar la impresion que haya hecho. A veces suele ser esto un favor muy particular hecho á la persona misma que no lo olvida jamás. Las señoras lo suelen conocer y tenerlo muy presente.

Como todo el mundo tiene derecho á los miramientos y distinciones de los demas, es necesario sostener cierta igualdad y dominar sus propias impresiones. Este arte de cubrirse de un barniz semejante al que hace desaparecer en nuestros muebles las asperezas ó desigualdades del material , no debe denominarse falsedad , si se reflexiona que en el mundo no tanto se vive para sí, como para los demas. Los arrebatos, las escenas violentas , el choque de los intereses, y todas las tempestades de las pasiones es cierto que se encuentran en el mundo, pero en la sociedad de buen tono deben hallarse los hombres , aun de caractéres opuestos , como dos egércitos en el momento de una tregua. Con mucha razon, pues, los genios impetuosos y los de imaginaciones melancólicas se alejan de la sociedad y viven voluntariamente aislados ; así se alimentan de sus pensamientos, encantan

su existencia ideal con todos sus recuerdos é imaginaciones de felicidad. Los poetas por lo regular son distraídos y pensativos: las mugeres jóvenes buscan involuntariamente el aislamiento: los amantes se bastan á sí mismos; pero el mayor número de gentes ignora estos sentimientos reales y no obstante anovelados: y aquellos que saben conocerlos y apreciarlos, están ocupados por otra parte con el cuidado de su fortuna y de sus adelantamientos. Los vínculos del parentesco nos ligan á la sociedad y nos arrojan al mundo, en donde nadie gusta de sentimientos exclusivos. Sucede ademas que pasada la edad de estas ilusiones se halla uno, sin saber como, en conversaciones ligeras que se emprenden y se dejan sin emocion alguna: no se diga por eso que en la sociedad de buen tono no hay personas apasionadas, pero reconcentran en sí mismas la espresion de sus sentimientos, y afectan la indiferencia que no tienen, prueba segura de la delicadeza y finura de sus modales. Una conducta opuesta lleva consigo los mas perjudiciales inconvenientes: en primer lugar llama la atencion hácia la persona

que se ama y compromete la felicidad, haciendo públicas cosas á las que es tan conveniente el misterio, y rompe ademas la armonía de la sociedad en que deben aparecer divididos los sentimientos. Adherirse exclusivamente á una mujer, es faltar al miramiento respecto á las otras; es establecer una cita en medio de gentes que no deben ser ni sus terceros, ni sus espectadores,

CAPÍTULO III.

DE LA URBANIDAD.

Dice Duclós que la urbanidad es la espresion ó la permuta de las virtudes; pero Labruyere da de ella una definicion mas exacta, al parecer, y mas clara. Dice que el espíritu de urbanidad es cierta atencion á que nuestras palabras y modales hagan que los demas queden contentos de sí mismos y de nosotros. Dificil es ser urbano, porque para merecer este título es necesario serlo siempre. Un poeta ha dicho.

Así como los vicios son hermanos,
Séanlo las virtudes entre humanos.

El parentesco de los vicios no impide el de las virtudes. Todo se enlaza y se encadena en el mundo. La urbanidad exige una reunion de cualidades que la manifiestan. El ser benévolo, bueno, natural, sensible, hé aquí las cualidades indispensables. Frecuentemente sucede que el que las aparenta, no por eso es urbano, y se le rinde un homenaje que el vicio tributa por precision á la virtud. El egoista indiferente, conoce que no será ni buscado ni amado si se abandona á su carácter; disimula, pues, y toma como prestadas las apariencias amables. Por eso se ha dicho que la urbanidad no era sino una máscara engañosa que servia de velo á la hipocresía y á la disimulacion. Consecuencia ilegítima en verdad: porque de que un hombre urbano tome las formas de la urbanidad para ocultar sus verdaderos sentimientos, no debe inferirse que sea falso. Jamás la urbanidad se manifiesta mejor que cuando un hombre se ve precisado á decir una verdad desagradable, ó á negar una gracia, ó hacer un obsequio. En este caso la dulzura de las frases debe suplir la dureza de la negativa, y no vemos qué pudiera

ganar la moral ó la verdad con una conducta opuesta. Nos ha parecido indispensable decir frecuentemente lo que entendemos por urbanidad, antes de entrar en el pormenor de las leyes y de los estilos del mundo. Un hombre de mérito debe ser urbano; esta palabra lo comprende todo; su urbanidad debe ser universal porque todo tiene referencia con ella; pero al paso que enseñemos el arte de reprimir su carácter, y de doblarlo á los deberes y circunstancias de la sociedad, debemos tambien procurar que no se nos reconvenga de disimulo y de doblez.

CAPÍTULO IV.

DE LA SOCIEDAD DE LAS MUGERES.

Ha dicho un filósofo que para escribir acerca de las mugeres era preciso mojar la pluma en los colores del arco iris, y usar en lugar de polvos del de las alas de las mariposas; pero no se trata aqui de escribir sobre las señoras particularmente, sino solo con relacion á los hombres. Procuraremos, pues, tratarlas con aquella delicadeza que jamás las

hiera, pero sin que por eso dejemos de decir las maravillas y tesoros que encierran.

La sociedad de las mugeres es dulce, pero exige tantas atenciones y miramientos, y son necesarias para adquirir su estimacion tantas cualidades, que no es raro el ver á infinitos hombres que no pueden doblegarse á todas las circunstancias, y que abandonan el empeño por no tomarse un poco de trabajo. Los hombres de mundo fácilmente vencen estas dificultades y consiguen adquirirse su gracia, haciendo que les hablen y se descubran como son en sí mismas.

El primer cuidado de un hombre que entra en una tertulia ó sociedad donde hay señoras, ha de ser el tributar sus homenajes primeramente á la dueña de la casa: se debe adelantar hácia ella, decirla algunas palabras, y retirarse pronto, de modo que no parezca que trata de apoderarse esclusivamente de su favor, sino que todos los demas á la vez disfruten del que les dispensa. En seguida debe saludar á las personas sus conocidas, pero sin demasiada ostentacion, evitando el llamar la

atencion de todos sobre su persona.

Como las mugeres en general se ocupan bastante en su tocador, y confian mucho en el efecto que produce, debe alabárseles sobre su buen gusto, ya ponderando la elegante caida de un pañuelo bien puesto, ya la de un rizo hecho con delicadeza, sin que jamas parezca que sabemos mas que ellas sobre este artículo: y solo para dar á entender que no está uno totalmente privado de los conocimientos y gracias de un tocador, é infieran de esto que no han malogrado los cuidados que se han tomado para agradar. La indiferencia que manifieste un hombre respecto al prendido de una muger la ofende desde luego, pues viene á ser como una sátira indirecta de los cuidados que ha puesto en adornarse, y que regularmente mira como una falta de atencion.

Un hombre de mundo debe estar siempre sujeto á los mandatos de las damas, procura adivinar sus deseos, y aun se complace en prevenírselos. Es verdad que ya no estamos en el tiempo de la caballería en que se rompian lanzas por la mayor hermosura de su dama, y en que un caballero subiendo el pri-

mero á una muralla esclamaba: ¡*Ah, si mi señora me viese!* No obstante son siempre reinas en el mundo social, y cuando mandan y aun cuando desean, es necesario obedecer. Repetimos que no debe jamás darse una preferencia exclusiva, y que todas las mugeres tienen un derecho igual á nuestra urbanidad y miramientos. Un hombre de una urbanidad dudosa satisface su gusto y su deseo llenando de atenciones á las jóvenes y hermosas; pero un hombre verdaderamente bien educado no hace jamás esta distincion grosera; por encantos que tenga para con él la juventud y la belleza, no desdeña por eso á una muger de edad, no se aleja de una muger fea; al contrario, se desvela á su lado y aun considera que en el cumplimiento de este deber no deja de hallarse una satisfaccion. Nada tienen que ver las arrugas de una muger que ha pasado su vida en el mundo con su talento, que no envejece jamás: pues ha observado, ha visto mucho, y su conversacion es tan instructiva como divertida. Se ha de considerar, ademas, que una muger fea tiene tanto deseo de agradar como la mas hermosa; conoce muy

bien que su exterior puede tener ascendiente, y siempre procura que la gracia, la instruccion ó el agrado suplan en ella las cualidades físicas que la faltan. En general las mugeres feas son instruidas y agradables; suelen procurar que su conversacion sea animada, variada y chistosa, puesto que no pueden sacar ventaja de la armonía de sus facciones: no suelen tener aquellos caprichos desdenosos con que pretenden señalarse las hermosas: tampoco afectan el amor, y sin embargo le inspiran con mucha frecuencia, pero suelen ser heroínas en amistad. Esperimentan y nos hacen experimentar todos sus hechizos y toda la dulzura de esta pasion de las almas sencillas que, sin querer calumniar, no la encontramos de hombre á hombre tan dulce, sincera y satisfactoria como la que nos inspira una muger. Una muger fea es la confidente natural de todos los secretos amorosos; se parece á un terreno neutral en donde se va á tratar de la guerra que se quiere hacer á otro pais. Hemos conocido á una muger fea, pero llena de talento y gracia, que era la confidente de un jóven muy enamorado de una hermosa, y que aunque no

experimentaba todos los rigores posibles, tenia que sufrir todos los caprichos y antojos de coquetera, que es capaz de inventar una muger para desesperar á un amante. La tal señora recibió en su tertulia á entrambos, y con frecuencia el amante dejaba que se marchase la concurrencia, y de silla en silla con la dueña de la casa la contaba sus cuitas.

«Caballero, le decia la muger fea; Vm. tiene la felicidad que embriaga en las pasiones; es pues muy justo que tenga Vm. tambien sus tormentos. Si Vm. viviese en la calma filosófica de la sabiduría, tendria menos agitaciones, pero tambien menos placeres; en todo hay su compensacion, y pues que Vm. es amado, esto le basta y lo escusa todo.» — Señora, respondia el jóven enamorado: ¿Llama Vm. amar el hacer pasar á uno la vida dolorosa y atormentada que yo llevo? Conque sin duda hay mugeres que nos aman para afligirnos.

Así se quejaba el jóven, y la señora ya escusaba y coloreaba la conducta de una muger á quien tenia sin duda sus razones para aborrecer; ó ya con los encantos de una conversacion igual y agradable inspiraba la calma en el alma

agitada de su jóven amigo; el tiempo se pasaba en estas conversaciones: sucedia que los primeros rayos de la auro-ra les sorprendiesen aún hablando de las facultades flexibles del alma que los sentidos conducen á amar, ó no amar. Poco á poco el jóven se iba desprendiendo de una amante caprichosa, y comparaba el des-velo de su amiga para consolarle con los antojos de una muger exigente que parecia no tener otro estudio que el de desagradarle. Insensiblemente su belleza se fue borrando de su imaginacion, y cuando hubo ya roto los lazos de esta pasion, no pudo menos de quedar asombrado de hallarse enredado en los de una muger fea, pero muy amable y buena.

No hay cosa mas delicada que el honor de una muger; un soplo le altera, una palabra le marchita. Un hombre bien educado evita cuidadosamente cuanto pueda comprometerle, y este es el deber de la honradez que entra tambien en las reglas de urbanidad que nos enseñan á ser dueños de nosotros mismos, á no abandonarnos jamás á la violencia de nuestras pasiones, impidiéndonos así el cometer faltas en que el mas honrado puede incurrir en un

momento de enfado. Los equívocos, las proposiciones atrevidas deben desterrarse severamente de la sociedad de las mugeres; y la falta mas grosera de un hombre que admitan en su intimidad es la de ofender su oido delicado ó sacarlas los colores al rostro. Es verdad que hay mugeres cuya conducta ligera parece que autoriza á los ojos de muchos una conversacion un poco libre; pero con estas cabalmente es con quienes debe haber mas cautela; porque si creemos que una muger semejante piensa que su secreto se halla en nuestras manos, hablar delante de ella sin respeto, es una bajeza y una traicion. En el caso contrario nuestro propio juicio debe enseñarnos que si ha cometido una falta, ella debe ser mas severa que nadie, y para alejar toda sospecha, exigirá mas deferencia.

Ninguna cosa se opone mas al buen tono que afectar para con una muger una intimidad ó franqueza particular que puede comprometerla. El principal deber cuando se ama á una muger, es el ocultar su pasion, si se quiere su felicidad; y seria una perfidia pretender aparentar una estrechez que no exista. Tal vez

en este siglo somos tan viciosos como en otro tiempo; pero no tenemos la insolencia del vicio que tan tristemente distinguia á nuestros antepasados. No se tienen virtudes; pero al menos se procura cubrirnos con la apariencia, porque siempre es necesario ser virtuoso para ser estimado.

Por estrechez que se tenga con una muger, hay momentos del dia en que no conviene presentarse en su casa; debiendo siempre considerarse que hay cosas que el mundo no perdona, sino porque las ignora. Una muger tiene deberes que cumplir con los suyos, con sus criados, y con los individuos de su casa; y si nos ha confiado su honra y reputacion, debemos portarnos con ella caballerosamente, y evitar todo cuanto pueda hacer creer que abusamos de su bondad y del ascendiente que logramos.

Sucedede tambien que los hombres llevan á la sociedad la tintura de sus estudios y conocimientos, ó de sus tareas habituales, sintiéndose muy inclinados á hacer de ellos el texto ordinario de su conversacion. Este es un defecto que debe evitarse particularmente en la sociedad de las mugeres, porque ¿qué gusto

pueden encontrar en oír hablar de ecuación, de física ó de química? Solamente conviene una conversacion ligera y adecuada á sus circunstancias, sin esponerlas al fastidio de escuchar cosas que no entienden; y el secreto está en dejarlas que ellas mismas emprendan la conversacion, y no llevarlas á un terreno que las es desconocido. Cada dia se van desmintiendo las reconvenciones que se hacen á las mugeres de no hablar sino fruslerías. Se va viendo que ya no les es desconocido ningun ramo de literatura, y que conocen las artes y las cultivan con acierto; cosas que proporcionan medios ciertos de reanimar una conversacion tibia, y de darla agrado y encantos.

Tambien la política constituye gran parte de las conversaciones, y sucede que las mugeres suelen igualmente tomar parte en ellas, endulzando cuanto pueden tener de duros ó de exagerados ciertos puntos opuestos: calman ó retienen las pasiones, ó echan graciosamente un chiste que divierte, y algunas veces cicatriza la llaga que puede haber causado en algunos una materia de estas que les sea incómoda; pero un hombre de

mundo jamás debe alargar demasiado una conversacion sobre política en semejante sociedad; y si acaso tiene que referir algo, debe ser corto y esplicarse con medida, en tales términos, que den á entender no es su intencion el favorecer opinion alguna con empeño, sin olvidar la clase de su auditorio; y si entra en la disputa una muger, aun debe aumentar mas su dulzura y circunspeccion. Las mugeres merecen todos los miramientos posibles, y á veces es una falta el tener razon contra ellas.

Decia Fontenelle que si tuviese la mano llena de verdades, se guardaria muy bien de abrirla; pero este proverbio no favorece en nada á la franqueza ni claridad de un autor. Con las mugeres está algunas veces fuera de su lugar la franqueza: sucede que una muger de aquella edad media que ni se puede llamar juventud ni tampoco vejez (edad que jamás las mugeres confiesan) pregunta con una sonrisa: ¿qué tal le parezco á Vm. hoy? En este caso, si algunas arrugas recientes empiezan á surcar su frente, y si alguna jaqueca tenaz ha marchitado un poco sus ojos ó descolorado su tez, viene bien, como de-

cia Fontenelle el no abrir la mano para dejar escapar la verdad. Debe, pues, alabarse á tiempo y con medida. Hay alabanzas tan escesivas que por lo mismo se declaran á sí mismas, convirtiéndose en sátiras. Cuéntase que un hombre muy sábio, y que habia consumido su vida sobre los libros, pero nada cursado en los estilos de mundo, fue introducido por un amigo en casa de la señorita de L'Espinasse, en donde creyó el buen señor convenia usar de galanteria; pero despues de haber discurrido largo tiempo algo lisonjero qué decir á la dueña de la casa, no encontró otra cosa sobre que cumplimentarla sino sobre *sus ojillos* que vibraban llamas, y sobre *sus ojillos*, cuyo resplandor no se podia tolerar, y siempre sobre *sus ojillos* y nada mas. Acabada la tertulia, nuestro sábio, muy pagado de sí mismo, preguntó á su introductor al bajar la escalera: = ¿Qué tal le parece á Vm. que lo he hecho para la vez primera? = Perfectamente, le contestó el otro, fuera de una cosa. = ¿Y cuál es? = Que Vm. no ha dejado de cumplimentar á la señorita de L'Espinasse sobre sus ojillos. = ¿Y eso es malo? = No digo que sea, pero no conve-

nia. Las mugeres no gustan por lo regular que se les diga que tienen los ojos chiquitos, al contrario, quieren tenerlos siempre grandes. = ¿Y no es mas que eso? y cate Vm. á nuestro hombre subiendo las escaleras de dos en dos y de cuatro en cuatro, y volviendo á despedirse de la señorita L' Espinasse que hablaba con los últimos que habian quedado en la tertulia, diciéndola con la mayor amabilidad: = Señorita, yo he cometido hoy una falta imperdonable que vengo á reparar. Considero que toda la noche he dicho á Vm. que tenia los ojos pequeños, pero lo cierto es que los tiene Vm. muy grandes, lo mismo que las narices, los pies y la boca.

Un exterior agradable previene particularmente á las señoras en favor del hombre que se acerca á ellas; pero tambien hay mil medios de reparar los desfavores de la naturaleza. Una esmerada limpieza, el arte de dar dulzura y expresion á su voz, todo contribuye para que las mugeres vuelvan de la impresion desagradable que las inspira un exterior defectuoso. Se cita un sin número de egemplos de hombres muy feos, muy queridos de las mugeres. La ma-

yor parte de ellas prefieren, como nosotros á la hermosura, el ingenio y la gloria que no se mudan, pues á aquella se acostumbran los ojos, en lugar que el ingenio varía, toma mil formas, y sabe mover habitualmente los mas ocultos resortes del alma. Habia un hombre tan feo, que apenas se acercaba á una muger, cuando ella cerraba los ojos; pero no bien hablaba, cuando encantada de oir unas palabras tan dulces y lisonjeras los volvía á abrir: al cabo de un cuarto de hora de conversacion se olvidaba de que tenia á su lado un hombre desgraciado por su figura, para no escuchar sino el encanto de un hombre de tanto talento.

Un hombre, pues, de mundo debe buscar ansiosamente la conversacion de las mugeres. Solo ellas pueden darle aquella gracia fácil que procura presentarse ventajosamente, hablar con facilidad, y obrar siempre á tiempo. Los hombres hacen las leyes, ha dicho uno de nuestros escritores, pero las mugeres forman las costumbres.

Media una diferencia muy delicada entre la urbanidad y la afectacion, entre la familiaridad y benevolencia, en-

tre la chanza y el epígrama, entre la elegancia y el abandono, y de aqui resultan mil inconvenientes. Todo el talento del hombre de buen tono consiste en esto, porque es cosa muy comun saber cómo se ha de obrar; pero el arte está en saber como se debe evitar en un uso continuado una especie de magnetismo moral, un tacto que no se adquiere sino con la buena sociedad, sin la que no se puede conciliar esta preciosa cualidad que no nos permite incurrir en defecto alguno, y merece al que la posee el título de hombre perfectamente urbano.

CAPÍTULO V.

DE LA SOCIEDAD DE LOS HOMBRES.

Si la sociedad de las mugeres es preciosa por los agrados y ventajas que se hallan en ella, y la facilidad de adquirir bellos modales, gracia y ligereza en todas las acciones, la de los hombres es notable por otras cualidades no menos importantes. Se ha dicho ya que la sociedad de hombres que no tuviese un punto ú objeto especial, perecería por el mismo fastidio ó falta de agrado. Esto

no quita el que no se encuentre esta circunstancia en el mundo en una sociedad de hombres, y que por lo tanto sea indispensable saber cómo manejarse en ciertas ocasiones.

La sociedad de hombres es por sí grave y seria: se discuten á veces materias las mas importantes, y rara vez queda impune el que se propasa en hablar sin haber pensado, ó adelanta con ligereza una opinion que no pueda ó sepa sostener. A menudo se hallan en ellas hombres profundos que echan una proposicion pensada de antemano con toda madurez. En tal caso no se debe contradecir por solo el gusto de ser de opinion diferente, sino para mas aclarar la cuestion cuando no se comprende suficientemente. La sociedad de hombres no exige ni tantos miramientos, ni tanta urbanidad, ni tanta finura como la de las mugeres. No por eso está exenta de la civilidad; y todas las atenciones que tenemos unos para con otros, nos realzan á nuestros propios ojos, y nos dan aquella dignidad de que jamas debe prescindir el hombre bien educado.

Es verdad que siempre se cede con mas dificultad á un hombre que á una

muger: la discusion se anima por sí misma á la frente de un adversario con el que se reputa uno igual; pero jamás debe degenerar en disputa, pues las disputas no son para las tertulias.

Tambien sucede que la conversacion entre los hombres *sea libre*, esto es, lo que se llama hablar entre hombres; pero un hombre bien educado jamás debe tomar parte en esta especie de licencia. Su language debe ser siempre modesto y decente, porque nos parece innegable que no se deba decir jamás sino aquello que pueda uno confesar sin rubor. No por eso estableceremos el que un hombre bien educado proscriba rigidamente en los demas lo que él mismo no hace, ni que deban salirle los colores al rostro, por lo que estaria bien visto en una jóven; pero le queda el medio de que sin aprobar ni vituperar abiertamente, puede retirarse de una conversacion que no le conviene, y si se continúa la materia, manejarse en el modo de esplicarse con tal arte, que sea una reconvencion tácita.

La sociedad de los hombres instruidos es útil para formar el juicio, egercitar el talento en las cosas sérias, y

frecuentemente corregir las costumbres: porque un hombre de mundo no debe contentarse con ser agradable y frívolo, sino que debe procurar hacerse un ciudadano recomendable y distinguido. Húyase, pues, de la sociedad de los jóvenes libertinos, pues en ella se pierde el tiempo, y se gasta la vida sin aprovechamiento y sin placer; las riñas é incomodidades nacen á veces de una palabra, y sabido es lo desagradable de sus consecuencias: paran á veces en ódios, enemistades y desafíos tan perjudiciales al vencido como al vencedor, y alejan en fin de las cosas útiles y de los estudios serios.

CAPÍTULO VI.

DE LA CONVERSACION.

No hay cosa mas difícil en el mundo que sostener convenientemente una conversacion larga y variada: sucede ser el escollo donde se estrellan las personas de talento, la piedra de toque de los caractéres de cada uno, y en la conversacion es en donde se conoce á un hombre bien educado. Labruyere dice que el talento de la conversacion no tan-

to consiste en manifestar el propio como en hacer brillar el de los demas. Todo el que salga contento de sí mismo despues de haber hablado con vosotros, lo está de vuestra persona; porque nos hemos de hacer cargo de que los hombres no gustan de admirar, sino que quieren agradar; y no tanto quieren alegrarse é instruirse, como verse aplaudidos, consistiendo lo mas delicado del placer en proporcionar el de otros.

Por aqui se puede conocer lo dificultoso que es acertar en esta materia; y cuanta aplicacion y estudio requiere. Todas las conversaciones tienen dos partes muy diversas; la del que habla, y la de aquel ó aquellos que escuchan. Es un gran arte en el mundo el de saber escuchar; y pues que el moralista que acabamos de citar establece fundadamente que los hombres no gustan de admirar, sino que quieren agradar, y no tanto procuran instruirse y alegrarse como verse aplaudidos, se sigue que para que nos amen y busquen, debemos procurarles este placer. Hombres ha habido que han alcanzado reputacion de juicio y aun de talento con solo el arte

de saber escuchar. Escuche pues el hombre fino con una atencion constante, y persuádase que asi habrá cumplido con la mitad de los deberes de la conversacion. Al escuchar á cualquiera no deben divagar los ojos de un lado á otro en examinar los cuadros ó flores de la tapicería, ó los adornos de la sala; pues si se dirige á otros objetos que á la persona que habla, ¿qué quereis que ella piense? Al contrario, debe dirigirse siempre la vista al que habla, sin fijarse en él demasiado para no embarazarle, y siempre de manera que pueda juzgar de la impresion que produce. No haciéndolo así, da uno á entender ó que no quiere oír por cansancio ó fastidio, ó que teme que le lean su modo de pensar en sus miradas, lo que da á entender desconfianza ó disimulo. Hay tambien personas que aunque escuchan con atencion, la vivacidad de su sangre, ó una impaciencia natural, no les permite estar un solo momento en reposo; ó bien arrugan entre sus dedos la punta de su corbata, ó ya abotonan y desabotonan el chaleco; si estan sentados, llevan el compás con los pies: si levantados cambian á cada instante de posicion, ó bien

delinean en el suelo figuras algebraicas. Nada hay mas inurbano é impolítico, ni mas contrario á aquella gravedad dulce y decente que se debe conservar en la sociedad.

Síguense á estos tales aquellos que no escuchan ó escuchan mal; los que interrumpen una conversacion repentinamente. Háblase de política, de artes, ó de literatura, y salen exclamando con que hace buen tiempo, ó que llueve, ó el número del dia, del mes, ó el nombre del dia de la semana; preguntan qué hora es, y acercándose á una señora admiran indiscretamente lo bonito de su chal ó la elegancia de su vestido. Estos son los enemigos mortales de toda conversacion amable y arreglada. En un momento una reunion de personas tiene que ser mártir de su necia fatuidad ó de su grosera impolítica; pero no faltan ocasiones en que un hombre de talento y juicio interrumpa á tiempo una conversacion que juzga peligrosa ó demasiado animada. Cuenta Sterne que hallándose en una reunion de París se trataban cuestiones peligrosas en su esplanacion y resolucion. El Conde de C*, uno de sus enemigos, era quien con mas ardor se

entregaba á la discusion y adelantaba paradojas que dificilmente hubiera sostenido, ó que se hubiera avergonzado de quererlas sostener á sangre fria. Sterne se acercó al Conde, y cogiéndole de la mano, le dijo; *señor Conde, ¿no echa V. de ver que su sortija está demasiado apretada y que debiera holgarse mas? Al buen entendedor una palabra.* Con efecto, *una palabra de un sabio basta*, repuso el Conde, y la conversacion mudó de objeto; pero rara vez se hallan estas ocasiones: es necesario mucho talento para aprovecharse de ellas, y hay pocos Sternes.

Ninguna cosa hay mas impropia, segun Dios, y segun la sociedad, dice otro moralista, que el apoyar en una conversacion aun las cosas mas indiferentes con largos y fastidiosos juramentos. Un hombre honrado merece ser creido con el simple *si* ó el *no*; su carácter es el que jura por él, concilia el crédito á sus palabras, y le merece toda especie de confianza. No jureis, pues, jamás, ni apoyeis nada sobre vuestra palabra de honor; esta espresion no debe prodigarse, y cuanto se diga debe ser la pintura sencilla de lo que se piensa. Querer afirmar una cosa con un ju-

ramento que no se exige , mas bien inspira duda que confianza : pues entonces se asemeja uno á los bribones que nos engañan y estafan , hablando sin cesar de su honradez y probidad.

Es verdad que los amantes juran sin cesar , y ponen por testigos á Dios y al cielo ; juran sobre su vida , sobre su fortuna , sobre la vida de las personas que les son mas queridas ; pero sabido es lo que valen estas promesas tan repetidas. En la sociedad se procede mas francamente , y sin embargo las personas honradas no por eso cumplen menos su palabra.

Hay otros sugetos , dice Labruyere , en quienes lo mismo es hablar que ofender : son por carácter picantes y amargos , y su estilo está lleno de hiel y agenos. La mofa , la injuria , el insulto , parece que se destilan de sus labios como su saliva. Mas les valiera haber nacido mudos ó necios , pues que cuanto tienen de viveza de espíritu les daña mas bien que á otros su necedad. No se contentan con replicar siempre con acrimonia ; atacan muchas veces con insolencia , hieren la reputacion de los presentes y de los ausentes , y topetean de

frente y de lado como los carneros. ¿Se exigirá de estos animales que no tengan cuernos con que hieran? Pues no se espere reformar tampoco con esta pintura los caractéres duros y feroces que llevan consigo una indocilidad invencible. Lo mejor que debe hacerse es huir de ellos, y viéndolos de lejos, ni aun siquiera volver la cabeza para mirarlos.

Guardaos, pues, de pareceros al original de este retrato, acordándoos siempre de que es necesario agradar para ser amado, y no desagradar para ser tolerado, y que siempre se ha de huir de hacerse aborrecible.

El célebre Moliere se burla de aquellas personas que tienen siempre un secreto que deciros, y que este secreto no es nada. Con efecto, se ven algunas que en medio de un corrillo se arriman hácia su vecino ó vecina y le hablan al oído. Suele haber no pocos fatuos que emplean este medio para hacer sospechar una intimidad que no existe. Se mejante aire misterioso y apariencia de secreto es siempre insultante para las personas que son espectadoras. Hablad claramente, no digais jamás sino cosas que puedan ser oídas de todos: y si te-

neis cosas reservadas que comunicar, dejadlas para aquellos momentos de una confianza mútua que no quieren testigos.

Una zumba moderada constituye el encanto de la conversacion; alegre sin herir, y la escita sin amargura cuando se iba entibiando. Pero los necios estan siempre prontos á enfadarse, y á creer que se burlan de ellos y que se les desprecia. No debe por lo tanto arriesgarse una zumba, aun la mas suave y permitida, sino con gentes urbanas y de talentos. Ha de evitarse en la conversacion la impetuosidad que se apodera de todos los asuntos queriendo hablarlo todo. Gentes hay, que en esto son tan estremadas, que ellas mismas hacen la pregunta y dan la respuesta, y que dicen á uno; *Vm. me responderá; Vm. me opondrá á esto; puede ser que me objete Vm.*; y yo diré á estos tales: Por Dios, dejen Vms. decir; dejen Vms. oponer, y dejen Vms. objetar, porque debe haber la mayor franqueza en las conversaciones; y como dice un gran poeta, aunque todo el mundo no sea un gran hablador, no hay nadie que no guste de echar su cuartito á espadas. Guardaos tambien al escuchar la historia ó relacion de un suceso

de decir : *eso lo sé yo muy bien*; ó cortar ó desmentir á la persona que habla poniendo en duda alguna circunstancia, ó algunos pormenores de poca entidad. Llevad siempre por delante el contenedor y tolerar ciertos defectos á los demás , echando una ojeada sobre vosotros mismos, y conoceréis cada día mas que todos tenemos necesidad de una recíproca indulgencia. Oigo , dice Labruyere, hablar á Teodecto : apenas entra en la antesala, cuando á medida que se va acercando engruesa la voz : ya está dentro : ríe, grita, vocea, tienen todos que taparse los oídos porque es un trueno, siendo tan temible por las palabras que dice, como por el tono con que las dice. Váse en fin apaciguando este alboroto para ir ensartando frivolidades y necedades , y tiene tan poco miramiento al tiempo , á las personas y al bien parecer, que cada uno se aplica algo de lo que él ha dicho , sin que él haya tenido intencion de echar indirecta alguna , y aun antes de sentarse ya ha incomodado á toda la concurrencia.

Este Teodecto por quien se pretende que Labruyere quiso señalar al conde Aubigne, hermano de la célebre Ma-

dama Maintenon, tiene desgraciadamente sus imitadores. Evitad con todo cuidado el ser de esta secta ruidosa, y llamad la atención mas bien con el agrado y dulzura de vuestras palabras, que con el grande eco y ruido que produzcan.

No mintais jamás, pues fuera de que la mentira es indigna de un hombre de honor, se descubre muy fácilmente en el mundo, y espone á un bochorno y á la ridiculez. Todo lo ha leído, Arcas, dice Labruyere, á quien citamos tan amenudo, porque sabe dar á los preceptos mas sábios un giro original é ingenioso. Arcas lo ha visto todo, y lo quiere persuadir así: es un hombre universal, y quiere hacerse pasar por tal, y prefiere el mentir á estar callando, ó aparentar que ignora alguna cosa. Si en una mesa se habla de un grande de una córte del Norte, toma inmediatamente la palabra, se la quita á los que iban á decir lo que de él sabian, y se introduce en aquella remota region como si fuese natural de ella: discurre sobre las costumbres de aquella region, de las mugeres del pais, sus leyes y usos: cuenta anécdotas allí sucedidas, las da por muy graciosas, y él mismo se rie á carcajada. No falta en

la concurrencia quien se atreve á desmentirle y probarle claramente que dice cosas que no son ciertas; pero no por eso se turba Arcas; al contrario, se anima mas contra el interruptor. Nada digo y nada cuento, dice, que no lo sepa originalmente: lo sé por M. N. embajador de Francia en aquella corte, que ha vuelto hace algunos dias, á quien conozco familiarmente, y le he preguntado con todo cuidado, y no me ha ocultado circunstancia alguna. Vuelve con esto á tomar el hilo de la conversacion con mas confianza que la habia empezado, hasta que alguno de los convidados le dice: «pues ese con quien hablais es el mismo embajador que acaba de llegar de su embajada.»

Es muy dificil hablar á tiempo. Hay materias sobre las que un hombre urbano y circunspecto no emprende hablar sino temblando, y tales suelen ser en cuanto pertenece á las mugeres. Es su honor tan delicado, tan tenue el hilo de su reputacion, que un soplo puede cortarle; y así es que cuando se ha de hablar de mugeres es preciso dar siete nudos á la lengua, como suele decirse, antes de empezar. Al referir la aventura

de la señora N..... ó al contar con un modo irónico la anécdota del día, se compromete á veces el honor de las familias: y aunque se consiga hacer sonreír á la malignidad, no se adquiere la mejor opinion de sí propio. Las mugeres no gustan de que se pongan de manifesto sus debilidades, y que se mire como juego una cosa en que constituyen ellas la felicidad de su vida. Hablad siempre bien de las mugeres, escusadlas, y pensad que en la sociedad es el mas bello papel el de ser su caballero. Tambien se tropieza en el mundo con gentes que son como bufones de profesion y encargados de divertir á los otros. Su memoria está atestada de cuentecillos, de chistes, de equívocos, y poco á poco se hacen los móviles de todas las chanzas; pero para sostener este papel es indispensable mucho pulso é ingenio, y á veces no es estimado, porque siendo un pobre oficio el de hacer reír á los demas, no se gana con él el aprecio ni consideracion. Sed, pues, alegres sin ser serios, pero guardaos muy bien de haceros graciosos de profesion.

Al hablar de vuestra persona hacedlo poco y con modestia. Estamos siem-

pre muy prevenidos para no conceder á otro las cualidades que quiere darse; y se reconocen con gusto las que él oculta y procura disimular.

Puede dividirse el hablar en hablar bien, en hablar con facilidad, en hablar con exactitud, y en hablar á tiempo. Contra esto último pecan los que se estienen describiendo un banquete magnífico delante de gentes de una fortuna mediana, y que tienen una mesa muy frugal; en decir maravillas de su propia salud delante de los enfermos; en hablar de sus riquezas, rentas y muebles á un hombre que no tiene renta ni domicilio; en una palabra, en hablar de su felicidad delante de desgraciados. Esta conversacion es muy fuerte para que pueda ser sostenida, y odiosa la comparacion que necesariamente forma el oyente entre su estado y el vuestro.

No habéis á cada uno sino de aquellas cosas que puede entender. No habéis de caza á un religioso, ni de ritual á un militar. Guardaos de manifestar vuestros conocimientos en química delante de una muger, y de modas y de tocador á un físico.

Acomodaos siempre á la edad, á los

conocimientos y á la situacion de las personas, pues que hay discursos que pareciendo en sí simples y naturales, son duros y crueles cuando se dirigen á ciertos individuos. Por egemplo, es muy cierto que perdido el honor no se recobra jamás; pero abusariais de vuestra posicion si ostentaseis grandes máximas y decis que

Una isla es el honor tan escarpada
Que una vez fuera de ella, no hay entrada,

delante de una muger notada por alguna aventura ruidosa ó delante de un hombre que ha cometido una falta de que tenga que avergonzarse.

Una cosa hay, dice un autor célebre, que jamás se ha visto, y que tiene apariencia de no verse nunca, y es un lugar que no esté dividido en partidos, en que todas las familias esten unidas, los parientes se vean con confianza, en que un matrimonio no produzca una guerra civil, y en que las etiquetas de clases no se esciten á cada paso. Esto no es tan general en las córtes, pero como donde quiera hay hombres, se encuentran tambien en las capitales socieda-

des que se parecen á las de los lugares. Jamás entreis en partido alguno de las familias; esto no os toca, y si fuereis llamados para intervenir, apaciguad, endulzadlo todo: sed conciliadores, pues no sin razon uno de nuestros autores cómicos ha definido la palabra conciliador por la espresion de hombre amable.

No abuseis de la ironía; y si sois superior á las gentes á quienes hablais, no os la permitais jamás, pues vuestra posicion les debe poner á cubierto de vuestros tiros.

Se encuentran defectos pequeños que se abandonan con facilidad á la censura de los hombres, y sobre los que no deja nadie de ser zumbado. Esta especie de faltas ligeras y poco importantes debemos elegir siempre que queramos zumbarnos.

El reirse de las gentes de talento es el privilegio esclusivo de los tontos.

Acordaos constantemente que el afectar desden, el no estimar sino poco ó nada, el darse un aire de superioridad sobre todos, es justamente lo que hace que no se nos estime y que se nos coloque aun mas abajo de lo que merecemos.

El decir á una señora, nos vamos

envejeciendo, señora; á otra, Vm. tiene hoy mal semblante: hablar á un anciano de su juventud delante de personas con quienes pretende rejuvenecerse, es cabalmente hacer lo que puede desagradarles mas, y lo que con mas cuidado se debe evitar.

No lleveis á la sociedad vuestras pesadumbres ni desazones, Si estas os entristecen é incomodan, quedaos en vuestra casa con vuestras ideas melancólicas: pero si tratáis de disiparlas buscando para el efecto las distracciones de la sociedad, no impongais vuestras penas por castigo á todos sus individuos. Es preciso dejar siempre en la propia casa las pesadumbres, y no ir á turbar la alegría de los otros: personas hay que llevan á una tertulia una figura triste con todas las apariencias de unos conjurados que conspiran contra la alegría comun.

Si se os pide contad una historia ó una anécdota, pero sin olvidaros de que nada es tan difícil como este empleo. Muchas veces piensa N. que es alegre, ligero y agudo, y no tiene nada de eso; y el imponer en tal caso á la gente que os rodea la obligacion de escucháros por mucho tiempo, es una peni-

tencia dura. Sed, pues, sóbrios en la narracion, porque sobre esto nos suele engañar el amor propio. Evitad les equívocos y menudencias que suelen ser propios de los titereros y bufones, pues por un dicho agudo que por casualidad pueda salir de vuestros labios, direis veinte necedades que cansen ó tal vez hieran á alguno,

No habéis de vuestra muger ni niños; no conteis sus travesuras ni condeñeis á toda una reunion á que admiren como golpes de talento, rasgos de niños que solo pueden interesar al padre, á la madre, ó á los abuelos. En fin, procurad haceros agradables tanto por lo que digais, como por el modo con que lo digais. Esforzaos á que vuestra voz salga armoniosa á variar sus inflexiones; que el tono no sea monotono: pronunciad claramente, no mortifiqueis los oidos de los que os oyen, y les obligueis á que os vuelvan á preguntar. Estas atenciones, por pequeñas que os parezcan, son señales de estimacion y deferencia para con las gentes con quienes se vive, y constituyen parte de la urbanidad.

De los habladores.

Es media noche y vuelvo de una tertulia en la que, fuera de lo acostumbrado, el dueño de la casa no ha puesto mesa de juego. Entro, pues, en mi casa con los duros que llevaba ya sacrificados de antemano para lo que exige una moderada partida, y que casi tengo pesadumbre de no haberlos perdido. Es verdad que la reunion se componia de hombres de gusto, de artistas y de algunas señoras hermosas. Cuando yo llegué giraba la conversacion sobre la literatura; se hablaba de ella sin pasion, y cada uno daba de buena fé su parecer sobre las materias que ocurrían; advertí inmediatamente que no se encontraba en la sala un solo literato, y me alegré pensando que iba á encontrar placer y variedad en donde habia ya contado pagar con mi bolsa algunas horas de fastidio. Poco tiempo hacia, despues de mi llegada, cuando vinieron á anunciar un tertulíante. Me asombré al observar el que un nombre pronunciado en alta voz por el lacayo excitó un gesto en el dueño de la casa y en sus mas íntimos tertulíantes. Desde luego conoció que no se le

aguardaba ; ¿pero qué importa si venia sin ceremonia á tomar parte de un pavo ó de una buena trucha? No era difícil acertar en qué consistia el descontento que se manifestaba en algunas fisonomías ; mas me hacía cargo de que habiendo conversacion bastante, y en donde quiera para toda clase de gentes , poniendo por su parte lo que se le exigiese , el recién venido no podria contribuir sino á la variedad y el interes.

Pronto mudé de opinion. Antes que se le hubiese presentado una silla, nuestro importuno habia ya dirigido la palabra á cada uno, pero con tal volubilidad que se me figuraba el redoble de los tambores de la retreta. En un instante supimos los nombres y aventuras de todas las personas á quienes habia visto en todo el dia : supimos desde el primer pedimento hasta la apelacion todas las circunstancias de un pleito puesto al primo de la sobrina de su sastre. Ya nos habia dicho diez veces que toda la mañana habia llovido, pero que el barómetro subia, y que sin duda ninguna á la mañana siguiente haria el mas hermoso dia del mundo. Era preciso escucharle por fuerza. Si habia alguno que empe-

zase alguna conversacion con su vecino, se levantaba, y apoderándose de él por el cuello de la casaca, con un «iba á decir á V.» le obliga á no perder una palabra de su inagotable charla.

Muy bien se puede huir de un hablador en una tertulia, pero no hallo medio para sustraerse de él cuando se le encuentra en la calle. Es en vano el fingir no haberle visto, porque si él os ha visto, se acerca y os tiene por espacio de una hora debajo de una gotera para hablaros ó del gobierno de la China, ó del nuevo trage del gran señor Mahamut II. ¿Qué partido se ha de tomar en tal caso? Armarse de paciencia, porque la fuga es imposible: á menos de querer dejar por despojo á vuestro hablador el cuello de la capa, ó una vuelta, ó un boton de vuestro frac.

De los semi-literatos.

¿Quién no conoce á muchos que aspiran á literatos y solo han tomado los defectos de aquellos á quienes han querido imitar? Semejantes hombres ¿se encuentran con algunos que hayan salido de la línea general, ó con quien haya publicado una obra que se haya merecido la

atención pública? No hay remedio sino que le han de abrumar á fuerza de fastidiosos elogios, y que se han de hallar siempre en las sociedades en que se acoge á los hombres de mérito: porque aspiran á participar del brillo que no tienen, por solo rozarse con los que lo poseen.

Con esta clase de personas no se debe temer el ser impolíticos, y se debe romper inmediatamente con los que espetan cumplimientos ridículos, y os descalabran á incensarazos.

Regularmente los semi-literatos ostentan todo su saber con las mugeres. Como ellas son mas accesibles á la alabanza que los hombres, encuentran en sus encantos un texto sobre el cual estan disertando eternamente: pues no puede haber hombre tan poco advertido que las saque los colores al rostro al decirles que son amables ó bonitas. Ved aquel corrillo compuesto de mugeres de todas edades: solo un hombre está en medio de ellas; su fisonomía indica lo contento que está de sí mismo; se sonrie con satisfaccion á cada palabra que suelta, mirando á todos lados con aquel aire que quiere decir: ¿no es verdad que esto está muy bien dicho? Este hom-

bre es un semi-literato, y se halla en disposicion de disparar un centenar de requiebros galantes que hubieran pasado por comunes aun en tiempo de la caballería; pero particularmente saca sus obsequios del reino vegetal: cada una de las señoras es una flor, y ya se sabe de antemano qué papel ha de hacer la rosa en esta escuela de galantería botánica.

Hubo sin embargo una época en que semejantes gentes brillaban en la sociedad y aun adquirian una reputacion, pero no es así en nuestros dias. Ya las señoras tienen demasiado discernimiento y modestia para ser presa de estos necios cumplimientos: gustan que se haga justicia á sus gracias y atractivos, pero ya no quieren que se las compare á las flores, y sobre todo á la rosa que se marchita tan pronto.

CAPITULO VII.

Conversaciones comunes.

Hay una multitud de individuos que no dicen una palabra de mas ni de menos un dia que otro, y en quienes la conversacion se ha hecho esteriopica en su memoria.

Entran en un corrillo numeroso, y despues de haber saludado con poca gracia á la señora de la casa, se van á sentar en la primera silla vacante: allí entablan con su vecino una conversacion que sería muy interesante, si no la repitiesen tan á menudo. = Hoy ha hecho un tiempo primoroso. = Sí señor. = No obstante, el cielo está un poco cubierto: puede ser que llueva esta noche y bastante: hoy habrá mucha gente en el coliseo; el frio empieza á apretar: á las cinco señalaba el termómetro tres grados bajo cero: el domingo parece que se estrena una pieza nueva: ¿crée V. que salga con lucimiento?... Pero V. no dice nada; ¿está V. malo? = No señor, es que.... El pobre oyente procura no manifestar el entorpecimiento que se va apoderando de él. Confesemos que la vida es demasiado corta para gastarla en estas tonterías.

Pero tambien hay conversaciones preparadas para aquellos que uno encuentra por la calle. = Muy buenos dias, caballero: ¿cómo lo pasa V.? Con que ¿V. por aquí? ¿No iba V. á Italia? ! Qué viage tan precioso será! = Sí. = ¿Y cómo va de salud? ¿y sus negocios de V.? ...

Se divierte V. mucho?.... Pero perdóne V. , tengo que dejar á V. , voy á comer , porque es ya muy tarde : y echa á correr sin aguardar respuesta á aquel diluvio de necias preguntas. ¡Necio! ¿Por qué no se contentaba con quitarse solamente el sombrero? He aquí un apéndice á las conversaciones preparadas , y á los aforismos y pensamientos igualmente comunes.

Ciceron define la urbanidad , una ciencia que enseña el tiempo oportuno de lo que debemos decir y hacer.

Segun Loke, el talento consiste en distinguir en qué se diferencian ó parecen los objetos; y el juicio, en conocer en qué se diferencian los objetos que se parecen.

Hay gentes predestinadas que llevan siempre el fastidio consigo. Solamente sus discursos y presencia inspiran sueño. Se componen de dos clases : los unos comunican este fastidio por la nulidad de su alma y de su cabeza; los otros , aún peores , cansan á fuerza de querer manifestar lo que saben.

Mezclad siempre un poco de orgullo que impide á cada uno el olvidar lo que se debe á sí mismo , y de sensibilidad que impide el olvidar lo que se

debe á los otros. De estos simples se presentará el verdadero compuesto de la urbanidad.

La amistad es respecto al amor como una estampa respecto á la pintura. Solamente la continuacion de la felicidad, dice el cardenal de Retz, es la que fija el amor, parte de la amistad: pues no hay nadie que no crea que hace un favor á un desgraciado cuando este le sirve.

Es un engaño esforzarse para agradar y adquirir reputacion en una sociedad, ni esperar de los dispensadores de este favor la opinion del mérito que cada uno tenga. El verdadero medio de obtener buen éxito, es aparecer penetrado del mérito de los que en la sociedad son principios ciertos de fortuna, el saber aguardar y fastidiarse.

La medianía es la que asegura en todos la felicidad. El hombre mediano, sea que entre en sí mismo, ó que se derrame fuera, está satisfecho. La imaginacion no le arrastra y se gloria de no estar sujeto á sus ilusiones: cita con satisfaccion los errores y faltas de las gentes de talento; la lentitud y frialdad del suyo son á su parecer juicio, discrecion y razones; es como un pilo-

to en un barquichuelo, que jamas deja la costa, y está mas ocupado en contar los naufragios de los navíos que bogan en alta mar, que la fortuna de los que han podido entrar en el puerto.

La estremada viveza, y la estremada pereza impiden ser urbanos. Las personas demasiado vivas, arrastradas á su pesar, descuidan los miramientos para con los otros; y las perezosas los reusan por medio de tomar demasiado trabajo.

Hay hombres á quienes se necesita contener, y hay otros á quienes es preciso animar. Vé aquí la razon porque una misma persona se presenta bajo diferentes aspectos; pues si logra aceptacion en una tertulia, se hace insoportable en otra; y cada uno de ellos no aparece ventajosamente, sino en circunstancias en que sea animado ó contenido.

La curiosidad y la indiscrecion son inseparables.

De muchas personas solo el nombre es el que vale alguna cosa. De lejos os impondrán, pero si los mirais de cerca, ya no son nada. Estos tres renglones de Labruyere, debian bastar para pre-

caver á todos contra las reputaciones instantáneas.

La educacion enseña y convida á derramarse fuera de sí mismo y á entrelazar en algun modo su existencia con la de la persona conocida en el mundo, para quien parece destinada la mayor parte de la felicidad.

El número de penas, agitaciones y pesadumbres se aumenta á proporcion que se ensancha la esfera de los placeres, afectos y sentimientos.

El modo de pensar es el que constituye el precio de cada cosa. La vida es una tela bastante mezquina, cuyo precio principal le constituye el bordado: y hay personas mas adheridas á su costumbre y modo de vivir que á la vida.

Los enamorados, los ambiciosos, y todos aquellos en fin, á quienes atormenta un deseo dominante, experimentan mas fastidio que los demas, porque para ellos no hay en todo el dia sino alguna hora de goces. Ocupados incesantemente con un mismo objeto, todo lo que no sea él se les hace insípido y cansado.

La galantería, es respecto al amor, lo que la urbanidad respecto á las vir-

tudes sociales. Nuestra imitacion y suplemento.

«Acostumbrad á las hijas á no permitir nada de sucio ni desarreglado en la casa, y que echen de ver el menor desorden: hacedles observar que nada contribuye mas á la economía y á la limpieza que tener cada cosa en su lugar. Y aunque esta regla no aparezca esencial, sin embargo sirve y fructifica mucho si se observa exactamente. Estos sencillos consejos de Fenelon, debian aprovecharlos todas las madres de familias.

Se confunden frecuentemente en el mundo la bondad con la falta de carácter. La bondad es la única cualidad del corazon, y la otra consiste en una felicidad de adoptar costumbres que hacen al hombre de un trato agradable, pero que puede tambien hallarse con todos los vicios, y no tiene relacion alguna con la virtud. La Fontaine poseía la primera; Piron la segunda.

Ved á un rico avaro y necio, egoísta é insensible: no obstante se le considera mas en una reunion que á un hombre honrado sin fortuna. No parece sino que se respeta en él un poder

de que no usa, y que la certeza en que se está de que nada tiene que pedir sea un motivo de acogerle bien.

Se necesita mucho talento para descubrir el ridículo en una persona, y espresarlo de una manera agradable y que no ofenda.

La complacencia fuera de tiempo es tambien una ridiculez: defecto de complacencia bien entendida, incivilidad.

No hay carácter mas importuno y á veces mas impertinente en la sociedad, que el de preguntador, y desgraciadamente es muy comun. Regularmente en el preguntador de costumbre, destituido de talento y tino mental, su modo de manifestar interés y benevolencia es un interrogatorio. Cree obligar muchísimo haciendo mil preguntas embarazosas, y si se elude la respuesta, oprime, persigue y obliga á mentir: no le basta una sola palabra; quiere esplicaciones, pormenores; y en vano procurareis hacerle mudar de conversacion; solamente la fuga os puede substraer á esta especie de declaracion indagatoria, y aun es capaz de echar á correr tras de vosotros y ponerse delante, detene-

ros , y preguntaros en alta voz lo que deseais que nadie sepa.

Salidme por fiadores de mis amigos, escribia Gourville cuando estaba desterado y fugitivo , *y yo sabré defenderme bien de mis enemigos.*

Un viejo no ama á veces en sus amigos sino los testigos vivientes de los encantos y agrados de su juventud.

El hombre necesita mas de lo que se cree del sentimiento de admiracion, y se entrega á él voluntariamente cuando no encuentra rivalidad.

La amistad es el resultado de las disposiciones de un corazon sensible, y de una alma generosa.

El que ha sido amado de una muger dulce , amable y de talento , éste ha gozado la felicidad.

La muger entre los salvages es una bestia de carga : entre los orientales un mueble : entre nosotros un niño mimado.

Alabad , admirar , asombraos , ex-tasiáos , no temais el propasaros en las lisonjas ni el entusiasmo al lado de las mugeres : sereis creidos.

Las mugeres gustan del dominio por un esceso de amor propio , pues mi

ran en él el arretrato de las pasiones.

Los que entran en el mundo con la pretension de ser notados y producir efecto jamás serán admisibles, por cualidades que les asistan, haciéndonos cansados y frecuentemente ridículos. Los jóvenes que entran con estas disposiciones no pueden formarse, porque estan fuera de estado de observar. No queriendo ver otra cosa sino la impresion que producen, aunque rara vez lo consiguen; procurando siempre apoderarse de la conversacion; haciéndose enredadores y disertadores eternos; no escuchando á los demas sino con impaciencia ó distraccion; haciéndose los importantes por esencia, son mas dignos de compasion que lo que se cree, y llegan á pasar toda su vida en la sociedad sin conocer sus encantos.

Se cuentan muchas historietas falsas sobre las mugeres, que no son otra cosa que una débil compensacion de las verdades que se ignoran.

Hay personas que no tienen mas dulzura que la precisa para hacer rabiar á los demas, que sin carecer tampoco de ella, tienen bastante franqueza y viveza. La dulzura es siempre fingida

cuando no aplaca. ¿Qué será pues cuando agríe y enoje? Puede muy bien tenerse bondad sin dulzura, pero es imposible tener una dulzura verdadera sin una gran bondad. El orgullo excluye siempre la dulzura, porque es demasiado irritable y puntuoso para aliarse con la indulgencia.

Se ama en la juventud con toda su fuerza; y con toda su debilidad cuando se ha pasado ya de los cuarenta.

La naturalidad es tan preciosa en la sociedad, que aun agrada á los hombres poseidos de afectacion.

La urbanidad de las personas naturales es muy particularmente seductora porque nada tiene de seco ni violento, y presenta todo el encanto de la benevolencia. La de las personas afectadas es ceremoniosa, erguida y embarazosa. Imposible es ser urbano con mucho orgullo y grandes pretensiones: porque hay siempre un gran fondo de artificio que constantemente se descubre.

Mal carácter es el de cuentista, ha dicho Labruyere. No hay cosa mas cierta en general, respecto á los cuentistas de profesion; pero el saber contar con gracia, es un talento encantador,

cuando se usa de él con oportunidad. Es necesario perdonar á los ancianos el ser mas contadores que nuuca en este siglo, porque han visto mas cosas en sesenta años, que las que antes producian doscientos.

CAPITULO VIII.

DEL DESEO INMODERADO DE MANIFESTAR TALENTO.

No se perdonan en el mundo pretensiones superiores á las de los demas; y la mayor concesion que hace el amor propio, es mirar el mérito ageno como igual al suyo; pero lo que mas hiere es la pretension de manifestar talento. De tal manera es la naturaleza humana que tiene celos aun de sus propias cualidades, y no perdona al talento, si no cuando conoce que este se ignora á sí mismo. Conviene, pues, saber contenerse, y muy á menudo se manifiesta talento en el mismo procurar no manifestarlo. Nos arrastra demasiado el ardor de querer brillar; nos hacemos habladores sin echarlo de ver, y se cansa á las gentes á quienes se creía divertir

En otro tiempo eran distintas las clases, y no estaba la instruccion tan difundida como en el dia. Las personas instruidas solo sabian una cosa, que ciertamente sabian bien; pero en general les eran agenas otras especies de conocimientos, sin saber salir del círculo estrecho que se habian trazado. Esta situacion de la sociedad sirvió de texto á Moliere para escenas muy graciosas. Así en el *enfermo imaginario*, Diáforo y su hijo Tomás nos dan una escelente leccion del ridiculo en que se incurre al hablar de cosas que no se entienden. Es verdad que el retrato está un poco recargado, pero un hombre que ostenta conocimientos agenos de los que le oyen, se halla desde luego en el caso de Diáforo poco mas ó menos.

No hay cosa mas agradable que el talento que va acompañado de gusto, discernimiento y juicio; cualidades preciosas que jamás se estimarán lo bastante, y que son como un pasaporte con el cual se viaja por do quiera sin miedo y sin trabas. Cuando el talento está solo, mas bien puede ser dañoso que útil: cansa y fatiga; es un licor demasiado fuerte que se sube á la cabeza y

atolondra , no obstante su volatilidad y ligereza. Si quereis apreciar el mérito de un hombre con acierto , escuchad el juicio que de él hacen las mugeres. Muchas veces sucede encontrarnos en una reunion cerca de dos mugeres á quienes no conocemos, oigamos entonces su conversacion sin mezclarnos en ella. Ábrese la puerta del gabinete , y anuncian que va á entrar el señor N*. = Vedle allí, dice la una, mírele Vm, cómo anda, cómo se dirige al ama de la casa , se diria que acaba de ganar la batalla de Austerlitz ó de Marengo. No parece sino que el suelo es indigno de que él le pise; vea Vm. cómo mira á un lado y á otro con aire de proteccion. Vaya ; sea en hora buena: se sienta por felicidad lejos de nosotras= Tiene Vm. mucha razon, dice la segunda, estar cerca de él es la cosa mas enfadosa del mundo; si tuviera que estar á su lado toda la noche, creo que levantaria inmediatamente la visita , é iria á oir á lo menos el último acto de *la Donna di il lago*. Sin embargo , dicen que es un hombre de talento. = ; Talento ! replica la primera que se halla mas cerca, sí ; talento de aquellos que no sirven para nada ; la otra noche nos la

malogró toda esplicándonos las propiedades del gas, y la diferencia de las lanas de España y las de Inglaterra. Repare Vm., señora, á aquella señorita rubia que él ha cogido á su lado. ¡Ay qué fastidiada debe de estar! cómo se la conoce que se está conteniendo por no bostezar y él la sigue mirando muy satisfecho y continúa sus demostraciones. Apuesto á que la está hablando de las aguas de Sacedon ó de Solan de Cabras.

Esto es lo que se merecen, y con mucha razon, los habladores é importunos. Cierta autor célebre habla de los hombres de talento que brillaban á su vez, y que por la mañana componian las palabras y chistes que debian derramar á la noche, y preparaban las preguntas y respuestas. El uno debia solamente defenderse un dia y triunfar el otro. Evitad siempre estos cálculos preparados que salen de lo natural. Dos hombres de esta calaña se parecen á dos gallos de pelea, que divierten con sus picotazos, y si se les tolera es lo mas al principio de una comida, porque sus voces cubren á lo menos el ruido desagradable de los platos y cubiertos. El deseo inmoderado de manifestar talento, no solamente nos con-

duce á hablar de cosas que otros no nos entienden, sino tambien á tratar de un arte ó ciencia que no conocemos mas que superficialmente delante de aquellos que la poseen ó son sus profesores. Gentes hay, cuyo furor de hablar les engaña de tal manera, que se dirigirian á un Miguel Angel para hablarle de pintura, á Rossini de música, ó al célebre Alvarez de escultura; y que hubieran emprendido una disertacion sobre el arte cómico con el mismo Isidoro Maiquez. Deciden, cortan y trinchan con toda la apariencia, no de pedir consejo, sino de dar lecciones. Se parecen en esto á un sobrino de Fontenelle, hombre tan fastidioso y necio, como su tio era agudo y amable, y que como nos dice agradablemente Roulier en su poema de las disputas, era tan atrevido en apoderarse de la conversacion, que

Estando el mismo Richeleu presente,
De Mahon ó de Genes las jornadas
Hubiera referido osadamente.

Este sobrino, pues, de un autor tan discreto atormentaba con sus contradicciones á Fontenelle, que á pesar de sus

ochenta años, y de una gran sordera, conservaba siempre una gran franqueza. Si Fontenelle decía una cosa, inmediatamente tenía pronta la réplica su sobrino; se arrimaba á su tío y le soplabá en la trompeta: *y yo, tío, digo que...* Entonces Fontenelle quitaba su trompeta, acababa la conversacion diciendo tranquilamente: *ah tío lo dices, mi sobrino....*

En las conversaciones bay un medio igualmente distinto de cierta pereza de hablar ó de un escozor de hablar mucho. Conviene, pues, estudiarse para conocerse y vencerse en la ocasion. El estar infatuado de sí mismo, dice Labruyere, y haberse persuadido íntimamente que se tiene talento, es una cosa que no sucede sino á aquel que no tiene ó que tiene muy poco.

Esta máxima siempre presente ahorraría muchos discursos inútiles ó poco convenientes, y haría que juzgásemos con menos severidad á muchas personas á quienes daña el mucho hablar.

CAPÍTULO IX.

DE LA ALABANZA.

Es una falta contra la urbanidad el alabar en presencia de aquellos que cantan ó tocan un instrumento á una persona que tenga la misma habilidad: como igualmente el alabar á un poeta delante de uno que lee sus propios versos; pero es igualmente una falta el alabar cara á cara y de un modo escesivo: porque una alabanza estremada tiene todo el aire de burla, siendo así que la verdad tiene límites que no es dado traspasar, y que aquellos á quienes alabamos conocen su parte flaca, y están íntimamente persuadidos de que tambien los demas los conocen. Si nos escedemos, pues, en la verdadera alabanza de un modo absoluto, este elogio pierde todo su precio, porque no es verdadero. Solamente los necios sufren pacientemente los elogios.

Si teneis que alabar á una muger sobre su belleza, frescura y dulzura de sus miradas, ó sobre el conjunto de sus facciones, no lo hagais jamas á espensas de otra: pues aunque se sabe que las mugeres no se aman entre sí, el hablar

mal de las personas de su sexo es un derecho que se reservan ellas exclusivamente, y que no permiten que se le usurpen impunemente.

El nectar que al gran Jove se presenta,
Y del mundo á los Dioses alimenta,
Es, Filis, la alabanza.

Ha dicho Lafontaine.

En efecto, siendo el amor propio y la vanidad los dos grandes resortes de las acciones de los hombres, fácilmente se consigue lo que se desea cogiéndoles el flanco. El alma mas dura se rinde á un elogio discreto, y el carácter mas fiero é inflexible se afloja como un arco á quien se le quita la cuerda, cuando le alhagan unas palabras lisongeras; pero cuanto mas segura sea esta arma poderosa, con tanta mas precaucion se debe usar de ella. Las alabanzas interesadas son una especie de perfidia, y el hombre que las usa degrada su carácter y se envilece, siendo bajos en esta circunstancia ambos papeles, porque se desprecia al alabado y al alabador. Hay, no obstante, hombres que merecen toda nuestra admiracion; existen virtudes y

nunca bien alabados talentos que escitan con razon un entusiasmo dificil de contener. El alabar la verdad, el mérito y los talentos, no es sino rendirles un tributo innegable; pero no lo hagais jamás cara á cara, porque os esponeis á avergonzarles y á serles incómodos.

Un hombre se halla en una disposicion favorable para alabar á otro, cuando no tiene necesidad de él, cuando no espera ni su proteccion, ni sus servicios; porque en tal caso se conoce que lo que dice es la verdadera espresion de su pensamiento; pero si al contrario la alabanza es interesada ó puede parecerlo, conviene abstenerse de ella.

Tambien un hombre altamente colocado puede alabar; pero ha de ser del modo mas sencillo y natural; porque si así no lo hace, dará á entender que se acuerda del puesto que ocupa, y que quiere proteger solo de palabra.

En el mundo se experimenta y debe experimentarse muchísima deferencia respecto á una infinidad de objetos; se hace la vista gorda sobre las malas costumbres y sobre varios defectos, y esto parece como natural, vista la fragilidad de la naturaleza humana y de las pa-

siones de los hombres. Haced, pues, como los demas , pero sin transigir con el vicio , y no alabando por eso lo que declaradamente es malo.

CAPÍTULO X.

DE LA CRÍTICA.

Tan permitida es la crítica como la alabanza ; pero es una cosa tan difícil á un adulator el que haga creer que tiene un carácter elevado , como á un crítico de profesion el no adquirirse enemigos. No obstante , hay una crítica decorosa y justa que suele emplearse libremente , y que si así no fuese se faltaria á la franqueza ; pero ¿ qué necesidad hay de criticar el vestido de una señora , ó la figura de su sombrerillo , ó el color de su chal ? ¿ Qué nos obliga en ninguna ocasion á decir : « señorita , Vm. es rubia y debia tener presente que los colores amarillos y claros no deben convenirla , pues deprimen el color de Vm. en lugar de realzarle ? Créame Vm. , no lleve jamás sino color verde ó azul turquí. » Semejantes observaciones son inútiles y mas bien incomodan que sirven. Moliere hizo palpables estas ridiculeces en su *Misan-*

tropn con aquella finura artística que le era propia: dice Filindo

¿Cómo dirá Vm. á Andrea
Que en su edad no sienta bien
De una bonita el desden,
Y el colorete la fea?

El Misanthropo.

Sin duda.

Filindo.

¿Y á don Enrique
Que es un fastidioso necio
Que se acarrea el desprecio?

Sí por cierto; respondia el Misanthropo que no queria conocer que en el mundo es necesario pasar por encima de los defectos ligeros, y que no se reúnen las gentes para decirse unas á otras verdades inútiles y vanas.

Las mugeres son muy sensibles á la crítica, y puede ser que aun lo sean mas que los autores. Decid siempre vuestra opinion con moderacion cuando se os pida, y siempre fundándola; endulzad continuamente vuestro juicio; deferid al amor propio irascible, porque cada uno tiene derecho á algunos miramientos, y volviendo á Moliere, acordaos siempre con él que

Un hombre puede muy bien
Ser honrado, y mal poeta.

Sobre todo guardaos de juzgar cuando no conozcais perfectamente la obra de que se trata y se os pide vuestro parecer. Jamás castigéis al autor de las ofensas que bajo otro aspecto puede haberos hecho á vosotros mismos. Labruyere sacude con el talento que le es particular á aquellos que critican con una preven- cion apasionada.

«¿Qué dice Vm. del libro de Hermo-
» doró? = Que es malo, responde An-
» timio: que es tan malo, que ni siquie-
» ra merece que el mundo hable de él. =
» ¿Pero le ha leído Vm.? = No, responde
» Antimio” ¿Por qué en lugar de este *no*
absoluto no dice que Fulvia y Melania
le han condenado sin haberle leído, y
que él es amigo de Fulvia y Melania?

La crítica amarga, acre y mordaz,
degenera por lo comun en personalida-
des, y saca enteramente de la esfera á
que debe limitarse un hombre de bue-
na sociedad, y aun el hombre puramen-
te honrado.

Cuando se critica sin amargura, y
solamente con la mira de ser útil y decir

una verdad que se nos ha pedido, se tiene siempre la atención de alternar sus observaciones con algunas alabanzas, y de hacer que lo bueno sobresalga al lado de lo malo. De este modo no se desanima el autor y se concilia el crédito, endulzando los bordes del vaso que contiene un licor amargo.

Criticad siempre con cordura y medida, y evitad sobre todo aquella especie de menosprecio que es mortal para el hombre que se encuentra sometido á nuestro juicio. El cuerdo mas malo, la estampa mas imperfecta, la obra mas prolija, menos original y falta de brillo, han costado mucho trabajo y fatiga á su autor. Indicadle los defectos, criticadle en hora buena, pero no le despreciéis. La burla desdeñosa es propiedad de los necios, y no saben cuán difícil es al hombre de genio hacer una cosa perfecta.

Sostened vuestro modo de pensar con firmeza, y con la seguridad de un hombre que ha dicho su pensamiento y que ha creído ser esacto; pero no seais por eso ni obstinado, ni terco; porque por hábil que seais, siempre encontrareis otro superior. En los objetos de artes, que son

los mas sujetos á la crítica, se encuentran mil relaciones diferentes, mil cosas que se escapan á la primera ojeada y de que sin rubor puede uno confesar no haber conocido el mérito: si, pues, os lo dan á entender y os lo manifiestan, no temais el retractaros. Lo contrario indicaria pasion, y no talento ni conocimientos.

Sucedirá frecuentemente que un padre, una madre, ó una esposa quieran saber vuestro parecer sobre una obra de un hijo ó de un esposo, y que esto lo hagan frecuentemente delante de veinte personas; bien clara es entonces su intencion, y se conoce lo que desean. Acordaos en tal caso que un hombre de mundo no es un juez severo, y que puede á veces omitir una verdad dura ó mal empleada.

La crítica es conveniente cuando se pide de buena fe, y cuando se aplica á los jóvenes que pueden aun adquirir adelantamientos y aprovecharse de ellos. Fuera de esto es mejor abstenerse de ella.

Evitad sobre todo el adquirir una reputacion de Aristarco, que generalmente se aborrece. De los que todo lo cen-

suran se huye como de un contagio , y se teme su roce como el de los apesta- dos, que pueden comunicar sus enfer- medades con solo el tacto.

CAPÍTULO XI.

DE LA GENEROSIDAD.

Considerándose un hombre en la so- ciedad como igual á los demas, debe pensar que no se le llama á ella para distinguirse en generosidad; pero como los caractéres se desarrollan bajo todos sus aspectos, encontrará ocasiones en que pueda manifestar cierta elevacion de alma, cierto desinterés que llamaremos generosidad por falta de otra espresion adecuada. Esta generosidad es, pues, la que se debe mostrar, ó por me- jor decir, tener. Un hombre natural- mente generoso no teme ponerse á ju- gar con un compañero que sabe no es muy habil en el juego y que le espo- ne á perder: no juega sino para diver- tirse, y no para ganar; y por conse- cuencia es superior á la corta pérdida que pueda sufrir. Propónense á veces en alguna tertulia ciertos objetos en rifa, y

aunque se suponga que el objeto no agrade ó no convenga, no es esta una razon para no entrar en la rifa. Estas cortas contribuciones no son gravosas, y son, por decirlo asi, el medio de recompensar los beneficios que procura la sociedad.

Fatal es para la economía la época del dia de año nuevo, y los gastos de él entran necesariamente en el libro de memoria de un hombre de sociedad. El primer dia del año se visita y se cumplimenta: los buenos deseos y votos nada cuestan, y asi se prodigan. Es tambien costumbre el hacer á las señoras algunos regalitos de dulces, de libritos de memoria, de almanaques ó de juguetes que la moda ha inventado para entonces: deben, pues, hacerse estos regalos con gracia y con decoro. Si fuesen de mucho valor harian sospechar intenciones que turbasen las familias y escitasen los recelos; pero debe cada uno hacerlos segun sus facultades y situacion, dándolos siempre con agudeza, y acompañando el regalo con algunas espresiones amables y lisonjeras que den á entender que os teneis por dichosos en ofrecer aquel pequeño obsequio. La gracia con que se da es lo que hermosea

siempre el regalo, y agrada aún mas que el regalo mismo.

Los aguinaldos á los criados prueban tambien la liberalidad, cuidando siempre al darlos de no ofender el carácter de los amos.

Cuando un caballero se encuentra con una señora, jamas debe permitir que ella abra su bolsillo; dulces, helados, palco y aguinaldos le toca á él. Este es un uso de urbanidad invariablemente introducido en el mundo; y no se oponga que segun esta asercion debe ser necesariamente rico el que ha de frecuentar la sociedad. No es necesario ser rico, sino que tenga unas facultades regulares que permitan estos ligeros gastos: es necesario tener lo que Horacio llama *dorada medianta*, y á un hacendado, á un comerciante, ó á un artista acomodado no puede dañar esto.

Tambien se manifiesta la generosidad en las limosnas que se hacen, y no rehusando jamás su firma á las suscripciones para socorro de los desgraciados. Hombres hay á quienes falta el pan, que no tienen abrigo ninguno para su cuerpo y cabeza, ni vestido, ni asilo: y que al paso que nosotros estamos rebosando

en superfluidades, carecen de lo necesario. A favor de estos tales es cuando mejor se ejercita la generosidad. Cuando la triste viuda os tiende una mano desconsolada, cuando el huérfano llora en vuestra presencia, cuando el veterano os muestra sus cicatrices, desabrochad vuestro vestido, quitaos el guante, introducid el índice y el pulgar en las faltigueras de vuestro chaleco, y sacad vuestra bolsita. Tambien es de buen tono el ser caritativo, y si esto no fuese cierto, sería necesario hacer que lo fuese, y no vacilaríamos un momento en proponerlo.

Hay otra especie de generosidad en las relaciones que mutuamente nos unen. Consiste esta generosidad en no tener siempre demasiada razon; en no hacer que resalten los yerros de aquellos con quienes hablamos. Esto es lo que mas se necesita en el mundo, y lo que por desgracia se encuentra menos.

CAPÍTULO XII.

DE LA AVARICIA.

En el mismo hecho de recomendar la generosidad, está visto que hemos vi-

tuperado el defecto opuesto á ella, que es la avaricia. Es verdad que este vicio no es tan comun como en otro tiempo. En el dia todos quieren gozar, y se cree que el ansia de adquirir dinero no nace sino de la necesidad de gastarlo. Pocos jóvenes se encuentran, pues, avaros; pero llega la edad en que se disipan las ilusiones de la juventud con los años, y los cuidados de un porvenir suelen apretar las manos mas abiertas. Un hombre de mundo puede pensar muy bien en su fortuna, pues es natural que á medida que adelanta en la carrera de la vida, discorra en el establecimiento de su familia, educacion de sus hijos; y en fin, en proporcionarse una vejez cómoda y libre de necesidades; mas no debe estenderse el deseo de adquirir hasta las pequeñeces, y sobre todo deben evitarse las riñas domésticas delante de testigos. Hay padres de familia que no saben contener su disgusto cuando una persona rompe un mueble: que manifiestan toda su cólera cuando un criado ha quebrado un vaso ó una taza, y alteran la alegría y armonía de una concurrencia con el espectáculo de sus reconvenciones: evitad siempre estas contiendas es-

candalosas que manifiestan una alma pequeña, y una falta de educacion. El defecto que mas perjudica con respecto á las mugeres es la avaricia. A la llegada de un jóven avaro, las señoritas se retiran, las madres abandonan todo proyecto de establecimiento, y aun cuando sea mas hermoso que Adonis, y mas rico que Creso, difícilmente encontrará una jóven que quiera tomar su nombre y dirigir su casa. Un marido avaro, un hombre que calcula los pares de zapatos de su muger, que repasa las cuentas de su modista, que regatea una vara de percal, y que cuenta uno por uno los realillos que cuesta un palco de ópera, es un monstruo, un ente peligroso con el cual no se debe comunicar, y de quien nunca se huirá lo bastante.

Evitad pues la avaricia; si la naturaleza os inclina á tan pernicioso defecto, corregidle y dominadle. La avaricia se echa de ver, pero donde quiera, pareciéndose al amor y á los celos: se vislumbra por las miradas y por el aire. Un hombre avaro tiene mil espresiones propias que, sin conocerlo, usa para alabar su sórdida pasion. La vista de un

gasto le hace temblar, el lujo le irrita. =
 Señora, dice á una jóven delante de su marido, es esquisito el punto de ese velo, escelente bordado, los guantes primorosísimos, bien deben de haber costado. Apuesto á que valen lo menos... La jóven se muerde los labios, y el marido que habia hecho aquel regalo en un momento de amor y de prodigalidad echa ya de menos su dinero, y rehusa á su muger una sortija ó un estuche que la habia prometido. Otra vez se acerca á un caballo de regalo, elogia su alzada, su clin y su estampa. Caballero, dice, volviéndose á un hombre de unos cincuenta años que admira el animal con él: hé aqui un hermoso caballo, es fino y de raza, pero su hijo de Vm. es un jóven un poco vivaracho, y á dos ó tres fatigas este caballo puede abrirse de pechos, y vea Vm. cuánto dinero perdido: habrá costado á Vm. este animal doscientos doblones: pues por cincuenta hubiera Vm. tenido otro que fuese lo mismo. Entonces el hijo que galopaba hasta perderse de vista, ostentando su destreza y buen caballo, se muerde los labios de impaciencia, y el padre queda poco contento de su liberalidad.

Los hombres avaros son los que se alteran en el juego por un tanto, los que se olvidan siempre de los aguinaldos á los criados, y á quienes el apetito desordenado de dinero hace incurrir en una infinidad de faltas sociales que no perdona el mundo.

La avaricia hace al hombre duro y egoísta. Un avaro echa de menos el traje que da algunas veces á los pobres por ostentacion; tiene miedo de aventurar una peseta, jamás convida á un amigo; dinero que ha prestado le parece ya dinero perdido, y poco á poco va apartando de sí á todo el mundo. Como esta pasion es solitaria y nunca está mas satisfecha que mirando al arcon, poco á poco va perdiendo todos los motivos de sociedad que le aleja de él, y el hombre mas fino cuando tiene la desgracia de abandonarse á este vicio, se hace extranjero en la sociedad, se aísla, y el pensamiento que le ocupa le degrada y envilece. Huid, pues, de tan odioso vicio, estamos muy lejos de aconsejar la prodigalidad, pero puede decirse que es mil veces preferible á la avaricia que apoca el alma. La avaricia se aumenta con la edad, asi como la pasion por el

juego : y nunca sobra la vigilancia para arrancar de nosotros sus primeras semillas.

~~~~~

## SEGUNDA PARTE.

—————

### CAPÍTULO I.

#### DE LA MODA.

**L**a moda es la mas inconstante de las fingidas divinidades, pero es la que tiene mas adoradores. Su imperio se estiende por do quiera, y hay cierta especie de sabiduría en no ir contra ella. Tan grande es su poder, dice un proverbio, que *el hombre sabio es el primero en seguir la moda, y el último en dejarla.* Hace un siglo que se quejaban todos de la inconstancia de la moda, hace dos que existia la misma queja, y en el venidero seguirá sin duda ninguna. Cuéntase de un loco que corria las calles de una capital con una pieza de paño al hombro, y le preguntaron que queria hacer de ella.

Aguardo, contestó, á la última moda para no perder la hechura de mi vestido. En el dia podia estar corriendo este hombre hasta la estremidad del mundo.

El hombre juicioso sigue la moda sin afectacion, y procura que se advierta mas bien en su modo de vestir un buen gusto, que lo que se llama última moda. Cuando se advierte á un jóven lo caprichoso de su modo de vestir, no tiene otra respuesta que dar sino que *es moda*. En nuestra opinion, esta respuesta es la mas ridícula que pueda darse, no porque se haya de desdeñar la moda, sino porque se debe seguir sin hacerse notable. Un hombre de sociedad se presenta siempre de modo que á nadie le ocurra hacerle semejante observacion.

Se cree que la moda es caprichosa é infundada, y es un engaño; siempre es muy juiciosa para aquellos que la inventan y que tienen habilidad para hacer que se adopte. Algunas veces ha sido recuerdo de una accion brillante.

Sígase pues la moda; pero como quien sabe sacrificarla cuando no conviene. No la inventeis jamás, aunque hay jóvenes que procuren esta preeminencia,

si puede darse semejante nombre á una cosa tan futil. Acordaos siempre que el objeto de nuestros deseos ha de ser mas sólido, cual es el de una reputacion conveniente á la dignidad del hombre; y que invente la moda el que no tenga otros medios de distinguirse.

## CAPÍTULO II.

### DEL VESTIDO.

Tiempo ha habido en que las clases de la sociedad se distinguian por el vestido; pero como este tiempo ha pasado, ya no tanto distinguen á los individuos los trages, como la instruccion, la educacion, el ingenio y los talentos acompañados de las gracias y elegancia; de modo que aunque los vestidos sean iguales, el modo de llevarlos da á reconocer las personas á la primera ojeada de un hombre de mundo que conoce cuanto previene á favor de cada uno el garbo y el aseo en el modo de vestirse.

En la obra de Miss Enrieta Wilson se hallan pormenores que prueban que el célebre Dandy poseía principios del arte de ataviarse que le adquirieron justamente la reputacion que gozaba. Si

estais ataviado y adonizado á vuestro parecer, decia, mas se advierte que teneis un vestido nuevo y el pueblo os mira, vais mal puesto.

Nos parece que esta última reflexion y *si el pueblo os mira* es tan profunda como juiciosa.

No debe confundirse, dice el autor del *Código civil* (1), el cuidado y esmero regular en el vestirse con la coquetería; y cuántos pueden decir como Sedaine:

¡Qué de gracias te doy, vestido mio!

Para esto no se necesita mas que un poco de memoria y agradecimiento para con su sastre.

Id siempre vestidos con aseo; que vuestra ropa blanca pruebe el cuidado que teneis de vosotros mismos, que el cepillo corra frecuentemente por vuestro sombrero y frae, y que nada en fin manifieste la negligencia ó desidia.

Sin ser rico puede cualquiera ir bien

(1) No se habla aquí del célebre jurisconsulto Merlin, ni del segundo Cónsul Cambaceres sino del autor del Código civil de urbanidad, y del Código del goloso ó gastrónomo.

vestido y ser admitido en la sociedad: solo se necesita vigilar las operaciones de sus criados, y sin tener grandes rentas salir á la calle con un pantalon limpio y el pañuelo bien puesto, observando en general así sobre esto, como sobre la diferencia de colores, y el tiempo en que se ha de llevar, las costumbres introducidas en donde quiera que uno se encuentre.

### CAPÍTULO III.

#### DEL HOMBRE DE MUNDO EN SU PROPIA CASA.

Cuando un hombre se encuentra en su casa allí es el rey y señor. Debe pues hacer de ella un lugar de asilo y de franqueza. Los hogares domésticos son sagrados, y esta hospitalidad que los antiguos concedían á la desgracia, debe ser una regla para admitir bien á todo el mundo.

Un hombre pues que recibe en su casa á otro, debe tener cuidado de que todo el mundo esté cómodamente, y nada encuentre en qué reparar, ni en su conducta ni en sus costumbres. En nuestra opinion esta es la hospitalidad de

nuestro siglo, en el que no se imploran los lares para pedir la vida ó el sustento. La habilidad del amo de una casa consiste en apartar las cosas á proporcion que puedan chocar, y no permitir que la conversacion tome un giro picante ó personal, disimulando las debilidades de los que le favorecen; y aun dando una sonrisa de aprobacion á algunas ridiculeces que cometan.

Es una cosa algo difícil el saber recibir en su casa, porque se debe el mismo acogimiento al hombre amable que al fátuo: recibir con igual gracia y desvelo á una señora hermosa que á la que no lo es, y manifestar igual civilidad á la que brilla con todas las gracias de la juventud, como á la que oculta sus arrugas bajo rubia cabellera, y cuya boca está guarnecida de treinta y dos dientes comprados: lo mismo se ha de obsequiar á una muger necia como á una aguda, prodigándolas iguales cumplimientos: porque el amor propio de la necesidad es tan fino y sutil como cualquiera otro.

Jamas deis preferencia á no ser á la edad y al sexo: que vuestra esposa, si la teneis, siga estos principios de urbanidad, y no afecte prodigar sus sonrisas

y su atencion á tales y tales sugetos que la agraden mas que los otros. En una reunion todo el mundo tiene igual derecho á los esmeros y atenciones. Procurad entablar la conversacion sobre un tono ligero y gracioso, que permita pasar sin esfuerzo alguno de una materia á otra, y que no pueda dar ocasion á aplicaciones directas contra alguno de los presentes. En fin, sabed elegir las personas que han de componer tal ó tal dia vuestras tertulias, para evitar el choque de las pasiones contrarias no poniéndolas en contacto. Estudiad las gentes, y el flaco y el fuerte de aquellos que pisen vuestra casa, y no hagais que se reunan dos que esten litigando, ó de opiniones absolutamente opuestas, y de esta manera evitareis toda incomodidad, y conseguireis que vuestra casa sea reputada como la reunion mas agradable y pacífica. Sobre todo habeis de evitar el hablar de vosotros mismos, ni hacer que admiren el lujo de los adornos de vuestra casa. No debe decirse: vea Vm. este mueble; el dibujo ha sido hecho por el mejor dibujante de la córte; el ebanista es de los que han merecido el premio en el conservatorio de artes; es-

tas lunas tienen tantos pies; este tapiz es de los mejores de Flandes: vea Vm. aqui un quinqué hecho con todo el primor que se puede en París. Semejante modo de producirse es de un hombre mal educado; de uno que no ha sido nadie, y ya no sabe que hacerse para que todos envidien su riqueza reciente. Si teneis gusto, si sois rico, fácilmente se echarán de ver la elegancia y el lujo de vuestra habitacion, sin que lo digais y hagais la esposicion, como hace el cornac que enseña su elefante, ó aquel que muestra *il tutti le mundi*. No obstante, es permitido alabar ciertos objetos de las artes, pues asi manifestais que teneis conocimientos, y que honrais y sabeis tributar un justo elogio á las artes cuyas producciones poseeis. Puede, pues, muy bien ser alabado un cuadro de un Jordan ó de un Velazquez, ó un busto ó estatua de un Canoba; pues así se vacunan en cierto modo las artes en una nacion, y el gusto se va derramando de clase en clase.

Si teneis hijos, alejadlos de la concurrencia, ó no permitais que aparezcan sino por un momento. Las tertulias no se han hecho para ellos, ó ellos no

son para semejantes reuniones, á cuyos individuos cansan con preguntas, y á quienes solamente sufren con paciencia los padres que los aman; siendo debido evitar esta incomodidad á los demas.

Evitad, ademas, que vuestros niños cuenten ó reciten fabulas en las concurrencias que habeis convidado, porque todos sabemos que

Cantando la cigarra

Pasó el verano entero:

y la amable ingenuidad de un niño que recita su fábula apuntándole cada verso, no agrada sino á sus padres.

La mayor inurbanidad que puede cometerse, es no estar uno en casa á la hora exacta en que se ha convidado. Es necesario estar pronto y vestido, y presentarse á los convidados con un espíritu libre y abierto. Cuando se tienen cuidados, dejarlos para otro dia. Mas de un Ministro ha debido su poder á una sonrisa agradable, con la que disimulaba sus cuidados interiores, y á su arte en componer el semblante, acoger las solicitudes, y lisongear el amor propio de cada uno: sin embargo de que se esta-

ba sospechando ya cuál era su sucesor; pero esta discreta conducta retenia en su fisonomía, su fortuna, ó su desgracia, semejantes á las cañas que se erguien ó doblan segun el viento. Inciertos con semejantes artes, y dudando en acudir al sucesor, prolongaban el reino del Ministro próximo á caer. Vosotros que teneis la fortuna de disfrutar de unos bienes medianos y sólidos, aunque no seais Ministros, recibid á los amigos que no os buscan por vuestro poder, ni por la esperanza de conseguir empleos de que no disponeis, pero imitad este egemplo, solo por el conocimiento de aquellos que van á vuestra casa: y cuando alguna pena ó disgusto os ataque, disimulad y afectad un semblante risueño, y no turbeis con vuestra pesadumbre la alegría que debe reinar en vuestra casa.

## CAPÍTULO IV.

### *Amabilidad.*

*Es un hombre amable.* Con esto se cree haberlo dicho todo; pero no obstante, las cualidades que constituyen un

hombre amable son puramente relativas. El hombre amable de un siglo ó de un pais no se parece al de otro tiempo y al de otro siglo. Alcibiádes fue amable á los ojos de un pueblo ligero, inconstante y sensible al agrado exterior. El duque de Beaufort, torpe en su lenguaje, hermoso sin nobleza como un hombre del pueblo, fue tambien entre nosotros un Alcibiádes. Ambos se conformaban con las costumbres de aquellos a quienes querian seducir, y ambos aspiraban á dirigirlos lisongeando sus inclinaciones. El hombre amable debe ante todo tener un carácter movable que se preste á todos los gustos. Nada debe hacer en él impresion durable, porque la flexibilidad y facilidad constituyen su carácter. Necesita talento, pero superior, solamente en un grado al de aquellos con quienes vive, porque debe agradar y escitar mas bien que sorprender. Como el objeto que se propone es la diversion, el hombre amable por carácter y por profesion no debe tener principio fijo. Si le detuviese el temor de marchitar las reputaciones, perderia mil ocasiones de lisongear la malignidad. Tambien debe ser suscep-

tible de interesarse sin apego, de tener instruccion sin profundidad, y complacencia sin benevolencia: que presente las apariencias de la amistad y los embustes del amor, y que todo lo sacrifique al gusto de brillar. Esto es lo que constituye al hombre á quien se da sin razon el nombre de amable.

El uso de los brindis inventado bajo Augusto, ha llegado hasta nosotros con los auspicios regulares de la franqueza y de la lisonja, de la urbanidad y de la mentira. Desusado por algun tiempo, vuelve otra vez á renacer. En las sociedades mas finas se hacen brindis, y por desgracia mas alegres que sinceros.

Se puede fastidiar mucho diciendo cosas muy buenas. Ceded pues siempre, á menos que la gana de hablar venza al deseo que se tiene de escuchar.

Jamás se os vituperará el no saberlo todo, pero incurriréis en ridiculeces hablando ligeramente de lo que no sepais.

Luis XVIII estaba dotado de un raro espíritu de urbanidad, y asi es que tenia por muy importante la observacion rígida de las conveniencias. Casi todas las mañanas admitia á su desayuno á un oficial de guardia, algunos ofi-

ciales y un gentil hombre de servicio. Como tenia costumbre de decir que la exactitud es la urbanidad de los reyes, gustaba de que se asistiese exactamente á la hora, y no se reusase el convite: porque á veces daba sobre esto lecciones bastante maliciosas

Un dia el gentil hombre de cámara llegó algun tiempo despues que el Rey se habia sentado á la mesa, y procuró escusarse lo mejor que pudo. Era el conde Amadeo de P.... Su Magestad le hizo servir los mejores platos que se hallaban aun en la mesa, y le preguntó si eran de su gusto. Señor, le dijo el gentil hombre, no pongo atencion en lo que como. Tanto peor, respondió el Rey; es necesasio Mr. de P.... poner atencion en lo pue se come y en lo que se dice.

Hay cierta mala direccion que se mezcla en las acciones y las quita todo su valor. Un hombre es cortés, pero hace un servicio fuera de tiempo. Otro es pródigo, y no se le agradece porque carece de gusto. La oportunidad es la que hace el mérito de todo.

Hay dias felices, pero no vida feliz, porque sería un sueño delicioso que no

DEL PUEBLO  
99  
ESPAÑOL

tuviese momento de despertarse. Los hombres, en efecto, pasan por la infancia, la juventud y la vejez, y pierden necesariamente sus facultades. ¿Cómo podrán hermohear constantemente con los mismos colores un objeto, cuando el principio de acción y calor que les anima se debilita ó estingue?

Por lo demas el modo de sentir constituye la felicidad: y basta el conocer que se goza, para gozar verdaderamente.

## CAPÍTULO V.

### EL HOMBRE DE MUNDO CON SUS IGUALES.

No está el tono en ser urbanos en las casas de los demas, sino en serlo cual conviene. Un hombre fino se presenta y habla segun en donde se encuentra. Si pasa la noche con iguales, se porta con aquella urbanidad habitual que jamas debe abandonarle, con aquella ligereza que lo embellece todo, y lo baña con el barniz de la amistad decente y de la familiaridad que ennoblecen los pormenores de la vida. Todo debe ser en esta sociedad natural y franco: no porque convenga en parte ninguna la exageracion

y falsedad, sino porque en otras partes no es permitido á uno ser todo lo que es entre amigos á iguales, y esta es una condicion tan agradable como necesaria.

Entre iguales es donde el corazon se desahoga, en donde se tiene toda libertad, y en donde un hombre puede manifestar todos los sentimientos benévolos de su corazon. ¡Feliz aquel que vive con sus iguales! En estas reuniones es en donde se dice su opinion francamente y sin ninguna reserva, se refiere su vida, sus penas, sus pesadumbres, y en que es uno el confidente de las penas que afligen á otros, compadeciéndonos de ellas; y esto se estiende mas particularmente de la intimidad, porque la intimidad nace en medio de los hombres. Cuando se forma con iguales en fortuna y situacion es natural y durable; en vez que la intimidad con un superior ó con inferiores, siempre está sujeta á inconvenientes.

Por talento que tengais, y por cualidades que os sean propias, no afecteis nunca con vuestros iguales ni soberbia ni mal humor. El amor propio aumenta á nuestra vista los talentos que creemos tener, y nos da cualidades que no tenemos. No seais jamás acres ni caústi-

cos ; y si por desgracia habeis incurrido en este defecto , soportad animosamente una respuesta por viva que sea. Pensad que el que os contesta egerce un derecho cruel , del que vosotros le habeis dado egemplo.

Por conexiones que se tengan con el dueño de una casa , y por igualdad que haya entre vosotros , guardaos de presentaros con un peinado deseuidoado , ó á horas que sean incómodas por sus ocupaciones. Sería esto faltar al respeto de instinto que se debe á los mayores amigos , y que se acerca mucho al que cada uno se debe á sí mismo.

No temais manifestar todo el interés que os inspira la familia de quien sois recibido familiarmente ; preguntad por la salud de los parientes , informaos de la situacion de los negocios , de los progresos de la educacion de los niños , y de la jaqueca de la señora. Todas estas cosas que á veces no convienen en casa de los superiores , porque pudieran tomarse á mal , y como uua especie de franqueza , son nobles y debidas entre nuestros iguales.

No ha de manifestarse jamas demasiada ansia por saber lo interior de los

negocios de familia: y cuando se os dispense alguna confianza, guardad un secreto inviolable, sabiendo que la estimacion que en esto se os manifieste os impone deberes muy rigurosos; y que por algunas circunstancias que puedan sobrevenir, algun acontecimiento que os aleje de aquella familia, ó alguna enemistad que en lo sucesivo se originase, no deben estas cosas ser título para que abuseis de la confianza que se os ha hecho: conduciéndoos siempre de manera que se persurdan todos á que en ningun caso sereis capaz de una bajeza.

## CAPÍTULO VI.

### EL HOMBRE DE MUNDO CON SUS SUPERIORES.

En las casas de un hombre de elevada clase, es donde fácilmente se conocen los caracteres é inclinaciones de aquellos que las frecuentan. En las de un Consejero, de un Corregidor, de los Directores de oficinas, suele haber tertulias escitadas por el placer, la política ó el interés. En semejantes reuniones es donde el brillo está en su punto, y hay que tratar con el poder,

con la opulencia, con las dignidades y á veces con los mayores talentos.

Es, pues, necesario en tales sociedades conservar la gracia y dignidad que son propias de cada uno sin presuncion, ni arrogancia. Hay deberes que ejercer y superioridades á quienes ceder. Llevad un traje modesto, pero libre y desembarazado; no seais tímidos ridiculamente, ni cumplimenteros con exceso; el aire bajo y humillado no conviene ni aun al pretendiente que corre los ministerios; y asienta mucho peor en una tertulia, cuyo objeto principal debe ser, á lo menos en apariencia, la diversion. Es no saber manejarse el tomar el momento de un baile ó de un refresco, para pedir una gracia al Ministro, á un Inspector, ó un Director general. En tales horas los personages quieren consagrar á la diversion los momentos que quitan á su descanso, y es un asesinato moral el volverles á recordar sus bufetes ó negocios: apenas es permitida á una muger hermosa esta licencia; mas esto no quita el hacer la partida de Tresillo á la señora de un Ministro, ó sacar á bailar á su hija.

Cuando en semejantes reuniones se

tratan asuntos políticos, conviene resumir mas que nunca la discrecion y el juicio: debe tenerse presente que se habla á personas que han firmado mas de un memorial, servido á mas de un amo, y caminado por diferentes sendas: nada debe arriesgarse para no herir á las personas; pero decid vuestra opinion con dulzura si os la preguntan. La pregunta mas leve suele ser arriesgada, porque las palabras de ciertos sugetos constituyen el cambio del dia.

¿Qué le parece á Vm., dice un atolondrado al que halla en semejantes concurrencias, de tal orden, sobre tal ó tal cosa? Yo la tengo por sumamente ridicula. Se me figura á la obra que he visto hoy anunciada en el Diario ó en el Correo literario. Vamos, está tan mal escrita como mal pensada. = Este hombre que así habla, acaso se dirige al que ha redactado la orden, ó al autor del libro.

## CAPÍTULO VII.

### DEL HOMBRE DE MUNDO ENTRE LOS ARTISTAS.

Esta es una situacion muy diferente. Por lo regular en la casa de un artista se exige mas franqueza, y ninguna re-

serva diplomática ; pero siempre reina el amor propio que necesita ser contemplado con la misma dulzura que el de una muger hermosa. El amor propio es el alma de los artistas : son sus hechuras , y no son artistas sino por él : alabables ; con ellos es con quien un poco de lisonja no solamente es permitida , sino que no envilece.

La compañía de los artistas ennoblece el alma , porque ocupados continuamente de cosas intelectuales , se sobreponen á muchas consideraciones humanas , que detienen , y algunas veces empequeñecen á los hombres ; pero como siempre en este mundo los defectos van á la par con las buenas cualidades , este mismo amor propio produce los celos y la rivalidad. Jamás intervengais en tales disensiones ; son como las riñas de familia en las que no conviene tomar parte á uno de fuera. No alabeis , pues , en casa de una bailarina , á tal ni tal de su profesion ; en la casa de un gran actor los talentos de Talma ; á una operista no la recordeis los talentos de la Catalani y de la Correa ; no porque los artistas no tengan bastante generosidad para oír los elogios de sus rivales , y que

aun ellos mismos no se tributen una mútua justicia ; sino porque siempre es poco acertado el escitar rivalidades.

Tampoco aventureis vuestro juicio: un artista de talento conoce la parte débil de sus obras , y cuando las ve alabadas por un ignorante , padeee : ni le agrada tampoco entonces el oír alabar lo que merece alabanza , porque aprecia el juicio segun el que lo hace.

Oid mucho , y dejad á los artistas hablar del arte que profesan : lo hacen siempre con placer , y se consigue sorprender alguno de sus secretos ; su conversacion es tan instructiva como divertida. Si conociéseis la pintura , la música y las otras artes liberales , respetad siempre al talento que no sobresalga tanto y animad al genio que se ha engañado : pues por lo mismo debéis saber mejor que otro lo difícil del arte.

## CAPÍTULO VIII.

DEL HOMBRE DE MUNDO CON SU FAMILIA.

¿Qué importa que un hombre sepa hacer los honores de un convite , recibir

con gracia y desembarazo , y que en la sociedad se admite su talento, sublimidad y finura; que los demas envidien las cualidades que le distinguen, que las mugeres anhelan por las gracias de su conversacion , y que en general se desee ser de aquellos á quienes él se acerca mas, si cuando vuelve á su casa este hombre deja todas sus máscaras engañosas , y cesan para él los deberes de urbanidad y de bondad apenas entra en ella, como sino fuera una de las primeras necesidades el hacer felices á aquellos que le rodean, y como si los de su familia no estuviesen á su nivel y no fuesen los seres mas queridos de su corazon?

Los deberes de la sociedad no acaban jamás; empiezan á nuestra entrada en el mundo , y prosiguen hasta la salida de él, que es la muerte. El hombre honrado y amable lo es tambien en su casa: y entre su esposa y sus hijos es donde debe esceder su dulzura. La felicidad de una familia no consiste en saber recibir á los de fuera: todo está hecho con ellos , cuando ya se ha cerrado la puerta; entonces empieza otra funcion respecto al amo de la casa. Dében-

se alejar para siempre las eternas disputas sobre los gastos de la familia, sobre cuentas, etc., no porque deba autorizarse el desarreglo que esceda á sus facultades; sino porque calculado una vez lo que se necesita diariamente, no debe echarse de menos lo que se gasta. Si por desgracia alguna vez se ha escedido, debe considerarse esto como una leccion para lo sucesivo, y no como texto de una recriminacion de lo pasado. Grandes hechizos tiene una conversacion al lado del fuego: aquí es donde se disfruta de aquel abandono fácil, de aquel desahogo cordial que endulza las penas de la vida, y cubre con flores sus espinas. Los ingleses aprecian mucho su propia casa. *At home*, dicen ellos, y esta palabra lo espresa todo. Les describe el poder de un hombre en su casa porque allí es rey, es en cierto modo un soberano; sus hogares son sagrados; son un asilo inviolable en que se guarda la fé, en que los desahogos de la amistad entran en el corazon para no salir jamás de él. Así es que un inglés en ninguna parte es mas amable que en su casa y rodeado de su muger y sus hijos. Allí parece que depone todo su orgullo,

y aquella fiera superioridad británica que le hace tan poco accesible á los extranjeros: y si sus conexiones en el mundo son frias, vuelven á encontrar entre su familia la alegría y el mas puro gozo.

En su casa es donde cada uno aprovecha el tiempo que tiene: se estudia, procura hacerse mejor reflexionando, pasa la vida sin gastarla, y no es uno verdaderamente feliz, segun lo creemos, sino cuando sabe reconcentrarse en los placeres naturales que se encuentran dentro de su casa; pero es preciso saber aprovecharse de la soledad del bufete y de lo interior de una casa como un hombre de gusto y juicio; y no malgastar el tiempo en visitas continuas é inútiles.

» Penoso estilo, dice Labruyere, y  
 » sujecion incómoda, la de buscarse in-  
 » cesantemente los unos á los otros con  
 » la impaciencia de no encontrarse, sino  
 » para decirse frivolidades, y comunicar-  
 » se cosas que cada uno sabe, y que im-  
 » porta muy poco el saberlas; entrar en  
 » un gabinete, precisamente para salir de  
 » él; no salir de su casa despues de co-  
 » mer sino para volver á entrar á la no-  
 » che, muy contento de haber visto en

» tres horitas á tres porteros , á una mu-  
 » ger que apenas se conoce y á otra á  
 » quien no se ama. Quien considere bien  
 » el precio del tiempo , y cuan irrepara-  
 » ble es su pérdida , llorará amargamen-  
 » te tan grandes miserias.”

Se vive en la córte demasiadamente fuera de sí; se va, se viene, y es la vida semejante al giro de un peon que rodea en el mismo círculo, y que cae por sí debilitado el impulso que le ha dado la cuerda. Conviene saber pasar una tarde entera en su casa, hacer compañía á su muger, á sus hijos y á su hermana; acompañar al abuelo á echar una partida de damas ó de ajedrez, y jugar tambien, si es necesario, al toro con los niños. Los bailes, los espectáculos, son cosas que no se deben frecuentar tan de continuo, y que no constituyen lo que se llama el fruto de la vida.

Acostumbraos, tambien, á estar en vuestra casa aseados, aunque sin lujo, porque aunque no conviene continuamente el adorno, pero sí la limpieza, por ser un deber para con las personas á quienes se ve, y aun para consigo mismos. Evitad en vuestra casa las conversaciones libres; nada enseñan y dañan

mucho; y si sois padres, será inútil decirnos mas sobre el particular.

## CAPÍTULO IX.

### EL HOMBRE DE MUNDO CON SUS DOMÉSTICOS.

Un hombre honrado que sabe el valor del nombre de hombre, se porta con sus criados con aquella dulzura y dignidad que concilian el afecto y respeto. No estamos ya en aquel tiempo que nos describen las comedias antiguas, en que los criados y lacayos manejaban á los acreedores de sus amos, les hacian perder á éstos su dinero, y dirigian sus intrigas. Ya nuestros jóvenes tratan por sí mismos con el *señor recurso*, y si tienen intermediarios, no son de librea. Tampoco ya los criados sirven para los negocios de amor, porque un hombre que se respeta á si mismo, y respeta á la que ama, no los toma ya por confidentes ni por terceros; no seduce ya á las camareras; y aquellas costumbres, no muy contenidas, pasaron para que les sucediesen otras mas decentes.

Hay quien tiene costumbre de tutear

á sus criados , y no aprobamos semejante costumbre , que solo puede pasar con los muy jóvenes.

Nada deben saber vuestros criados de vuestros asuntos , sin que por eso afecteis para con ellos un aire misterioso y reservado que les escite á conjeturas sobre vuestra conducta , y á que forgen á veces los cuentos mas ridículos con que se sacia la curiosidad de las antesalas , y del cuarto del portero. Es casi imposible evitar el ser objeto de lo que vulgarmente se llaman hablillas. Sed superiores á todo esto , y si vuestro modo de proceder es franco , igual y honrado , nada podrá decirse que os perjudique , siendo , como lo es por otra parte , un mal inevitable.

## CAPÍTULO X.

### DE LAS VISITAS.

Las visitas tienen por objeto el acercarse los hombres unos á otros y establecer relaciones mas íntimas que las que los negocios ó el interés pueden producir momentáneamente

Hay mil especies de visitas. Visitas

de gracias, de digestion, de urbanidad, de ceremonia, y de amistad. Estas últimas son las mas agradables. ¡ Felices los que no tienen que hacer otras! pero los deberes y obligaciones de la sociedad son frecuentemente otras tantas leyes.

En las visitas de ceremonia debe uno atenerse á cierta etiqueta y á una urbanidad que no deja á veces de ser embarazosa. Por fortuna estas visitas son cortas. Mr. Hofman, cuya pérdida lloran los amigos de la literatura, cita una anécdota sobre el ceremonial observado en las visitas diplomáticas, y los inconvenientes que hay en dispensarse de ellas.

Cuando el conde de Avaux fue nombrado plenipotenciario en el congreso de Munster para la paz de Westfalia iban tomando los negocios un buen giro, mas una visita recibida de un modo indebido lo trastornó todo y prolongó la guerra por mas de seis meses. Habiendo ido Mr. Contarini, embajador de Venecia, á hacer su visita diplomática al conde de Avaux, solamente le acompañó el embajador de Francia hasta la escalera, sin que el conde bajase un solo escalon. El orgulloso veneciano se inco-

modó de tal modo por esta falta de miramiento, que tomó inmediatamente la posta y fue á dar la queja á su gobierno. Venecia, aunque debilitada, conservaba aun toda su soberbia, y declaró que no volvería á enviar su embajador sino cuando se arreglasen los honores que le eran debidos. La Francia estaba cansada de guerra, y despues de grandes negociaciones, durante las cuales morian bastantes hombres, y se incendiaban no pocas ciudades, mandó el Regente al conde de Avaux que satisficiese plenamente la quisquillosa vanidad de Mr. Contarini. Este volvió triunfante y visitó al conde que le acompañó hasta el pavimento de la puerta cochera, permaneciendo allí hasta que el Veneciano subió en su coche y le saludó profundamente cuando volvió la esquina, y Mr. Contarini le volvió el saludo, porque todos estos movimientos se habian estipulado en el *ultimatum* de Venecia.

En el curso extraordinario de la vida no hay que temer que una falta contra el ceremonial lleve consigo consecuencias tan fatales. Cuando se ha recibido una visita de convite y se ha aceptado, es la costumbre el hacer una visita en

la misma semana; pero si algun obstáculo imprevisto ha hecho que no pueda asistirse, se debe hacer la visita mucho mas pronto. No se entra jamás en casa ninguna sin que un criado introduzca, ó cuando no le hay, se llama á la puerta; lo contrario es impolítica.

Hay visitas que son necesariamente cortas, como las que se hacen en las tres épocas señaladas de la vida; *visitas de bautismo*, de *boda* y de *duelo*, conociéndose fácilmente las razones que hay para no alargarlas. La multitud de personas que visitan á la recién casada, imponen la obligacion de no estar sino un momento: y los desvelos y cuidados que exige una recién parida, reclaman iguales atenciones.

Cuando una señora os visite acompañadla urbanamente hasta lo último de la escalera, reconociendo de este modo el placer que os ha proporcionado.

Las visitas mas largas suelen ser regularmente las de los amigos, porque la conversacion de la amistad hechiza y nos hace olvidar del tiempo que se huye; tened, no obstante, presente cuan precioso es para todo el mundo, y que jamás se detiene ni vuelve atras.

Nunca visiteis á horas intempestivas; ni la misma amistad gusta ser sorprendida en medio de los cuidados de su familia y de su tocador, ó de sus negocios. Si estais convidados á un baile no entreis precisamente en el momento en que el peluquero arregla el cabello de la señora de la casa, que puede ser vieja y querer ocultar algo de su edad. Entrad siempre en las casas ajenas y en circunstancias felices, con un semblante apacible y sereno; animad la conversacion con cosas alegres ó agradables, y no os balanceeis sobre la silla, ni sonéis los diges de la cadena del reloj, ni el lente que cuelgue del cuello, como un hombre fastidiado, y que quiere libertarse de un deber que le es incómodo.

Si sois quienes recibe alguna visita, sed finos y agasajadores; manifestad gratitud por la lisonjera atencion que se os prodiga; y si por casualidad os incomodan en vuestras ocupaciones, interrumpidlas sin mal humor. Esto cuesta á veces y es preciso vencerse; pero el arte de agradar necesita de algunos esfuerzos y sacrificios.

Hay visitadores pesados y fastidiosos, que no sabiendo en qué emplear su tiem-

po , le quieren matar en las casas de los demas. Estos se apoderan ó de vuestra estufa ó de vuestro brasero , lo revuelven , admiran vuestro reloj de sobre mesa ó vuestras cómodas , hablan sin decir nada de la ópera , de la comedia y del teatro pintoresco. Procurad no pareceros á estos seres cansados que llevan á do quiera que van su incomodidad y hacen partícipes á los demas de ella. Haced que vuestro criado les conozca y que diga siempre no estais en disposicion de recibir á nadie.

Las visitas por targetas son la cosa mas insignificante , y acaso la mas inurbana. Las visitas deben hacerse verdaderamente en persona , aunque el uso instituye ciertas ocasiones en que es permitido enviar al criado con la targeta de cumplimiento , tales como dias primeros del año , ó dias propios de la persona á quien no se puede ó no se quiere visitar ; pero tales visitas , aun en persona , deben ser las mas cortas de todas.

## CAPÍTULO XI.

## DE LAS CITAS.

Faltar á una cita puede echar á perder los negocios mas importantes. En las cosas frívolas es un escollo en que se estrellan los placeres de un baile proyectado y los que se contaban en un dia de campo ó noche de ópera á la que se falta. Antes, pues, de prometer que estareis en tal parte ó á tal hora, pasad revista exacta á vuestros negocios, y examinad si alguno de ellos os puede llevar lejos del sitio de la cita, y esponeiros á que falteis á vuestra palabra. Los ingleses no perdonan al hombre que les hace aguardar; menosprecian al que no va al sitio acordado al punto fijado desde la víspera. En este particular parece razonable lo puntuales que son. Es una especie de insulto de parte de aquel que deja á otro que se desespere aguardando; pues le da motivo de pensar que su negligencia en asistir á lo prometido es una consecuencia del desprecio que hace de su persona.

Hay varias especies de citas: á las

que son para negocios de interés, raramente se falta, porque tampoco se verifican sino entre individuos que entregados á los cálculos de bolsa, jamás desconocen el precio del tiempo: así es que un mercader no podrá ser muy criticado sobre semejantes faltas.

Las gentes de mundo se pican de una exactitud semejante, aunque no sea su objeto sino una comida, ó una partida de campo, ó un paseo en que sea necesario dar el brazo á una señora que quiera emplear este tiempo en correr las tiendas de las modistas para sus compras. En este caso se debe ir algunos minutos antes de la hora prefijada, y dar á entender que os reputais felices del empleo que se ha querido hacer de vuestro tiempo.

Si vuestra vocacion os ha llevado á la carrera de las letras, y los individuos de una academia os citan para oír vuestra comedia ó una ópera, sed exactos; lo primero por urbanidad, lo segundo por interes propio, pues semejantes reuniones de literatos podian tambien vengarse sobre la composicion de la falta de atencion del autor.

Hay citas en que la escesiva exactitud puede ser perjudicial. Supongamos que

un padre ó un tío generoso os han prometido entregaros á la mañana siguiente á tal hora una suma de dinero para cubrir el déficit de algunas ocurrencias; no os presentéis sino algunos minutos despues del tiempo que os habian prefijado, porque la demasiada exactitud en este caso les pudiera asustar para lo porvenir.

Las citas de amor rara vez dejan de verificarse. No obstante, los hombres vanos suelen gustar de hacerse esperar, con lo que pretenden probar su indiferencia, y se lisongean escitar mas y mas á la muger que les ama; pero esta coquetería es impropia de un hombre honrado que hasta en sus amores debe llevar por delante su franqueza y urbanidad acostumbrada.

## CAPÍTULO XI.

### DE LOS BAILES.

Un convite á un baile debe hacerse á lo menos ocho dias antes, pues es indispensable todo este tiempo para que las señoras dispongan sus adornos. Regularmente se hacen por medio de

una corta esquila poniendo , en nombre de los dueños de la casa , que tenga la bondad de asistir á ella tal dia.

Al entrar en la sala de baile , no se debe abandonar á las señoras para pasar á la pieza de juego ; antes bien debéis pensar que ellas se han calzado aquel dia por vosotros y aun estrechado sus pies en zapatos de raso. Hacedlas, pues , bailar , porque ademas de que este es un acto de civilidad , se gana por otra parte todo el dinero que se perderia en la sala inmediata ; pero si no sabéis las figuras de la contradanza ó son griegos para vosotros los rigodones , absteneos de bailar y de embrollar las figuras y las parejas. Ya en el dia se valsea poco , pero en fin se valsea : absteneos de entrar en este baile sino le conoceis , y si teneis un oido duro ó falso. Un valseador inepto es un suplicio para la bailarina á quien ha caido en suerte ; porque es un peso que tiene que sostener al rededor de la sala , y cansada , y no pudiendo ya mas , suele acabar por pedir capitulacion , y volver tristemente á tomar su silla.

Es una gran falta y tiene sus inconvenientes el creerse obligados á dar con-

versacion á su pareja, y apurarla con preguntas de cosas insignificantes y á las que sin embargo tiene que responder, como las de *¿hace calor?*, *¿le gusta á Vm. mucho el baile, señorita?* Pero se puede alabar el buen gusto de su tocado; y esta es una atencion que siempre agrada á las damas.

Es tambien incivilidad el convidar siempre á la misma pareja, ó sentarse en el sitio de una señora mientras está bailando; se debe tomar un asiento que no pertenezca á nadie, ó quedar de pie aun cuando los zapatos apretados os rompan el empeine ó los talones.

Debe cuidar mucho el hombre cortés de que no falten los refrescos á las damas; pues aunque este es un cargo del bastonero, no es fuera del caso desvelarse por las señoras conocidas ó por aquellas con quienes se acaba de bailar.

No todas las mugeres son bonitas ni todas tienen aquella gracia y belleza que las distinguen particularmente. El dueño de la casa ó el bastonero debe procurar que todas bailen, porque esta es una civilidad necesaria, y á la cual nadie se rehusa. Con esta especie de señoras hablad siempre y os convencereis

de que la fealdad por lo comun es aguda, y que una alma noble, y una imaginacion brillante y cultivada, pueden ocultarse bajo facciones menos hermosas.

## CAPÍTULO XIII.

### EL TEATRO.

Los teatros absorven una gran parte de la poblacion de las capitales. Los italianos, ingleses y franceses estan siempre, respecto á esto, en invierno. Un buen melodrama, una pieza nueva, hacen que se coma de priesa, y no pocas veces sucede apresurarse por un drama ridículo; pero entonces no se desea ver la pieza, sino al actor ó á actriz que en él brillan. Si teneis un palco para señoras, estad seguros de que agradareis si podeis acompañarlas si no tienen otro caballero; pero en una cosa, al parecer, tan simple como la de conducir señoras al teatro, hay ciertas diferencias de hombres: porque un necio no sabe acompañar á una señora á la comedia como un hombre de talento.

Si disponeis de la eleccion de sitio, hacedlo con gusto y discernimiento; y si

estais mano á mano, colocaos de manera que podais ver, mas bien que ser visto. Nada se gana en presentarse cara á cara al público sino los goces del amor propio. Si conducís á varias señoras jóvenes y bonitas, ponedlas á todas por delante: las mugeres gustan de ser vistas, y el murmullo lisongero que escita su belleza al presentarse en el palco, es mas agradable á su oido que las consonancias mas melodiosas de Rossini, y la cabatina mas graciosa cantada por la Albini ó por Galli.

No diremos tampoco que sea preciso dar á las señoras los asientos de delante: esto es sabido; pero sí procurarles el anuncio de la comedia para que puedan ver los nombres de los actores y papeles de que estan encargados. Cuando un hombre ocupa la delantera de un palco y llegan señoras, sean las que fuesen, debe cederlas su sitio y pasarse atras, porque aunque esto haga perder á un aficionado la vista de alguna parte de los movimientos de los actores, se debe este corto sacrificio á la belleza y al sexo.

No se debe hablar jamás en la comedia de modo que se distraiga la aten-

cion de los espectadores , y se merezcan los *chis, chis* de los inmediatos : tampoco se debe dar la espalda al público porque os reputaria por un actor de que estuviere descontento.

Hay personas que recitan los versos que va á decir el actor precediéndole en uno ó dos : no hay cosa mas pesada que esta ; y aunque haya razones para quejarse de la mediocridad de los actores, se puede apostar ciento contra uno á que iguales recitadores lo hacen mucho peor que ellos. Si llevais á la comedia señoras que no hayan visto la pieza que se representa, no las espliqueis ni las digais jamás, » ahora va á suceder esto, » tal personage entrará en la escena , tal » actriz va á salir ; esta es la intriga ó el » desenlace de esta manera ” esto es arrebatarles todo el placer de la representacion , como diciendo ; escúchenme Vms. lo que yo les esplique : porque no son Vms. capaces de comprenderlo.

En otro tiempo se palmoteaba francamente al actor de talento ; pero hoy el amor propio de estos señores ha tomado un rumbo muy seguro para adquirirse los honores sin el trabajo de merecerlo. Los teatros tiene sus apasio-

nados; éstos se reúnen en los sitios mas preferentes y forman una guerra esclusiva, y el artista modesto aguarda pacientemente la tronada de los aplausos para proseguir su papel; pero aunque este premio lisongero sea debido al talento, acostumbraos á no palmotear jamás. Bien veo que se me dirá que es muy penoso no manifestar su satisfaccion al actor que acaba de alegrarnos ó enternecernos; pero la falta está, respecto á un hombre sensato, en las intrigas que suele haber en el particular para no querer confundirse con los aplaudidores asalariados.

El uso mas fino que el del palmo-teo es el decir: » bravo, muy bravo, bravísimo, muy bien, grandemente. »

## CAPITULO XIV.

### REUNIONES LITERARIAS Y FILARMÓNICAS.

Raras veces son divertidas las reuniones literarias. Se parecen bastante á un concierto de aficionados; pero si se ha recibido un convite y no se ha dado una excusa plausible, es indispensable ir á tener presente el refran comun; á mal tiempo buena cara.

Colocados ya todos los concurrentes, el que ha de hacer la lectura atraviesa por medio; se pone al lado de una mesa en que arden dos bujías y se suena; echa una ojeada en torno de la asamblea, y empieza. Entonces es cuando vuestro papel es el mas importante para él: debéis concederle toda vuestra atencion. El autor lee, pero sus ojos preguntan sin embargo á todas las fisonomías, y es preciso que en la vuestra no deje percibirse la menor incomodidad. Nada debe distraeros. Por mas duros y poco armoniosos que sean los versos que recite, flojos ó aprosados, no importa; escuchad con atencion, y no os durmais porque sería la grosería mayor.

En tales ocasiones no os soneis, porque esto impide que la voz del que recita circule por la sala; no tomeis polvo, porque hace estornudar; no escupais porque esto distrae; no habéis porque esto sorprende y asusta al que lee. Por lo demas podeis aplaudir cuanto os dé la gana, y si es una tragedia, procurad no salir de la sala hasta acabarla: es preciso que veais el asesinato aunque os murais allí mismo.

No hay en nuestra opinion situacion

mas difícil y meritoria que esta, para ser urbano y político; y cuando una ó dos veces se ha salido con felicidad, con razon puede aspirarse al título de hombre bien educado. Es una especie de privilegio, á que se tiene un gran derecho con tal relacion de méritos.

Los mismos inconvenientes que una reunion literaria, presenta una reunion filarmónica de aficionados. En estas es donde se suelen ensayar los que tienen tres ó cuatro meses de leccion, y que se figuran con talentos, desollando á Rossini, á Mercadante y á Cimarosa. Jóvenes bien perfumados cantan solos, y señoritas cantan duetos, intercalándose á veces las sonatas. Considerad, pues, que cuando esteis en una sociedad filarmónica, no es precisamente para divertirlos, sino para sufrir: debeis escucharlo todo, y no decir nada que disguste.

La urbanidad tiene tambien sus dias aciagos, y estos son, como lo decia Azaiz, las compensaciones forzadas de los placeres que procura la sociedad.

Tambien suele suceder que en una reunion filarmónica cante alguna jóven con gusto, exactitud y agradable voz.

Esto se ha visto, y es un fenómeno que da tanto gusto como un rayo de sol que penetrase las nubes y viniese á alegrar por un momento la vista en medio de una tempestad.

— Pero tambien suele haber reuniones filarmónicas donde los aficionados se apresuran á concurrir. Se oye allí á los artistas mas distinguidos, á los cantores de la mayor reputacion, y á las cantarinas de nombradía que cantan el trozo favorito ó de moda. Estas reuniones son muy diferentes de las que hemos descrito; pero solo se entra con billetes, cuyo precio es bastante alto.

## CAPITULO XV.

### EL HOMBRE DE SOCIEDAD EN VIAGE.

No habéis jamás de política.

No afectéis el hablar de vuestra persona. Un hombre prudente y discreto, no se franquea delante de los estraños; alterna en la conversacion cuando es indiferente, y calla cuando toma un giro demasiado grave ó demasiado libre. La opinion propia es debida á los amigos y conocidos; pero solo se merecen una política reservada aquellos de quienes

no se sabe ni la situacion ni las cualidades.

Las comidas en las posadas merecen la atencion de los viageros. Por lo regular se baja del coche con un apetito estremado, y solo se tiene una media hora para satisfacerle. Conviene no olvidarse tampoco entonces de la urbanidad, y pensar en servir á las señoras cuando se esté cerca de ellas; aunque no está prohibido el pensar en sí mismo.

En una diligencia en que está el viagero condenado á pasar tres ó cuatro dias y otras tantas noches, pronto se establece la intimidad, la reserva individual va disminuyendo, y por lo comun se introduce la franqueza á la octava posta. No nos engañemos: esta confianza tiene su origen en solo el instinto: se quiere uno libertar del fastidio del viage y pasar el tiempo agradablemente. Así, pues, llegados al término del viage nada se deben unos á otros sino un saludo urbano, y algunos deseos lisonjeros; hé aquí el mundo: hé aquí la vida. Los viageros mueren así el uno para el otro, del mismo modo como dejamos á nuestros amigos y nuestros pa-

dres para hacer lugar á nuestros hijos y á nuestros nietos: morimos, ocupan nuestros asientos; dejamos la diligencia, se muda caballos, llegan otros viageros, y el postillon chasquea.

Es un arte difícil el de viajar; y sobre todo en carruages públicos se puede apostar ciento contra uno á que entre los compañeros de viage que se encuentren habrá menos gente bien que mal educadas. Conviene, pues, aplicarse á combinar la urbanidad y el egoismo de tal manera, que en las relaciones con los compañeros de viage no sea uno ni poco urbano, ni víctima de su amor propio. Desde que se entra en el carruaje se debe echar una ojeada indagadora sobre cada uno de los compañeros. La finura quiere que se ceda el mejor sitio á una señora que ocupa uno menos cómodo.

Los carruages públicos son una especie de república, en la que la severa etiqueta pierde algunas veces sus derechos; pero la decencia debe mantener siempre los suyos. Hecho ya conocimiento entre los que la casualidad ha reunido, la conversacion gira regularmente sobre algunas materias alegres. La anécdota

del dia, ó algun cuento referido con sal y jocosidad, escita en el viagero una risa franca como su apetito. Basta para hacerse amable en un viage ponerse al nivel de las gentes con quien se vá; no hacerse aguardar á las horas de montar, dormir lo menos que se pueda sobre el hombro del que va al lado, dar la mano á las señoras cada vez que suban ó bajen al carruage, y ofrecerlas el brazo cuando se trata de subir alguna cuesta.

El escollo en este punto está en la mesa. Se sabe muy bien que las sirvientas de los posaderos, listas á los chasquidos del postillon, ponen de antemano la mesa, y apenas se está en el estrivo cuando ya está la sopa pronta. El hombre diestro se anticipa á los viageros, se sienta á la izquierda de la persona á quien sirve, y al mismo tiempo que hace circular las piezas trinchadas tiene tambien mucho cuidado de proveer su plato. En mesas de parador y de viage, así como en el teatro, tiene muy pocas escepciones *el cada uno para sí*. Se permite á cualquiera beber el buen vino que paga para sí solo, y solamente exige la urbanidad hacer de

manera que lo traigan de oculto.

Es indispensable una gran precaucion en el viage, pues es tan imprudente el responder á preguntas indiscretas, como incivil el hacerlas.

## CAPITULO XVI.

### UN DIA DE CAMPO.

La mayor parte de los habitantes de una capital gustan del campo, y se entregan con placer á él despues de las ocupaciones respectivas de cada clase. No hablaremos aquí de la vida propiamente aldeana ó del que vive continuamente en su granja. Esto nos llevaria lejos del objeto propuesto: solamente daremos algunos consejos sobre el modo de conducirse en el campo. Cuando se vaya á pasear un dia ó dos al campo, cuanto mas grande es la libertad, y mas fáciles las relaciones en él, mas cuidado se ha de tener en no abusar. En verdad que no hay cosa mas fácil que descarriarse con una señora por un sendero tortuoso de un bosque espeso; pero es una de aquellas cosas que un hombre honrado procura evitar en cuanto le es posible.

La libertad del campo no excluye la urbanidad: allí como en todas partes es necesario consagrarse á las señoras, en cuya sociedad nos encontramos. Es preciso acompañarlas en su paseo, llevarlas sus chales, su sombrerillo y sus sombrillas, y estar prontos á cuanto indiquen. No imiteis al hombre poco urbano que no sabe participar del placer general, sino que apenas llega á un arroyo ó á un estanque, cuando corre á tomar una caña y un anzuelo, abandona á las señoras para ir á pescar, ó toma la primera escopeta que encuentra, y corre los campos para hacer la guerra á los habitantes de los bosques; ambos vuelven á la hora de comer, el uno con una ó dos truchas, y el otro con una perdiz ó sin nada.

Hay ciertos juegos usados en el campo, y en los cuales se debe ceder á las señoras el gusto de la victoria: sacrificio de amor propio que ellas no dejan de conocer, y de que jamás se olvidan. Un hombre instruido que participa los conocimientos que le adornan, sin pedantismo, es tan agradable como en la población; y los alrededores de una capital no dejan de estar llenos de recuer-

dos históricos. Se agrada, pues, y se instruye cuando se recuerdan en los sitios en que se pasa un buen día los vestigios ó memorias de los grandes hombres que allí han estado. Esta erudicion no es difícil: todos hemos recibido las primeras semillas de ella en nuestra educacion, y los diccionarios históricos y geográficos nos pueden surtir de noticias relativas á cada sitio.

## CAPITULO XVII.

### UN BAPTISMO.

Un bautismo es una fiesta para el padre, la madre, los abuelos y los niños que gustan de la bulla, la algazara y los dulces; pero es una contribucion para el padrino.

Mas si habeis aceptado el padrinazgo, haced las cosas con grandiosidad, aunque cueste muy caro el imponer su nombre á un niño y llamar á una muger bonita mi comadre. Suele á veces suceder que esta comadre no sea bonita, y entonces es menos agradable sin dejar de ser per eso comadre.

Un regalo para la parida: su valor depende de su clase y de su fortuna, y no

importa tanto que sea costoso como gracioso y de gusto, un regalo á la partera y un ramillete. Si no teneis coche, alquilad dos ó tres simones, pues ya los lleva hasta un especiero. Comprad dulces para todo el mundo, porque esto gusta mucho á las mugeres y á los niños, y os dará buena opinion entre las viejas y ascendiente entre los criados que pronostican la felicidad del niño por la mayor ó menor cantidad de dulces que les deis.

Debeis dar tambien propina á la nodriza, y algunos reales á los criados de la casa.

Hay que dar para el cura, para el sacristan y demas acólitos: llevad un esterior alegre y contento: echad vuestro dinero con la mayor sal del mundo arrojándolo como el Neurredin de *las mil y una noches* echaba sus sequines, y con esto se consiguen dos comadres: aquella con quien se ha tenido el niño en la pila y la madre. El niño va creciendo, llegará despues á visitaros en el dia de vuestro santo y en el dia de año nuevo, por pascuas, por carnestolendas, por ferias, y tendreis la grandísima satisfaccion de ser su protector natural

y forzoso , y el amigo de la casa.

## CAPITULO XVIII

### DEL MATRIMONIO.

El dia del matrimonio , el novio se deja conducir. Este dia , llamado el mas hermoso de la vida , tiene sus incomodidades y embarazos. Solamente tenemos que dar un precepto , que si se sigue , asegura el acierto. Someteos en todo al parecer de los abuelos , consultad al tio mayor respecto vuestro peinado ; adulad un poco á la abuela y su hermana , satisfaced á todo el mundo , multiplicad en el canasto del matrimonio los bolsillos , las sortijas y los recuerdos ; prodigad los regalos , y vereis todas las fisonomías alegres , y cómo os grangeais los votos de toda la concurrencia que lloverán como granizo ; os asegurarán paz , amor , y todo lo que se sigue ; aquel dia no hay ningun agüero siniestro ; pero como el matrimonio es una cadena de mas de un dia , no os la impongais con ligereza y sin reflexion. Se trata de vuestra suerte futura y de la existencia de vuestros hijos ; tomad , pues , consejo de las gentes sensatas y adheridas á vuestros

intereses; que las cláusulas del contrato esten claras y terminantes, y si sois buenos fisonomistas, mirad con atencion la de vuestra muger; tomadla de una fisonomía dulce, amable, modesta, y preferid mas bien una educacion cuidadosa, costumbres virtuosas, y parentesco honrado, que la hermosura ó el garbo.

Hay matrimonios de amor y de especulacion. Si vuestra eleccion la ha decidido mas bien el dote de una jóven que su hermosura, encubrid cuidadosamente el motivo de vuestra determinacion; aparentad para con la novia un amor que el tiempo producirá al cabo en vuestro corazon. No os pongais á regatear como sucede á menudo sobre el precio de aquella que buscáis, y dejad á amigos seguros y discretos el cuidado de las condiciones de vuestro contrato.

Firmado ya el contrato, exige el buen tono el llevar cada dia hasta la celebracion del matrimonio un ramo de flores á la novia. El componer estos ramilletes nadie lo entiende mejor que las mugeres; pero aunque las flores son de etiqueta, deben ir acompañadas tam-

bien de un chal de cachemira , de guantes y vestidos de buenos colores , con un bolsillo lleno de oro , diamantes y sortijas. Si la novia tiene hermanas , se las debe enviar algunos regalos de gusto.

Fijado ya el dia para la celebracion del matrimonio en la iglesia ó en casa, os pondreis un trage que una lo respetuosó á la moda del dia. En la mesa el sitio del novio es entre el suegro y su propia madre , cara á cara de la novia.

## CAPITULO XIX.

### DE LOS ENTIERROS.

Cuando se ha tenido la desgracia de perder á alguno de sus parientes , se envian esquelas impresas. Recibida una de estas , asistid á la casa mortuoria y seguid el acompañamiento á pie hasta la iglesia. Allí despues de la ceremonia religiosa se debe saludar con un aire respetuoso , y que manifieste sentimiento á las personas que hacen el duelo , empezando por la mas interesada ó cabeza de él. Se ha de hacer una visita á los interesados durante el novenario , que debe ser corta y séria . como lo hemos apuntado en el capítulo de las visitas.

## CAPÍTULO XX.

## DEL JUEGO.

El juego entre gente fina no debe ser sino el desahogo y la tregua de la conversacion.

Un hombre de mundo no debe mirar jamás el juego como una ocasion de ganancia, ni fundar en él las esperanzas de sus progresos como sucedia en otro tiempo. Un hombre que hace trampas en el juego no es sino un pillo. En otro tiempo habia mas indulgencia en el juego, y se hacian trampas en el tiempo de Luis XIV, y no era cosa muy segura el jugar con los grandes de aquella córte.

Hace tiempo que el furor del juego parece que se ha apoderado de todo el mundo, porque se descansa del baile en la pieza de juego. Por enemigos que seais de esta diversion, la urbanidad exige que alguna vez tomeis parte; por egemplo, no es dado el negaros á hacer la partida al amo de la casa; conviene pues saber manejar los naipes con gracia y jugarlos medianamente, evitando sin embargo aquel aire estudiado y de

diestro en el juego que no conviene sino á los que lo profesan.

Jamás conviene un juego fuerte: evitad pues el perder mucho y el ganar mucho.

Aunque el juego no debiera ser en la sociedad sino una especie de desahogo y tregua á la conversacion, por desgracia no sucede así; porque ya no son las señoras mayores las que se ponen en un gabinete á jugar al mediator, sino que en todos los paises se va advirtiendo que los hombres dejan solas á las señoras para ir á la pieza de juego, y que como si fuera una bolsa pública se prefiere el dinero al placer. Pudiera pasar esto, si todos los que se acercan al tapete fuesen unos jugadores generosos; pero no sucede así. El uno no se domina bastante á sí mismo, y la turbacion ó la alegría se pinta en su fisonomía tan vivamente, que pudiera muy bien abstenerse de echar los naipes, pues la contraccion de sus músculos bastan á indicar los que tiene. Gana otro, y sus risas inmoderadas, sus exclamaciones, sus dichos tontos, fatigan tanto como lo pudieran hacer sus quejas y suspiros si perdiera.

Un tercero revestido de la magistratura del juego suscita una dificultad á cada jugada. ¿Y qué diremos de los soplones y de aquellos que estan echando en cara toda la noche á un jugador una falta que haya cometido, y de aquellos que..... sería nunca acabar?

Por poco aficionado que uno sea al juego exige á veces la política tomar parte en él, teniendo presente que en toda clase de juego la igualdad de humor es la primera de las cualidades, y un barómetro indefectible de urbanidad y de talento.

En aquellos juegos llamados de prendas en que las penitencias son casi siempre favores, todo el talento consiste en jugar al gana pierde. Estos juegos suelen ser indistintamente deliciosos á los estudiantes, colegiales y enamorados, y abrevian para ellos la lentitud de aquellas tertulias en que no se baila ni aun con el piano. Hay juegos que exigen actividad, movimiento y memoria; otros ingenio y finura. En todos debe procurarse mucha atencion, delicadeza y reserva.

Hay hombres instruidos en estos juegos como puede haberlos en literatura. En cada reunion se ve uno que

escede en la travesura de los juegos y en la imposición de las penitencias, y que ponen todo su esmero en hacer un mérito de su habilidad. Aquí también hay un escollo, porque vale mucho más manifestar su talento cuando llega la vez, y por lo demás participar simplemente de la diversión común.

En cuanto á aquellos que se aprovechan de la libertad de estos juegos para disparar rasgos satíricos, hacer cumplimientos fuera del caso, imponer penitencias penosas, que mariposean, por decirlo así, cogen á las señoras en la cinta ó el ramillete, y se fijan siempre en una misma á quien en tales juegos agasajan, solamente la consecuencia é ignorancia completa de los usos pueden merecerles perdón, cuando su edad no les sirva de excusa.

Pertenece siempre á las señoras la elección de los juegos de prendas, y el que los dirige debe cuidar especialmente de variarlos, no bien conozca que van ya cansando.

## CAPÍTULO XXI.

## DE LOS ALMUERZOS.

El almuerzo es una comida de familia. Un solo criado le sirve, y se retira puestos los platos sobre la mesa, para no volver sino cuando se toma el café ó el té. Es el momento de las conversaciones íntimas; se cuentan los lances de la noche pasada en alguna tertulia ó en el teatro, se proyecta para el día inmediato: las señoras están con un ligero adorno, y los hombres pueden no ser tan rigurosos en el trage; en fin, reina menos etiqueta.

El uso de comer tarde se introdujo en Francia desde la revolución: se fijó la hora del almuerzo a las once, y se sirven manjares fríos, peces fritos y frutas. Nuestros antepasados se desayunaban con una taza de café ó leche, ó con chocolate; pero para eso comían á las dos. Hay tambien almuerzos de importancia, á los que precede una ceremonia civil ó religiosa, como la celebracion de un contrato de matrimonio, ó un bautismo, los que se suelen dilatar hasta la comida, que en aquel día se puede ahorrar.

Los literatos, ministros, calculistas geómetras y todas las personas, cuya cabeza trabaja, deben almorzar poco, y sobre todo abstenerse entonces del vino, porque su digestion fatiga y entorpece.

## CAPÍTULO XXII.

### LAS COMIDAS.

« El abate Cosson, profesor de bellas letras en el colegio Mazzarino, consumado en la enseñanza y arte del latin, griego y literatura, se reputaba por un pozo de ciencia, é imaginaba que un hombre, á quien eran familiares Persio y Horacio, no podia cometer indiscreciones, y sobre todo en una mesa; pero bien pronto quedó desengañado de tal preocupacion. »

Un dia que habia comido en Versailles en casa del abate Radonvilleirs en compañía de gente de palacio, caballeros de varios órdenes, gentiles hombres, etc., se alabó de haber manifestado un esquisito conocimiento de la etiqueta y usos recibidos. El abate Delille que se hallaba presente apostó á que habia cometido mil impropiedades. — ¡Cómo! exclamó Cosson, yo hecho lo que

todo el mundo. = Es presuncion , repu-  
so Delille : pronto se convencerá Vm. de  
que no ha hecho nada de lo que han  
hecho los demas , pero hablemos por de  
pronto de la mesa. ¿Qué hizo Vm. en  
primer lugar de su servilleta al sentar-  
se á la mesa? = De mi servilleta , como  
todos los demas. La desplegué , la es-  
tendí por delante y la prendí por un  
ojal de mi vestido. = Perfectamente, ami-  
go mio. Vm. fue el único que hiciese eso.  
Ya no se estiende la servilleta , sino que  
basta ponerla sobre las rodillas. ¿Y có-  
mo hizo Vm. para tomar la sopa? = Co-  
mo todo el mundo , segun creo. Tomé mi  
cuchara con una mano y mi tenedor con  
la otra. = Su tenedor de Vm. ; Dios mio!  
Nadie toma el tenedor para comer la so-  
pa ; pero prosigamos : y despues de la  
sopa ¿qué comió Vm. ? = Un huevo fres-  
co. = ¿Y qué hizo Vm. de la cáscara? =  
Lo que todos : la dejé al lacayo que me  
servia. = ¿Y sin romperla? = Sin romper-  
la. = Pues bien amigo mio : ya no se co-  
me un huevo sin romper despues la cás-  
cara. Y veamos cómo pidió Vm. de be-  
ber. = Pedí *Burdeos* , *Champagne* á las  
personas delante de quienes estaban los  
frascos de estos vinos. = Pues sepa Vm.

que se pide *vino de Champaña*, *vino de Burdeos*. Dígame Vm. ahora algo del modo con que comió el pan. = ¿Y cómo le habia de comer? Cortándole con mi cuchillo. = Ay, ay; ya no se corta el pan, sino que se rompe. Vamos adelante: y el café ¿cómo le tomó Vm.? = A buen seguro que no discrepé en nada de lo que los demas hacian. Estaba abrasando, y yo le derramé poco á poco desde mi taza en el platillo. = ¿Grandemente! hizo Vm. como nadie lo hace. No se echa ya en el platillo y vé Vm., mi querido Cosson, que no ha dicho Vm. una palabra ni hecho un movimiento que no sea contra la moda. El famoso profesor quedó confundido, y se persuadió de que el latin y el griego no bastan, y que el hombre de mundo debe procurarse otros conocimientos, que aunque no sean tan severos, no son menos útiles. Entonces confesó el abate Delille que habia aprendido estos pormenores de una muger de tanto talento y discrecion como mundo; y que sin ella hubiera sido por mucho tiempo extranjero en su propia patria.

Los convites á una comida se hacen por escrito ó verbalmente. En el primer caso se debe responder en el térmi-

no de veinte y cuatro horas. Sino se acepta, se debe alegar alguna razon plausible y con toda la urbanidad de que es uno capaz.

No debe el convidado presentarse sino algunos minutos antes de la hora fijada: precepto que es de una obligacion severa. Los que llegan una hora ó dos antes del tiempo prefijado para la comida, lo trastornan todo en una casa; la sala no está enteramente preparada, las señoras estan peinándose y los criados ocupados, y desde luego se incomoda á la persona comisionada para recibir. El llegar demasiado tarde tiene tambien otros inconvenientes, porque si os aguardan para ponerse á la mesa, la comida se pasa, los intermedios se enfrían, las cremas se vuelven, y veinte convidados hambrientos echan pestes contra vuestra negligencia, haciéndoos responsable de sus dolores de tripas. Si, como suele suceder, se empieza sin que hayais llegado, sereis un *destripa meriendas*, precisando á desordenar el servicio, y volver á empezar por vos solo, é interumpis acaso tambien una conversacion interesante, colocándoos entre una jóven y un jóven que tenian al-

gunas cosas que decirse. En este último caso un autor célebre que ha tratado estas graves materias aconseja el huir y no turbar la alegría del festin, y acomodarse á comer solitario en la primera fonda vecina, en donde no se prohíbe dejar sepultadas sus pesadumbres en el fondo de una botella.

Cuando todos los convidados estan ya reunidos, y el dueño de la casa los ha presentado recíprocamente, se levanta al anunciarse que está ya pronta la comida, y pasa al comedor, adonde le siguen los demas: cada caballero da la mano á una señora, y sentados que sean, nadie debe levantarse sino da egemplo el *anfitrión*, y así como él ha entrado en la sala el primero no debe salir sino el último. El dueño de la casa sirve en platos colocados en monton á su izquierda la sopa, que hace circular, empezando por los inmediatos de su derecha, despues á la izquierda y así sucesivamente, hasta que todo el mundo esté servido: los criados levantan los platos vacíos, sobre los que cada uno deja su cuchara.

Así como lo hemos dicho en la conversacion de Delille y del abate Cosson al principio de este capítulo se rompe

el pan, se estiende la servilleta sobre las rodillas y se hacen pequeños pedazos las cáscaras de huevo estrujándolas.

El dueño de la casa hace los honores de la comida; pero un caballero colocado al lado de una dama debe ahorrarla todas las incomodidades posibles, echarla de beber, servirle los manjares que son de su gusto, prevenir sus peticiones, y hacerse agradable y útil sin importunidad.

En cuanto á los vinos de intermedio y de postres servidos en vasos particulares se deben aceptar al principio por urbanidad, y despues se deben rehusar, si no se quieren.

Escusado es decir que no se debe comer con ansia, ni beber sin medida, ni dejar tajadas en el plato, ni roer los huesos. Estos elementos nadie los ignora, y es una instruccion solo buena para los niños á quienes se pone en las manos el caton civil.

Si poseeis el arte útil de trinchar, no os apresureis á manifestarlo, porque es un deber del dueño de la casa y solo debeis ayudarle cuando os lo ruegue. Entonces trinched con gracia, aseo y prontitud; no hagais extremos de fuer-

za, ni tomeis jamas una ave en el trin-  
chante para trincharla al aire: esto no  
es de moda. Estos juegos de destreza  
son buenos para los que trinchan en  
una fonda ó en una posada.

Hay personas que devoradas de la  
gana de hablar ocupan á todos con el  
ruido de su voz. Solo puede sufrírseles  
durante la primera entrada, por que cu-  
bren así el ruido desagradable de los  
tenedores, platos y cucharas; pero en  
los postres la conversacion toma un gi-  
ro mas animado y alegre, y entonces ya  
no queda al cuidado del amo de la ca-  
sa sino saberla dirigir para que sea ge-  
neral. El anfitrión debe olvidarse de sí  
mismo para no pensar sino en sus con-  
vidados; mientras que todos los demas  
disfrutan de su mesa, él solo vigila en to-  
dos y se sacrifica al placer de los de-  
mas. Hemos conocido señoras en tales  
ocasiones no comer absolutamente en  
estos convites de etiqueta; pero ya se  
ha remediado este inconveniente, en  
cargando á los criados el servir el vino,  
y pasar los platos. No es bien visto en  
el anfitrión alabar los manjares que es-  
tan presentes, ni el vino ni las frutas,  
ni los dulces. Debe dejarse este cuida-

do á los convidados. Tampoco conviene escusarse sobre la mala comida, si en efecto se cree ser mala la que se da, porque en esto no hay conciliacion; ó no escusarla, ó darla mejor. Nuestros abuelos que como dice un poeta

Gozaban una vida placentera

Con muebles y utensilios de madra.

tenian el uso de los brindis: se bebia á la salud del dueño, y se deseaba con el vaso en la mano un marido á la hija, é hijos á su recién casada. Este alegre uso se va perdiendo en Francia, pero se ha conservado en toda su integridad en Inglaterra, y vuelve ya á aparecer en nuestras mesas con la diferencia de haberle dado un tinte político. Debe observar el dueño de la casa el que todos sus convidados no serán tal vez de un modo de pensar, y no permitir sino los brindis generales y amistosos.

Despues de la comida viene el café que regularmente se toma en otra sala. Al café sucede una charlatanería alegre y animada, mientras se ponen las mesas de juego:

Un convidado debe á lo menos una

hora despues de la comida á la persona que le ha convidado, y si puede disponer de toda la tarde hará muy bien en pasarla entera en su compañía.

No acaba aquí la obligacion del convidado: le queda todavía otra formalidad que cumplir, qual es una visita llamada la visita de digestion y que se hace á los ocho dias como una señal de gratitud y prueba de que se ha apreciado lo que vale una buena comida: que las vasijas del que convida estaban bien acondicionadas, sus guisados escelentes, y en fin, que sus vinos no estaban adulterados; es decir, que la visita se va á hacer con el objeto de decir que lo pasa uno bien, que ha digerido perfectamente, y que uno está pronto á digerir de nuevo.

## CAPÍTULO XXIII.

### DE LAS CENAS.

En otros tiempos se cenaba; pero como ahora se empieza á comer á las seis, y la mesa lleva á lo menos dos horas, ha pasado ya esta costumbre que no dejaba de tener sus encantos. Desembarazados ya de todos los negocios, co-

mo de todos los placeres, la cena se hacia sin cuidados ni inquietudes; *los quehaceres para mañana*, se decia, y entonces era cuando se verificaba el proverbio de que en *la mesa nadie envejece*. Nombradas fueron en Francia las cenas de Ninon en donde se encontraban un Villar Ceaux, Sérigné, La Châtre y Saint-Evremont. Es sabido que en las cenas de Madama Scarron, y despues Madama de Maintenon se la suplicaba contase una historia cuando faltaba el asado. Posteriormente en las cenas que daba la señorita L'Espinasse, el plato de enmedio era una escribanía, y las sales, los dichos agudos y las anécdotas del dia hacian los honores de la mesa.

Esta alegre comida tiene aun lugar entre los artistas que obligados por su profesion á comer temprano cenan á la noche. Tambien se cena en los bailes, dando á aquella refaccion el nombre de ambigú. Es muy útil á los bailarines cansados, y las jóvenes á quienes el vals y la contradanza han escitado el apetito; aunque sedebe notar que la pasion del juego ha hecho abandonar el vals por el tapete, y los ambigús á las tres de la mañana se van haciendo mas raros.

## CAPITULO XXIV.

## DEL ARTE CISORIA.

El arte de trinchar fue mirado por nuestros antepasados como tan esencial que era entre las personas bien educadas una cualidad indispensable. El último maestro que se daba á los jóvenes era un maestro de trinchar que lo hacia diariamente delante de ellos, y que uniendo la práctica al ejemplo, no los abandonaba sin que acabasen su curso completo en este arte difícil, y se familiarizasen con todas las articulaciones de las piezas de caza mayor y menor.

Ha habido en París maestros en el arte cisoría, tan hábiles en ejercitarlo sobre una mesa, como en disponer la materia y consumirla ó venderla, y aun tal vez en el dia se hallarán piezas de aves, liebres, conejos hechas de madera con las indicaciones de las junturas, mediante las cuales se podia con un poco de ejercicio trinchar medianamente; pero no hay mejor práctica que la que se adquiere en una mesa. Una pieza de madera, por perfecta que sea, no puede enseñar sino imperfectamente: porque si la pieza verdadera es mas gruesa

sa ó delgada, mas grande ó mas pequeña que el modelo, la mano queda dudosa, el cuchillo se descamina, el alon inocente del ave se hace giras, ó el anca de la perdiz no se desprende bien. Entonces queda el trinchador mudo y turbado delante de la víctima, y precisado á recurrir á escusas. Se mira como un general que no haya estudiado el teatro de la guerra sino sobre un mapa y que creyéndose seguro de conocer los bosques, los valles y demas puntos que los tiene en la memoria, al hallarse sobre el terreno no encuentra nada de lo que se ha figurado, todo se confunde á su vista, y pierde la batalla.

Sin que demos pues al arte cisoria tanta importancia cual aparece por esta comparacion, daremos los principales preceptos de él.

El arte de trinchar tiene por objeto los tres principales reinos, digámoslo así de una cocina: á saber, los cuadrúpedos, las aves y los peces. Los recorreremos por menor uno por uno.

### *Cuadrúpedos*

Por lo que hace á la diseccion de la falta se quitan desde luego los huesos

y los nervios y se reconoce la hebra. Conocida esta, se corta en lonjas transversales, observando que esten en un grado conveniente de cocimientos en la vaca. Obsérvese tambien la hebra al tiempo de cortarla de manera que el trozo presente una division transversal.

El lomo asado y aun un poco sangriento es un bocado esquivo para los gastrónomos. Se le parte á lo largo de la hebra.

### *Ternera.*

Se debe distinguir en la ternera 1.º la lonja que se divide en cuadros con el riñon: 2.º la cabeza: 3.º la landrecilla, la tapa, y el hígado.

En primer lugar se desprende el solomo y el riñon y se divide en iguales porciones. Despues se va cortando cada costilla, dejando prendida en cada una bastante carne.

La diseccion de la cabeza de ternera merece toda atencion, porque egecutándola bien, os puede hacer mucho honor para con los comensales. Tened bien presentes los preceptos que siguen.

Las partes mas estimadas de los gastrónomos son las quijadas, las sienes y

las orejas, y muy particularmente delicados los ojos y los sesos. Los servireis con una cuchara, dando á cada uno una pequeña porcion con un trozo de otras partes que hayais partido.

### *Carnero.*

Las partes de este cuadrúpedo, que se aderezan en asador, son el cuarto formado de las costillas y del solomo, los cuartos traseros y la espaldilla: dividireis el cuarto como el de la ternera, desprendiendo el riñon y solomo.

La diseccion de la pierna ó cuartos traseros la mas usada es esta. Se toma el cabo con la mano izquierda, y con la derecha se cortan perpendicularmente en trozos y con un cuchillo todas las partes desde la juntura hasta el hueso, haciendo lo mismo por encima que por debajo: se vuelve la pieza levantando en tajadas gruesas todas las carnes de detras, y al continuar vuestra diseccion, cortareis la que se encuentra á la estremidad del lado del solomo.

Los gastrónomos han mirado como la porcion mas delicada de la pierna, la comprendida entre la juntura y el hueso del solomo.

Hay poca diferencia entre el modo de cortar la espaldilla y la pierna. Se toma el hueso con la mano izquierda, se cortan perpendicularmente las carnes intermedias, y despues las que rodean el hueso. Respecto á las de lo exterior, se forman rebanadas horizontales, cortando de igual modo el hueso de la espalda.

### *Cordero.*

Se trincha del modo siguiente. Se le parte en dos cuartos iguales abriéndole desde el principio del pescuezo hasta la cola; lo que se hace echando el cuchillo sobre el espinazo; despues se vuelve á dividir cada cuarto en costillas iguales, sencillas ó dobles, se separan las piernas y se cortan en rebanadas.

Del mismo modo se parte el cabrito. Las partes mas delicadas son las del cuarto trasero; en vez de que las del cordero son las costillas.

### *Marrano.*

La diseccion del solomillo del marrano es la misma que la del cabrito y vaca.

El jamon, que ordinariamente se

sirve frio y adornado en su al rededor, se parte del modo siguiente.

Se toma con la mano izquierda el cabo, y se hacen trozos en línea perpendicular, empezando por el extremo opuesto al mango; despues de haber hincado el cuchillo hasta el medio, se saca y se vuelve á meter horizontalmente por debajo de los trozos formados, para separarlos unos de otros, y como cada tajada debe contener lo gordo y lo magro, este modo de cortarle es el mejor para el efecto. Despues de haber levantado todos los trozos que se necesitan, se debe unir el primero al sitio que se ha partido últimamente del jamon, y para que pueda volver á aparecer otra vez sobre la mesa, se cubre esta abertura con cortezas de tocino.

### *Lechoncillo.*

Se le quita desde luego la cabeza, y se le levanta el pellejo, formando cuadros: y teniendo cuidado de que quede pegada alguna carne á cada trozo.

### *Liebre Conejo.*

Estas dos piezas, cuya estructura es casi la misma, se sirven asadas y se

trinchan del mismo modo. Se levanta desde luego el lomo desde la estremidad anterior hasta las ancas, adelantando el cuchillo por cada lado: en esta direccion se desprenden los lados y se cortan en diferentes pedazos transversalmente: se quita la parte carnosas de las ancas, asi como se le quita la cola con porcion de carne, que es el bocado delicado, llamado tajada del cazador.

Si es un gazapillo tierno, despues de haberle cortado la cabeza, se le divide al traves sin quitarle el lomo, de manera que este y los lados queden reunidos.

### *Javali.*

La cabeza de este animal salvaje deshuesada y cocida se divide horizontalmente en dos trozos por encima de los colmillos: despues se hacen lonjas ambas partes sea por arriba ó por abajo; luego se unen los dos trozos por medio de dos agujas de lardear para conservarlos en estado de aparecer en la mesa como el jamon.

*Pabo.*

Se trincha de dos modos: el primero consiste en levantar un alon y un anca por el mismo lado, y luego el alon y anca opuestos; se ponen las ancas á parte, despues de haberlas dividido en dos trozos, y los alones se cortan y hacen tajadas. Hecho esto, se levantan las pechugas, se rompe el caparazon y se parte en dos la rabadilla.

El segundo modo consiste en no trinchar todo el pabo. En consecuencia se levantan las ancas con el caparazon, se las desprende y se da una cuchillada en el cuerpo por debajo de la rabadilla; se levanta esta y se forma con ella lo que se llama una mitra; despues se trincha la parte delantera.

Para desprender bien las ancas y los alones, es necesario tener cuidado en poner bien el cuchillo en las junturas. Esto se aprende fácilmente con un poco de ejercicio.

*Gallina, Capon y Pollo.*

La diseccion de estas tres piezas es absolutamente la misma. Consiste en

levantar una despues de otra sus partes principales, y despues las pechugas. Hecho esto, se separa el caparazon y se corta horizontalmente.

Se divide cada anca en dos pedazos, cada alon en tres y el caparazon en cuatro.

Si estas piezas son cocidas, se trinchan fácilmente; pero sienpre se necesita un cuchillo muy bien afilado, y manejado por una mano diestra: los pollos se trinchan de la misma manera.

### *Ganso y Pato*

Se trincha el ganso por hebras ó tiras desde la parte superior del estómago, cogiendo la carne de los alones y alargándose hasta la rabadilla; se toman cuatro tajadas de cada lado, y si no bastan, se quitan mas de sobre las ancas y otras partes carnosas: despues de haber desprendido el mayor número de tajadas que se puedan, se cortan los huesos en que queda aun carne.

Por lo que hace al pato, si es doméstico y cocido, se le parte por trozos sin levantar las tiras, y si es silvestre y asado se trincha como el ganso.

*Polla de agua ó Gallineta.*

Esta ave regularmente se sirve asada. Primero se la divide el pescuezo, y despues una anca: se levanta el alon del mismo lado haciendo que el cuchillo resbale á lo largo del vientre para coger por dentro la juntura del alon que está metida en la carne, y el resto se trincha como cualquiera otra ave. En la polla de agua las estremidades de los alones son las mas delicadas.

*La Cerceta.*

Si esta ave se presenta cocida, se la trincha como una polla; si se presenta asada, en hebras que se bañan con su mismo jugo y el zumo de limon.

*Pichones.*

Si estas aves se presentan en salsa, se deben servir con la cuchara; y como la parte de entre ambas ancas es la mas estimada, no debe olvidarse el ofrecerla á las Señoras. Si los pichones son asados, se dividen en dos ó cuatro partes segun su grueso, reservando siempre para el bello sexo la parte que se ha dicho; si se parten en dos, debo

ser ó á lo largo, de manera que quede un alon y una anca de cada lado: ó al traves, de manera que los alones queden divididos de las ancas.

### *Faisan.*

Se trincha como la gallina.

### *La perdiz.*

La perdiz se trincha como cualquiera otra ave; es decir, levantando el alon y el anca de un lado primeramente, y luego el anca y el alon de la parte opuesta, y no debe olvidarse de que si la anca es preferida por los golosos, el alon no es menos delicado: y que por lo tanto debe ponerse en el plato destinado á una Señora.

### *Becada.*

Esta ave, que ofrece un asado excelente, se sirve sobre rebanadas de pan tostado y bañadas con su zumo y limon; se trincha como la gallina, y despues de haber levantado las cuatro partes principales dichas, se corta transversalmente el caparazon en partes iguales.

*Codorniz, Zorzal, Cogujada  
y Hortolano.*

De estas aves se sirve ordinariamente el anca entera, ó cortada á lo largo en dos partes iguales.

Se divide el Zorzal, sea levantando sus cuatro miembros principales, ó sea dividiéndolos á lo largo.

La cogujada se sirve sobre una tostada bañada en su pringue.

El hortolano se sirve tambien entero.

El picafigo, el pluvial y el tordo se sirven del mismo modo.

*El Avesfria, Pardal y Polla cebada:  
ú Ortega.*

El avesfria jóven, se parte como el pic hon, en cuatro partes.

El pardal del mismo modo.

La ortega se divide y trincha como el faisán.

DISECCION DE LOS PECES.

*El rodaballo.*

La carne de este pez se sirve con la trulla. Se echa una línea que le divide en dos partes hasta la espina y otra

transversal: se levantará con la trulla ó con cuchara los trozos comprendidos entre estas líneas. Despues de haber servido el vientre, que es la parte mas delicada, se levantan las espinas y se sirve el lomo. Las señoras son muy aficionadas á las barbas de este pescado, y no se ha de olvidar el proporcionárselas.

### *La Trucha.*

Una gran trucha asalmónada, es un manjar delicioso. Se sirve tambien con la trulla ó cuchara. Con este instrumento se traza una línea desde debajo de la cabeza hasta la cola, y despues otra línea transversal, y se levantan los trozos comprendidos entre las divisiones; luego se vuelve el pez y se sirve esta parte. El vientre en la trucha es lo mejor.

### *El Barbo.*

Se tirará una línea sobre el lomo desde la cabeza á la cola, y otra línea transversal; despues se partirán y servirán los trozos contenidos en estas líneas. La lengua de este pez es muy delicada, así como la porcion cercana á la cabeza.

*Carpa.*

En primer lugar se le corta la cabeza, que siendo un bocado muy particular, se puede presentar á cualquiera de los convidados; despues se levantará con la trulla el pellejo y las escamas, poniéndolas aparte; se tirará una línea desde la cabeza á la cola y otra transversal, levantando y sirviendo los trozos comprendidos entre ellas: se prefieren los trozos cercanos á la espalda.

*El Sollo.*

Al Sollo se le corta en primer lugar la cabeza como á la Carpa, pues es un bocado delicado y digno de ser ofrecido á una muger hermosa; se tira con la trulla ó cuchara una línea profunda desde el principio de la cabeza hasta cerca de la cola: ambos lados del pez se dividen y parten en líneas transversales, de manera que cuantos pedazos se levanten con la trulla participan del lomo y del vientre. Cuando ya los convidados hayan comido un lado, ó que no baste un lado para el número de ellos, se dará vuelta al Sollo, y se hace por el otro lado lo que se ha hecho con el primero.

## CAPÍTULO XXV.

## DE LA HABITACION.

Nuestros abuelos vivian en habitaciones estrechas y obscuras: la escalera torcida y mal dispuesta, los vidrios pequeños y embutidos en plomo, no dejaban penetrar en las casas sino una media luz; se ignoraba el arte de entarimar, y la cera no barnizaba los ladrillos groseros que formaban el pavimento de los aposentos. Nosotros estamos mas adelantados en esta parte: las casas de los mas simples particulares se han hecho cómodas, elegantes, y sobre todo aseadas. Es muy comun en París subir por una escalera, cuyos escalones están restregados, y cuyo pasamano esta hermozeado de lustrosa acayaba. A veces contribuye tambien el cobre á aumentar el lujo del pasamano que ordinariamente es de un color *verde antiguo*. Las mesetas de la entrada suelen estar enladrilladas de mármol y adornadas de estatuas. Este lujo y magnificencia obliga á que los inquilinos cuiden tambien de lo interior de sus casas que no debe discordar de lo que las precede.

Como el que entra en el mundo se sujeta á recibir las visitas que se hacen, una modestia elegante y de buen gusto, son deberes que impone la sociedad. Es contra toda regla de urbanidad el recibir á nadie en una casa desordenada, en donde no se ha pasado el plumero. El orden de un aposento anuncia el orden del que le ocupa, y jamas podrá excusarse el que presente la negligencia de un aposento de un criado. Es necesario pensar siempre en no hacerse culpable de las faltas que no se perdonarian en las casas ajenas.

§ *Habitacion de hombre solo.* El hombre solo puede alojarse en donde quiera, y para ellos se construyen habitaciones, cuyo alquiler no pasa desde 300 á 600 francos tan comunes y cómodas. En París un hombre solo puede vivir en un cuarto bajo como en una guardilla; y aun lo caro de los alquileres ha hecho que los propietarios hayan especulado particularmente, adornando cuanto puede ser las casas en que en otro tiempo se alojaban los pobres. Las guardillas se hallan en el dia adornadas con elegancia, con cristales y chimeneas de mármol; y el gusto del

papel que las adorna, y que por lo mismo exige pocos muebles, constituye otros tantos gabinetitos de gusto. Un hombre solo necesita dos piezas: una en que duerme, y la segunda en que recibe. Esta última suele ser tambien su gabinete. Allí es donde responde á sus correspondencias, y donde estudia cuando gusta de ello ó tiene gana: debe dar lustre á su pavimento á lo menos dos veces á la semana; y si consigue que la misma portera de la casa sea su ama de gobierno, le irá muy bien: porque una portera suele ser un Argos que vigila todas las acciones de un hombre solo, muy dispuesta á pensar mal de todo y á murmurar; pero procurando ganarla con algunos regalillos, todo el mundo entonces á su vista es bueno. Don N. mozo soltero, y libre, descabezado y consumido de deudas, no es entonces en su opinion sino un bellissimo jóven, á cuyos acreedores hace ella lo posible por alejar: porque sabido es que estamos en un siglo de oro, no por las virtudes que recuerda, sino por los milagros que hace. Un hombre solo debe hacer lo posible por estar bien con la portera para conservar su crédito y ser

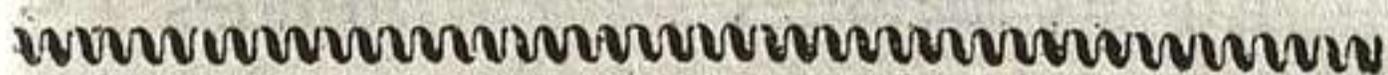
servido con los recados que dejen para él.

*Habitacion de un hombre casado.* Un hombre casado con hijos y con pretensiones se debe alojar en un tercer piso. No es extraño en las capitales ver en terceros pisos á personas muy acomodadas. Su casa debe de tener una pieza para dormir, otra para los niños, un comedor, un despacho y una sala de tertulia. Los criados se alojan en los desvanes. Tampoco se les prohíbe el que tenga una caballeriza y una calesa, así como le es permitido á un jóven tener un caballo para pasearse. Pero todo esto cuesta caro, y así se ha de mirar muy bien para tomar un lacayo; además de que en caso urgente se toma un coche de alquiler, y en el día las gentes económicas, y que miran por sus bienes, si tienen que hacer un viajecillo, no dejan de encontrar por su dinero carruages de todas figuras y de todos precios.

Nada decimos de la habitacion de las personas opulentas, de las operistas y actrices de nombradía, de los banqueros, de los grandes empleados y agentes de negocios, los cuales ni procuran la economía, ni tampoco la tran-

quilidad de espíritu que es su consecuencia.

Tampoco insistiremos sobre la ventaja que tiene una casa de dos puertas, porque esto nos conduciría á consideraciones morales que se alejan de nuestro objeto. Solo sí advertiremos que los palaciegos deben buscar sus habitaciones cerca de palacio; los que aman el campo cerca de las puertas de la ciudad; los actores cerca de los teatros; y en fin, cada uno lo mas próximo que pueda ser á los sitios que diariamente asiste, consejo tan cómodo, como económico de tiempo y de calzado.



## TERCERA PARTE.



### CAPÍTULO I.

#### DE LAS MODAS.

**H**ace algunos años que se va mejorando el gusto público. Los vestidos anchos y cómodos han sucedido á los

angostos, estrechos y apretados. La prontitud y constancia con que se ha hecho este cambio son muy notables, porque indican siempre que proviene de los progresos del gusto público, y no del de un capricho particular y pasagero.

Desde luego se observa que los calzones, despues de haber sido por mucho tiempo parte de nuestro trage, se reemplazaron en primer lugar por los pantalones mas ó menos estrechos, y luego por los pantalones anchos. Fuimos tomando, respecto á las piernas, el vestido que distinguia á los Godos y las tribus vecinas, antes que hubiesen dejado las orillas del Euxino.

En las regiones septentrionales esta pieza del vestido es bella y juntamente conveniente, y algunas naciones antiguas llevaban calzones debajo de la túnica. Al presente han parecido tan útiles á sus sucesores en las mismas regiones, que son una parte distintiva del vestido de los Cosacos.

El gusto público se ha inclinado de tal manera á adoptar esta parte mas ancha y holgada, que en el dia se ha ensanchado este antiguo modelo, y á fin de poderle emplear yendo á caballo,

en lugar de fijarle en el zapato como en otro tiempo, lo que no era ni fácil ni cómodo, se ha alargado el pantalon por medio de una correa que abraza el pie por debajo. Hubo personas que en Inglaterra intentaron el hacer volver la media bota apretada debajo del pantalon ancho, pero esto no tuvo éxito. Es cosa que no conviene sino á los jornaleros, ó aquellos que estan espuestos al barro de las calles, y que no pueden mudar muchos vestidos. El otro calzado distingue convenientemente á las personas de una clase elevada.

En el dia, cuando una mejora decidida en el gusto público se verifica con respecto á un traje (como la que ha hecho suceder á los calzones el pantalon cosaco) es raro el que no sea seguida.

La causa es aquel sentimiento de conveniencia, correspondencia, y simetría, que aunque vago en sí, influye mucho en la costumbre práctica. Este sentimiento constituye absolutamente en el traje una ley mental ó teórica: y en los progresos aun de nuestro antiguo traje, por absurdo que fuese, se echa de ver siempre la influencia de este

sentimiento de correspondencia y de simetría.

Así los pantalones apretados con las medias botas, el justillo estrecho, el ceñidor casi igualmente apretado, y el sombrero en punta, aunque menos cómodos y menos graciosos, se correspondían entre sí, lo mismo que los capotones anchos y la capa de hoy; pero en las demas relaciones es evidente su inferioridad.

La tendencia á un traje ancho no ha parado aquí, sino que se ha estendido hasta las otras partes del vestido, pareciendo que cada dia se irá fortificando esta mejora. Las principales mudanzas que ha sufrido la figura de los vestidos consisten en lo largo del talle: una largura mediana es justamente la mas sencilla y la mas hermosa.

Añadiremos en apoyo de todas estas variaciones, que cuanto mas ancho es un vestido, es mas susceptible de admitir en sus diversas partes una gran diversidad de espresion.

La parte que mas mejoras exige es el sombrero. Seguramente que no está en armonia con este traje mas ancho; y este conocimiento ha producido todas

las figuras de sombreros que hemos visto sucederse en los últimos tiempos, aunque parece que el sombrero redondo con la ala corta es el que ha de permanecer.

Esta es la antigua moda de casi toda la Europa: es aun de los escoceses y bascos, que arrojados de las llanuras, la llevaron á los montes de sus paises respectivos y la conservaron. Es de una forma particular, de una sola pieza, y sus espresiones son muy diversas y chocantes. Se ha de observar que esta moda ha estado acompañada en otros tiempos de mas ó menos barba, y segun esto, parece que muchas personas dejan crecer la barba de diferentes modos sobre el labio superior; y no parece fuera del caso recordar uno de los grandes infortunios y las guerras que la Francia sufrió por el divorcio de Luis el jóven y de Leonor de Guiena, respecto de la moda que este príncipe quiso introducir de afeitarse la barba y cortar sus cabellos. La reina que reunia á una belleza severa una viveza extraordinaria, le dijo con enfado que pensaba haberse casado con un monarca y no con un fraile. La obstinacion de

Luis y el enfado que causaba á Leonor la vista de un rostro afeitado, fueron causa para la Francia de la pérdida de las bellas provincias que formaban el dote de esta princesa, y que haciéndolas propiedad de la Inglaterra en un segundo matrimonio, ocasionaron las guerras que desolaron la Francia durante cuatrocientos años.

La moda de llevar barba tiene cierta cosa de noble y varonil, y de tal modo, que la naturaleza ha querido hacerla como un distintivo entre el hombre y la muger; y el abandono de esta moda por lo general ha acarreado periodos de una afeminacion general y aun de la debilidad y caída de los imperios. Los Romanos llevaban barba cuando sometieron á los Griegos que no la tenían, y la habian dejado de llevar á su vez cuando fueron vencidos por los godos que aún la conservaban. En el dia presente los Tártaros que la llevan bien larga, amenazan aun subyugar á los pueblos desbarbados y afeminados de la Europa occidental; debiendo decirse ademas para probar cuanto tiene de varonil semejante moda, que en los diversos paises de la Europa, las guerras

le han introducido por algun tiempo.

La barba hace un efecto mucho mejor cuando no está dispuesta con demasiada afectacion, v. g. cuando se deja una parte sobre cada mitad del labio superior, y otra parte sobre la barba, y acaba en los lados de la boca, de donde conviene que no pase.

Es injusto ridiculizar los vigotes como una necesidad. En quienes sería vituperable es en los que privándose de toda su barba, ponen tanto cuidado en impedir que se les considere como hombres, y que se creen mas hermosos por una imitacion afectada y ridícula de un semblante femenino.

Si queremos subir á la causa que hace que se ridiculece á veces á las personas vestidas de un modo conveniente en todas las partes de su trage, nos convenceremos que proviene de las clases inferiores y principalmente de los artesanos y el bajo comercio, porque el antiguo vestido ajustado es propriamente el que les conviene, pues por desgracia do y ridículo que parezca, como se ajusta mas, los espone menos á mancharse durante su trabajo: y ved aquí porque ha prevalecido este trage ajustado en

:

los países comerciantes é industriales, como por egemplo en Inglaterra.

Bien conocen los artesanos que si el gusto de las clases superiores les empena á adoptar los vestidos mas anchos y graciosos, las clases y las ocupaciones se conocerán inmediatamente, y quedará declarada la inferioridad.

Sepamos contentarnos con la condicion sobre la cual no podemos elevarnos ni por nuestros talentos, ni por nuestros medios. Y que el artesano y jornalero se contenten con un traje estrecho y á propósito para su trabajo, y que los demas se atengan á un traje mas elevado.

Aquellos que siguen mas estrictamente las modas y para quienes no hay otra distincion que la del vestido, no se olvidarán sin duda de que esta distincion queda asegurada para siempre con la adoptacion del traje ancho, porque aunque momentáneamente la adopte el artesano ó el obrero, jamás podrá ser su vestido permanente: jamás entre los griegos las clases inferiores llevaban el *peplum* ni entre los romanos la *toga*. Pasemos ahora á tratar en pocas palabras de los colores, y cómo deben aplicarse á los vestidos de hombre.

Respecto á las mugeres es evidente que los colores bajos convienen á la tez delicada, y los colores mas subidos á los rostros encarnados.

Como los hombres en general son mas morenos, les convienen tambien mas estos últimos colores, lo cual concuerda con la práctica ordinaria.

Sienta tambien el color negro á los hombres, porque por lo comun son mas pálidos: y esto está en armonía igualmente con el uso comun.

Pero siempre el color será de menos importancia entre los hombres que la forma de sus facciones. Así el color del vestido es por sí menos importante que la forma: por lo que la moda sola impone á veces lo primero mas imperiosamente á los hombres que á las mugeres.

En el redingot ó en la corbata, si el chaleco es abierto es donde deben aplicarse los colores en contraste en cuanto la moda lo permita.

Cuando el color predominante se encuentra en el redingot, el contraste que admite el trage debe colocarse en la parte inferior; por lo que en tal caso los pantalones pueden ser de color

res claros y débiles, de manera que hagan contraste mas declarado.

En verano ha prevalecido la moda de llevar el pantalon y el chaleco blanco; y no solamente es recomendable á muchos por lo vistoso, sino que sirve tambien para distinguir las clases, porque no puede convenir á un artesano, ó á una clase poco elevada.

#### LA CORBATA.

La corbata es la parte mas importante del vestido del hombre: ella es respecto al todo del vestido, lo que los ojos en una hermosa respecto á toda la cara. Debe, pues, ser el objeto del cuidado particular y de la atencion mas severa. Por la corbata se juzga al hombre, ó permítasenos decir, que la corbata es todo el hombre.

Cosa superflua es decir que debe siempre ir muy blanca, que ha de mudarse todos los dias, y deben desecharse sin perdon alguno aquellas que se han probado y manejado inútilmente.

Hay diferentes modos de ponerse la corbata. Se indicarán aquí los mas usados.

### *Corbata á la americana.*

Se dejan pendientes las dos estremidades de la corbata delante del cuello; despues se toma una que se enlaza con la otra, y juntas las dos se levanta la primera hecho un nudo á mitad, y la otra punta se fija en lo bajo de la camisola, es decir, cerca de la cintura de los pantalones, dando al lazo y punta pequeña la gracia que se pueda.

### *Corbata para baile.*

No se compone sino de dos pliegues laterales; pero debe abrazar el cuello en doble y fijarse delante por medio de un alfiler. Debe tambien cuidarse que su tamaño permita sujetarse á cada uno de los lados de los tirantes, haciendo que tenga dos ó tres vueltas. De este modo ni violenta los movimientos de la cabeza ni de los hombros, y aunque fija, se presta muy bien á todas las variaciones y posturas que necesariamente ha de hacer un individuo que baila ó valsea.

### *Corbata á lo gastrónomo.*

Para ponerse la corbata con este título es necesario tomar cualquiera tela

de seda, algodón ó hilo que no esté en-  
gomada ó almidonada, plegada con so-  
los dos ó tres dedos á lo mas ancho, y  
ajustarla negligentemente en el cuello,  
reuniendo las dos puntas por delante y  
fijándolas con un nudo corredizo, de-  
jando pendiente las dos puntas que no  
deben pasar de dos, tres ó cuatro de-  
dos de largo.

En el modo de hacer este nudo, por  
muy simple que sea, es en lo que con-  
siste la perfeccion de esta corbata. El  
nudo debe ser tan flexible sin que esté  
flojo, que ceda y se preste al menor mo-  
vimiento del cuello y de las mandíbu-  
las, y aun al mas ligero levante de la  
garganta, sobre todo en los que tengan  
la respiracion corta ó trabajosa.

### *Corbata de caza.*

Se forma de dos pliegues paralelos  
de izquierda á derecha, que se cruza-  
rán las mas veces como lo hemos indi-  
cado en la corbata del baile.

### *Corbata á la Gron.*

Debe presentar la figura de una cas-  
cada, para cuyo efecto se hace un nudo  
sencillo de donde salen dos estremida-

despendientes, casi iguales aunque muy largas. La una de ellas se trae adelante de manera que cubra enteramente el medio nudo, y luego se la despliega de forma que cubra el que quedó debajo, dándola toda la estension de que sea susceptible su anchura. Su estremidad se fija en la camisa de modo que la cubra toda, y con este género de corbata se puede en caso necesario escusar la camisa.

Aunque todos los trages parece que se han confundido, en el dia la corbata ha conservado sus usos y su gerarquía. El oficial parece que se halla desairado sin corbata, el poeta lleva de medio lado una corbata matemática: solo el hombre de mundo sabe ponerse artísticamente su corbata, variando la gracia de ella de mil maneras y haciéndola armoniosa con el aire de su fisonomía y con el vestido que lleva. La corbata, así como todas las cosas terrenas, ha tenido su época de grandeza y de decadencia; pero podrá decirse que en ningun tiempo ha sido tan universal, tan variadas sus formas, y tan grande la importancia como en el dia. El origen de la corbata se pierde en la noche de

los tiempos. Todos los pueblos han gustado de este adorno que acompañando á la fisonomía la da un aire de gracia y de nobleza. Es cierto que es grande la distancia desde el collarin de oro y de plata de las edades heroicas á la batista engomada; pero su objeto y resultados son siempre los mismos. La corbata se lleva tanto por vestido como por adorno, y estamos por decir que de ella mas bien que de Júpiter, habló Ovidio cuando dijo:

*Os homini sublimē dedit, cœlumque tueri*

*Jussit, et erectos ad sidera tollere vultus.*

porque sola la corbata es la que obliga al hombre á llevar su cuerpo derecho y la cabeza levantada y con nobleza. No se sabia aun apreciar lo bastante la corbata en los tiempos góticos, contentándose con embrochar al rededor del cuello un pedazo angosto de muselina, y solo cuando cayó el reinado de las terribles pelucas ocurrieron los recursos inmensos que presentaba al genio la corbata simple y desprendida de todas trabas. Entonces ya no era permitido entrar en el gran mundo y hablar

de economía política , sin llevar una vara de muselina al pescuezo ; pero como la exageracion se entromete por donde quiera , bien pronto traspasó los límites del gusto y se vieron aquellas corbatas inmensas tituladas *á lo increíble* , que ocultan la mitad de la cara en pliegues ondulantes y bajo lazadas enormes. El arte estaba todavía en su infancia ; pero llegó el término de esta demagógica moda , vino el momento de la edad de oro , y se vió á la corbata como un nuevo Proteo sujetándose docilmente á todos los caprichos de una imaginacion vagamunda , y pudo en fin , recibir y conservar las formas mas puras y variadas. A la verdad , el primero que llegó á plegar una corbata engomada adelantó un paso á las luces é hizo mas servicios que las sectas economistas y enciclopedistas juntas , obligando á todos los hombres á entregarse cada mañana á un cuarto de hora de meditacion y combinacion de cálculo para ponerse la corbata , y no puede menos de decirse que ha procurado dar un nuevo empleo al genio ; Y quién diria que el nombre de este grande hombre está aun todavía oculto á la gratitud pública ?

No solamente es la corbata un adorno agradable sino tambien un aderezo útil. El dulce calor que mantiene facilita el juego de los órganos, hace la voz mas sonora y mas grata y el semblante mas fresco. Su uso facilita mil acciones diversas: y sin referir aquí el servicio que hizo la suya á Pichegru en la prision del Temple, probará la anécdota siguiente que es capaz de acciones heróicas.

Habían echado en cara no hacia un instante, dice el doctor Pezis, al valiente general Lasalle, entonces jóven y víctima de la moda, lo enorme de su corbata. El regimiento que mandaba entra á la carga, es rechazado, vuelve á cargar de nuevo, dispersa la caballería enemiga, y viene á descansar á su vivac. Me avisan que el coronel ha recibido un pistoletazo en el pescuezo, corro, y me enseñan una bala que se le habia detenido en lo espeso de aquella enorme corbata que yo habia vituperado tanto. Dos oficiales y algunos husares habian recibido tambien sablazos sobre las suyas, y no pude menos de convenir que las grandes corbatas servian para alguna cosa.

Bajo el aspecto literario la importancia de la corbata es mayor en cierto modo; es la divisa del genio, y un ojo observador reconoce en el gusto de la corbata á un poeta ó á un químico.

Nuestros vecinos los ingleses dan una grande importancia al arte de ponerse la corbata. Hace unos diez años que se publicó en Lóndres un grueso volumen titulado *Cravatiana*, probando la superioridad de John Bull sobre todos los pueblos que llevan corbata, y la obra tuvo un suceso piramidal.

Un erudito en punto á corbatas ha dado á luz entre nosotros un tratado en que se enseña la teoría de mas de treinta maneras particulares de encorbatarse. Los lectores curiosos pueden acudir á esta obra original: y en cuanto á nosotros nos bastará indicar la composición de las principales corbatas que nos es dado ignorar.

En primer lugar diremos que tengais una corbata. Ninguna lavandera, planchadora ó encargada de la ropa blanca puede dispensarse de plegarla de antemano; pero si la que teneis carece de ciencia y de gusto, plegad vos

otros mismos vuestra corbata , que esté bien dividida y engomada ; plegad las esquinas en diversas direcciones ; la una de lo bajo á lo alto , y la otra de lo alto á lo bajo , á fin de que juntándose debidamente en el cogote, no alteren la hechura del cuello de vuestro frac. Dispuesta así la corbata, según los principios del arte, reflexionad detenidamente en lo que vais á emplear el día, porque es preciso que el nudo y el lazo de la corbata se halle en relación con las personas, tiempos y lugares. El nudo gordiano es indispensable para una visita de cumplimiento : el nudo de brida basta al cazador : el nudo á la balija conviene para el paseo, el sentimental para una cita, ó la americana, á lo Byron, lo matemático, la oriental, el gastrónomo, regulan según la ocasión la debida preferencia : cada uno de ellos tiene sus ventajas y mérito.

La corbata blanca lisa es la única admitida en el traje de ceremonia. Toda corbata rayada ó en cuadros es de medio tono. La corbata de color, sea cual sea, no se lleva sino en *negligé*, así como la corbata negra que solamente un eclesiástico ó un militar en unifor-

me pueden llevar á una tertulia.

De todos los modos de poner la corbata el mas difícil y el mas comun es el nudo gordiano. Así como el famoso Mr. Jourdain hacia prosa sin saberlo, todo el mundo compone inocentemente este famoso nudo que ha debido costar tantas investigaciones y desvelos á su inventor.

En la perfecta egecucion de este nudo consiste todo el punto, pues los otros métodos no son sino modificativos derivados de él. Jamás se podrá uno aplicar demasiado á conocer bien la teoría y práctica del nudo gordiano.

Pero no se espere aquí una descripción circunstanciada de esta especie de invento. Conviene mas hablar á los ojos que á los oídos, y en vano diríamos que echada la corbata al rededor del cueilo, no se trata ya sino de hacer un nudo y volver las dos estremidades sobre el nudo mismo, bajando despues á unirle en el punto de conjuncion con un alfiler. El lector quedaria tan á obscuras como ántes de leernos: por otra parte suponemos que los lectores de nuestra obra necesariamente han de ser hombres de gusto, que sabrán po-

nerse la corbata , que se mirarán en el espejo , y que éste les instruirá mucho mejor que nosotros.

La corbata á lo oriental debe ser muy pequeña ; los extremos muy engomados ; se levantan las puntas hácia los dos lados y forman una media luna. Encorbatado así cualquiera , no hay mas diferencia entre él y un turco , sino que éste lleva la media luna en la cabeza y el otro en el cuello.

La corbata americana es la mas sencilla de todas. Echada al cuello , se reúnen las dos estremidades por delante y se las pasa una sobre otra como para hacer un nudo ; pero no se hace sino fijarlas por medio de un alfiler.

La corbata á lo Biron , cuyas dos estremidades forman un gran nudo bajo la barba , es uno de los escollos en este género. Ridícula en una poblacion , es de moda en el campo , y sobre todo para los jóvenes.

La corbata de baile se dispone con la ayuda de una docena de alfileres ; no tiene nudo y las estremidades se pliegan una sobre otra.

La corbata á lo gastrónomo , estrecha , sin goma y negligentemente soste-

nida con un nudo corredizo , fue por mucho tiempo de moda fuera de la hora de la comida : los que la dieron estimacion debian llevarla ahora puesta al brazo como lazo de nudo militar.

Seria necesario un volúmen entero para describir las corbatas irlandesa, matemática , á la perezosa , á lo novelesco , á lo Telma , Rusa , diplomática, etc. , etc. , etc. , y enseñará mas al lector sobre el particular una concurrencia de grandes bailes por carnabal que un tomo en folio. Solo recomendamos la observacion y atrevimiento que valen por muchísima esperiencia ; pero conviene sobre todo no perder jamás de vista este axioma. Una corbata que al primer golpe no se pone bien , debe ser inmediatamente vuelta á la planchadora : ya de nada sirve , es como la crema ó arroz que se ha cortado.

#### DE LOS CABELLOS.

Es preciso , dice *el arte de peinarse á sí mismo* , para estar bien peinado : 1.º que los cabellos esten perfectamente cortados segun la figura de la cabeza : 2.º que se conserven constantemente en un estado de aseo por medio del ce

pillo y del peine: 3.º que de tiempo en tiempo se les aplique una sustancia untuosa y benéfica: 4.º que su rizadura se haga por medio de algunos algodones: 5.º que los cabellos, cuando se va uno á acostar se dispongan convenientemente bajo el gorro de dormir: 6.º que la direccion de los que caen sobre las sienes sea horizontal: 7.º que se quite y se ponga el sombrero con precaucion: 8.º que cada vez que se descubra la cabeza se asegure uno de si el peinado se ha descompuesto.

Los cabellos no son un adorno verdadero, sino en tanto que estan bien limpios y tengan aquella flexibilidad viva que favorece las undulaciones. Para conservar los cabellos en este estado se ha de procurar peinarlos y acepillarlos por la mañana y por la noche. Al acostarse es indispensable envolverlos en un gorro, tanto para evitar que se enreden y contraigan mala direccion, como preservarlos del polvo y de las partículas que se desprenden de las almohadas y sábanas. Antes de pasar el cepillo, si se quiere llegar á la raiz de los cabellos es muy esencial separarlos con el peine, y luego se les untará li-

geramente con aceite oloroso ó pomada, que se haya liquidado con el calor de las manos; pero cuando los cabellos son por sí grasientos, bastará el untarlos por la noche.

Suele ser muy comun el echarse constantemente de un mismo lado; y en aquel donde uno se echa es donde se han de poner los algodones. Los que acostumbran á llevar los cabellos levantados y muy cortos, estan dispensados de este cuidado; pero en quanto á los demas que no miran con indiferencia el estar bien ó mal peinados, me atrevo á asegurar que sacarán algun fruto de los consejos que presento. Les diré, pues, que para dar una buena direccion á su cabello no hallarán cosa mas útil que los algodones, pero en corto número para que el rizado parezca natural. Cada algodón debe abrazar una mecha bastante considerable, para que desenvuelta no forme ganchos. Si son demasiados los algodones, el rizado general, sucesivamente dividido, dará á la cabeza la apariencia de una cabeza de querubin; y un peinado así no es menos ridiculo que el liso ó erizado constantemente. Los anillos en-

vueltos en cada algodón deben ser bastante anchos.

*Del gorro de noche.*

El gorro de dormir debe ser de lienzo , y al ponerlo se le harán dos pliegues , de modo que forme triángulo. Despues, tomando una estremidad en cada mano, se le colocará en la cabeza trayéndole hasta la nuca que se encontrará de este modo cubierta y proporcionará el ir trayendo los cabellos de los lados hácia adelante y bajo el gorro : antes de anudarlo se debe , conforme se vaya cubriendo la cabeza , arreglar los algodones , teniendo cuidado de que caigan convenientemente para que no contraigan vicio. Si es pañuelo el que se pone , debe traerse su tercera estremidad hácia adelante , y sujetarla bajo el nudo.

*Del tocador al levantarse.*

Si durante la noche se ha traspirado por la cabeza , y los cabellos estuviesen húmedos , no se ha de quitar el gorro ó el pañuelo sino algunos minutos despues de dejada la cama : y de todas maneras no se han de quitar los

algodones inmediatamente. Para sacar los cabellos de los algodones se aguardará á que estén ya frios, porque sino se tomase esta precaucion no se rizaria. Quitados los algodones, se irán desenredando con las puntas ralas del peine poco á poco para no arrancar ó romper los cabellos ; despues se pasa el peine fino que debe ser de madera y bien hecho, es decir, que sus dientes tengan una fuerza igual. Peinados suficiente-mente los cabellos, se acabará de asearlos con un cepillo de cerdas delgadas, ni demasiado blando, ni demasiado duro. Para acepillar los cabellos deben estar divididos por mechass como antes de poner los algodones.

*Precauciones al quitarse y al ponerse el sombrero.*

Lo primero que se ha de procurar al ponerse el sombrero es evitar que los cabellos de delante no se hallen agarrados y prensados en el borde que cae sobre la frente; ni es menos esencial el librar de esta prision á los aladares ó cabellos de los lados; á cuyo fin se les levantará metiéndolos de modo que la figura del sombrero no les haga con-

traer un mal vicio. Son indispensables todas estas precauciones cuando se quiere conservar bien el peinado.

Como es raro que un sombrero llevado mucho tiempo no altere el peinado en alguna de sus partes, y que á veces la traspiracion ó la presion egercida sobre él no le trastorne completamente, es necesario al quitarse el sombrero levantar las mechas que se hayan caido, restablecer los tupés, y en fin, dar aire á toda la cabellera. Si los cabellos están sudados, como sucede despues de un rato de paseo, será muy bueno dejarlos secar antes de tocar á ellos: y para acelerar este estado, puede enjugarse la humedad con un pañuelo apretando los cabellos sin frotarlos. Lo demas lo hace el contacto del aire, y los cabellos vuelven á enderezarse sobre sí mismos segun los pliegues que tenian.

### *Los dientes.*

Los dientes hermosos son el adorno indispensable de un buen rostro, y son tambien la señal, y frecuentemente la señal de una buena salud. La digestion, cuya funcion exacta y regular

es indispensablemente necesaria para la salud, depende tanto de la masticación como de la cualidad de los alimentos. Unos instantes despues de levantarse se ha de enjuagar la boca con agua tibia, blanqueada con algunas gotas de aguardiente de gayas ó agua de colonia, evitando siempre el hacer uso en esto de licores fuertes: se limpiarán los dientes con un cepillito blando, procurando hacer esta operacion por dentro y por fuera dos veces por semana. Se frotarán con carbon bien pulverizado y pasado por un tamiz de seda ó con cualquiera otro polvo preparado para este efecto (1).

En los intermedios de los dientes no se ha de introducir jamas cuerpo alguno duro: los mondadientes á la carmelita son los únicos de que debe hacerse uso: despues de comer y al acos-

---

(1) Se compone un dentrífico con partes iguales de polvo de quínquina y carbon mezclado con un poco de cremor de tártaro, unido todo con miel carbonizada, de modo que forme una pasta de bastante consistencia, la cual se estiende sobre una escobillita suave ó sobre la yema del dedo.

tarse se enjuagará la boca con agua clara.

*Cosméticos para la boca.*

Los cosméticos son de dos clases: unos se emplean para limpiar los dientes, y una parte de su efecto es, por decirlo así, mecánico: porque quitan por medio de la frotacion el sarro que se ha criado en los dientes. No obstante; suelen ir acompañados de sustancias ácidas y sales como el cremor de tár-taro, el alumbre y otras que tienen accion química: y los polvos formados de una parte de estos agentes limpian y blanquean los dientes, pero concluyen por alterar su esmalte. Los mejores dentríficos son el carbon lavado con la quín-quina pulverizada. Se limpian los dientes con escobillas, esponjas y aun tambien con lienzo fino. Si se hace con escobillas deben ser suaves para no dañar las encías. Los polvos de rosa para los dientes contienen siempre un poco de cochinilla, que desliéndose en la saliva colorea un poco los labios de color de rosa. Se han de preferir siempre los polvos de poco ácido y de un sabor dulce. Daremos la receta de unos polvos

para los dientes , compuesta con quínquina y polvos de rosa.

Tómese quínquina en polvo poco pulverizada , cremor de tartaro porfirizado, y lirio de Florencia partes iguales: todo lo cual se mezclará perfectamente. Este polvo es un poco amargo pero muy bueno para fortificar las encías. Aquellos á quienes el olor del lirio desagrada, podrán sustituir polvos de rosa, de clavel ú otro cualquiera.

#### DE LAS MANOS.

##### *Pasta de almendras para limpiarse las manos.*

Los perfumistas distinguen la pasta de almendras seca que se hace un polvo verdadero , y la pasta de almendras líquida que es una pasta untuosá y espesa como una mermelada. La pasta de almendras seca se compone de lo que queda despues de exprimido el aceite de las almendras. Se reduce á polvo fino esta masa y se pasa por un cedazo, añadiendo un aceite esencial ó cualquier otro aroma simple ó compuesto para perfumarla. Cuando las almendras de que se ha sacado el aceite no han

sido mondadas, el polvo sale rubio, y se le da el nombre de pasta de almendra morena.

Si por el contrario las almendras han sido mondadas, el polvo es blanco. Para usarla se toma un poco en el hueco de la mano, mezclándola con un poco de agua para hacerla pasta, y frotándose luego en todas direcciones hasta que se haya obtenido el efecto que se desea, ya para quitar todas las sustancias adherentes á la piel, como cuerpos grasientos, resinosos, etc., se lavan despues las manos con agua clara que disipe la pasta y lo que se haya quitado con ella.

### *Cosméticos naturales.*

Como el uso de los cosméticos naturales no presenta ningun peligro, no hay nadie que pueda abusar de ellos, y nos contentaremos con enumerarlos, indicando sus propiedades.

El agua es el primero de los cosméticos, cuyo uso diario es indispensable para el tocador. Se emplea fria ó caliente: las personas robustas deben usarla fria ó á lo menos templada. En los tiempos de hielo para los niños y per-

sonas delicadas se puede calentar para limpiar el cutis.

*La leche.*

Hay personas que se lavan la cara, los brazos y pecho con leche para suavizar la piel y conservar su morbidez. Este medio es bastante bueno.

La hiema de huevo tiene las mismas cualidades que la leche. Con ella se deben restregar las mismas partes, y despues se quita lavándose con un poco de agua, y enjugándose con un paño fino. Se ha de procurar no usar jamás de lienzos demasiado fuertes, y sí frotarse suavemente para conservar hermoso el cutis.

La carne y el jugo del cohombro refrescan la piel y la limpian perfectamente. Su uso en la estacion conveniente no puede menos de ser ventajoso.

*Jugo ácido de naranjas, limones y grosella blanca.*

El parenquima de estas frutas y su jugo limpian muy bien el cutis y desprenden el polvo que se le pega; y algunas veces se usa tambien del jugo de estos frutos, echándolos en un vaso de

agua simple para hacerlos mas refrescantes y activos. Estos zumos en algunos casos pueden venir á ser higiéni-  
cos ó medicinales.

### *Flores de habas.*

Esta flor recién cogida se emplea para quitar las manchas negras sobre la piel. Para este efecto se estrujan un poco estas flores entre los dedos, y se da con ellas á las manchas al tiempo de acostarse. Se reitera esta operacion durante la estacion, teniendo cuidado de lavarse la cara á la mañana siguiente.

### *Remolacha roja.*

La raiz de esta planta se emplea para dar á los labios y megillas pálidas el color de rosa que indica juventud y buena salud. No tiene inconveniente su uso; y se prefiere á todas las composiciones químicas, tan ponderadas y tan caras.

Para encubrir á propios y aun á estraños

La ofensa irreparable de los años.

### *Chalecos, Pantalones etc.*

Hemos dicho que el hombre de buen tono no es esclavo de la moda;

y que cuando se le resiste, la modifica y corrige. Así, pues, no llevará su vestido precisamente con todo el refinamiento de la moda, cuando esta tenga algo de afectado que su discreción debe no hacer conocer. La moda de los calzones cortos ya pasó, y solamente los ancianos la conservan. En el día se admite en todas las sociedades con pantalón negro por la tarde; pero este pantalón no ha de llegar sino al tobillo á fin de que se vea la media de seda negra. Chaleco blanco es de obligación cuando se va de ceremonia: chaleco por debajo ya no es de moda sino en las provincias.

Un hombre fino debe usar sus guantes según la estación. En invierno los de castor ó gamo; en verano los de batista ó percal. En el baile los guantes de color claro que no se deben llevar sino una ó dos veces. Esta es una parte del tocador que se ha de observar cuidadosamente. Los guantes blancos no se llevan sino á una boda. Los botines son un calzado que ha substituído al borceguí de los antiguos, teniendo la doble ventaja de afirmar el calzado, preservar los pies de humedad,

hacer el andar menos penado que las botas y dar al pie y á la pierna mucha gracia. Se usan en invierno y en verano. En invierno cuando hiela han de ser de casimir negro, cubriendo el pie con una tira de cuero por debajo. Los botines deben de ser abotinados, ya con botones de la misma tela, ya con botones de pelo de cabra ó de hueso ó marfil. Algunos llevan un ribetito de seda negra y se pone bajo el pantalon.

En verano el botin de lienzo crudo y aun de batista, se usan muy amenu-do, y no se enlazan todos los botones. Nada puede haber mas fresco que este calzado bajo un pantalon muy blanco, particularmente cuando se va al campo ó hace buen tiempo; pero no conviene sino á los jóvenes que tienen un pie hermoso y delgado de caña.

Para estar bien calzado de esta suerte es preciso que el botin sea nuevo, ó á lo menos que no se haya lavado.

## CAPÍTULO II.

## OBJETOS DE CAPRICHOS.

*El paraguas, baston y fusta.*

Una buena caña de indias con puño de oro era el baston de nuestros abuelos: y mas era un adorno que otra cosa, pues se llevaba demasiado largo y demasiado alto para que pudiese ofrecer un apoyo sólido. Sin embargo, en nuestras comedias antiguas se puede muy bien tolerar que un barba se sirva de su caña de indias cuando quiere corregir á sus hijos ó sobrinos traviesos. Este adorno cae muy bien con las casacas bordadas y los chalecos de raso; pero ya solamente le llevan los hombres de alguna edad que no pueden desprenderse de su pasada juventud.

Los jóvenes llevan en el dia cañitas ligeras que les sirven de apoyo cuando resbalan; pero los hombres bien educados, y aquellos que por hábito y cuidado han dado á sus cuerpos movimientos fáciles y saben cómo colocar sus brazos y manos no tienen necesidad de semejantes cañas ni las llevan.

Se suele decir comunmente que las

inclinaciones de un hombre se conocen por la clase de compañías que frecuenta, é igualmente se puede decir que su modo de vivir, de andar ó presentarse, dan á entender quien es.

Ved sino aquel hombre con unas patillas espesas que le cubren la mitad de la cara, un capote terciado, una corbata negra y que se clarea, y el sombrero tirado sobre la oreja: este hombre parece que está observando á todos, y que quiere pasar sin ser visto, pues es algun espía.

Mirad al otro, cuyo modo de andar es precipitado, desigual y con periodos sobre un pie como sobre otro: que huele de cien leguas á ambar y almizcle, y cuyas miradas azoradas giran por todos lados: este es un fátuo.

El otro jóven que anda reposado con aire contemplativo, ó bien es algun estudiante de medicina, ó leyes.

Si veo acercarse á un elegante de mal gusto, que tiene todo el aire de desvergonzado y muy pagado de sí mismo, mas bien ridículo que elegantemente vestido, y que voltea en una mano un junquillo, este, me digo á mi mismo, es el Lovelace de algun café, el cortejo de

las que se dan apariencia de señoritas sin serlo, ó un cómico de provincia ó de la legua que representa los papeles de galan en algun melodrama extranjero.

Miremos aquel anciano que oculta sus arrugas bajo una peluca negra, cuyos cabellos estan cortados, con una casaca color de castaña y una gran cadena de acero en su relox, sus antiguos calzones cortos y el paraguas por baston, cuidadosamente cubierto con su forro de holandilla; este es algun magistrado ó curial que aun recuerda á Enrique IV.

El paraguas que en un tiempo era un mueble pesado y embarazoso, y cuya armazon de madera se plegaba dificilmente cubierta de hule, en el dia es un mueble de lujo, y tan ligero, que á veces le meten en un baston; pero esta especie de paraguas son de mal tono y de mal gusto. El paraguas se debe llevar siempre cogiéndole por enmedio sin apoyarse sobre él ni ponerle la funda. Cuando se acompaña á una señora y sorprende un chaparron, se abre de modo que la señora quede enteramente cubierta sin cuidar de sí, no

obstante que se esponga un frac de paño de sedan á perder todo su lustre; pero se cumple con un deber de urbanidad, y la señora por muy complaciente que fuese no perdonaria al compañero que lleva si pensase en su sombrero de castor ó en su frac de paño, cuando ella barriesgaba una esquisita mantilla ó un pañuelo de dos ó tres onzas. En este caso conviene no fiarse del débil abrigo de un paraguas, y sí tomar un coche de alquiler.

Un paraguas incomoda y embaraza: es necesario guardarle en un sitio espresamente dedicado en los teatros y en todos los sitios públicos. Un paraguas es el espanto de los sirvientes, de las criadas y de las dueñas de las casas que miran con excesivo cariño el aseo de su pavimento. Con efecto, ¿qué se ha de decir de un hombre que llega á una casa con el paraguas chorreando agua por todas sus goteras, y que mancha sin compasión un pavimento encerrado por la mañana, ó una alfombra estendida el dia anterior? sin duda que no hablan una palabra; pero se piensa que está mal educado, de poca prevision y lleva tambien algunas maldicio-

nes en lo interior. Se gastan ya pocos paraguas; la moda va disminuyendo cada dia.

Se lleva una fusta que sirve de baston; pero esto solamente cuando se ha de ir á caballo, y fuera de este caso no debe llevarla nadie que no quiera parecerse á un montañés ó á un picador de un Grande.

Fuera las espuelas de las botas, porque asustan á las señoras, declaran la guerra á sus guarniciones y aun á los mismos vestidos, y aun puede darse caso en que se atrevan á herir un pie hecho á torno, que no podia prometerse semejante ultrage sino la admiracion de todos los que le ven.

*Los anteojos, el lente y el antejo de teatro.*

Si os ha dado la naturaleza dos buenos ojos con niñas negras y demasiado salidas que saben disparar miradas penetrantes bajo largas pestañas, no los cubrais jamas con anteojos: dejad este adorno para los que no son tan felices como vosotros, que tienen la vista incierta y débil; á aquellos que en las calles y paseos no pueden distinguir bien

los objetos. En este caso son perdonables los anteojos ; pero no en ningun otro , pues dan una fisonomía insolente y atrevida que desagrada.

Hay quienes no pudiendo aguantar continuamente los anteojos puestos , se sirven del lente , que suspendido al cuello con una cinta de seda completa el tocador de los petimetres. Pero aun el lente es mas impertinente que los anteojos , porque señala casi siempre la persona á quien se dirige. Si se mira con él á una muger , es casi como señalarla con el dedo ; procurese , pues , evitar el mirar de esta suerte , y si la necesidad os precisa á serviros de lente , hacedlo con tanta reserva y medida que no os tachen ni de impertinencia ni de presuncion impolitica. En fin , manifestad de tal suerte la necesidad en que os hallais de este instrumento , que en vosotros se mire como una desgracia lo que algunos jvenes mal educados hacen que se mire como ridiculez.

En el teatro se suelen usar anteojos llamados así , los cuales son necesarios cuando está uno lejos del escenario , para distinguir perfectamente la fisonomía de un actor y ver hasta qué pun-

to posee el arte de pintar las pasiones sobre su fisonomía. Las señoras se suelen servir de este instrumento para examinar los prendidos de los demas , ó para ver si tal actriz es tan bonita como dice su marido ó su primo , ó si tiene tanto mérito como publica el Correo literario ; pero estos anteojos no deben servir sino en el teatro , ni deben usarse demasiadamente en él , porque estos llaman la atencion de todos hácia la persona á quien se dirigen y deben evitarse en el mundo cuanto marque particularmente á uno y le cause algun embarazo.

Hay otra especie de antejo que se usa algunas veces en el teatro , hecho de manera que se dirige de costado opuesto á 'aquel á quien se quiere ver , y el artificio está en un espejito en el que vienen á juntarse los objetos , de modo que aparece el que lo usa mirando como á la escena , al mismo paso que registra el palco de su izquierda ó de su derecha. Pero sobre esto diremos que se desconfie de un hombre que si tiene razones de espiar vuestra conducta no os mira jamás cara á cara. Esto no es natural , sino un lazo tendido , y sin duda

es algun envidioso quien se vale de estos anteojos pérfidos de que hablamos.

*El cigarro y la pipa.*

La costumbre de fumar se ha hecho tan general, que ya no se repara en la delicadeza de las señoras que aborrecen el olor del tabaco. Todos han reconocido que el humo que se exala de las hojas de la Habana tiene sus agrados, y no hay quien antes de meterse en el tráfago de su escritorio no fume un cigarro. Este método saludable para la salud que conserva los dientes y la boca sana, era desconocido de nuestros abuelos. Las señoras en Francia no fuman y dejan este gusto á la vivacidad de las españolas y á las saladas andaluzas, ó bien á las viejas escocesas que Walter-Scot nos describe con una pipa en la boca, ocultándose en la campana de la chimenea para satisfacer su gusto.

Los hombres que fuman, y es preciso confesar que en el dia es la mayor parte, lo hacen solamente por la mañana, y tienen cuidado despues de haber satisfecho esta necesidad de ocultar sus vestigios, lavando su boca con el ma-

yor cuidado. Regla general: no debe fumarse jamás en la calle.

Es preciso haber sido á lo menos capitán de húsares para fumar en pipa aunque sea de la mas hermosa espuma de mar. No debe fumarse sino cigarro.

Siendo el olor del cigarro por sí desagradable, no debe fumarse sino por la mañana al levantarse de la cama, lavarse despues la boca cuidadosamente y no llevar ninguna de las cosas que componen los arreos de un fumador; como tabaco, bote, pipa, etc.

Por general que sea el gusto de que hablamos, se debe negar siempre el tenerle, pues debe hacerse lo mismo que con los favores de una dama: son cosas que no se deben jamás confesar.

No se debe fumar por la noche, aun cuando se esté en su ventana y no queden mas que pocos momentos para acostarse.

Un artista célebre es tan nombrado por sus producciones como por el arte con el cual sabe arrollar un cigarrito. No le imiteis en esto y ateneos siempre al cigarro. Sucede algunas veces ir á la mañana á casa de un banquero,

encontrarle en bata y paseándose en su jardín con un chicote en la boca. El primer cuidado es sacar su bote de cigarros y ofrecerlos uno. Lazo, escollo, maquinación contra vuestra reputación de hombre aseado: vuestros vestidos os venderán y no podreis cuidar vuestra boca del modo necesario para que no se os conozca. No fumeis, pues, sino en vuestra casa (1).

### *Del reloj y de los sellos.*

Ya solamente los ancianos y los trabajadores llevan el reloj en el bolsillo de sus calzones: en el día se lleva en bolsillo del chaleco, metido en una cadena de oro echada al cuello bajo del chaleco, y que se introduce entre el

---

(1) Todos estos pormenores sobre el fumar son muy impertinentes en España, en donde ya no padece ni la reputación de bien criado, ni la urbanidad siendo tan general esta costumbre. Los extranjeros nos critican y nos imitan; nos tratan de bárbaros por las corridas de toros, y el que una vez ha estado en ellos no deja de asistir á ninguna. Dentro de pocos años tal vez no criarán nuestras Américas bastante tabaco para la Francia. (*Nota del traductor*).

tercer ó cuarto ojal. Ya no se lleva sello, sino una llavecita de oro que sirve para dar cuerda, y que se deja ver ó no. A veces puede ponerse el reloj en el bolsillo del calzon, pero esto es cuando es muy chato. En tal caso debe tener hácia fuera una cadena de oro corta y formada de eslabones prolongados, de los que se vean uno ó dos. Un hombre de gusto se guarda muy bien de ostentar su reloj. Una rica simplicidad debe brillar sobre todo su tren, por lo cual es tan ridículo llevar un reloj de plata, como uno guarnecido de diamantes. La repetición ya no es de moda sino para los viages ó las partidas de caza. Nada hay mas desagradable que hacer sonar la repetición en una tertulia ó en medio de una conversacion. Aquel tin tin á nadie gusta sino á los niños que se divierten con el ruido, y entretienen su imaginacion con un mecanismo que no pueden concebir.

*Anillos, sortijas, alfileres,*

Abandonad los diamantes á las mugeres. Es cierto que una flor les cae mejor, pero las adornan hasta los mismos diamantes; la mano de un hombre de-

be estar libre de todas estas futilidades: un anillo de oro es permitido: algunos llevan sortija de diamantes en el dedo meñique, pero esto huele á jugadores de manos ó á empíricos.

Un jóven de provincia ajusta su corbata con cuidado, y la pliega á la matemática ó la cruza á lo oriental, y acabado su tocador se pone un gran alfiler de diamantes que heredó de su abuelo, y que está remontado con cuidado y un gusto perfecto; pero envanecido con esta alhaja de precio se pavonea y se da tono con pensar que lo advierten. Lo advierten todos en efecto, pero es para criticar su mal gusto: lo mejor que haria en tal caso sería el dar su diamante á una muger á quien faltase un solitario.

### *Caja de tabaco.*

Desde el tiempo de Moliere se hacia rechifla de las narices sucias con el tabaco, y con razon: porque ni la misma pipa; de la que las señoras tienen tanto miedo, ofrece un disgusto tan grande á un olfato fino como la tabaquera y sus resultados. En unos aquel polvo sucio causa un gangueo insóportable;

en otros cuyo cerebro escita continuamente, se ve que tienen que valerse de un pañuelo á cada paso, y dejar cortado un periodo elocuentemente empezado, por la necesidad de estornudar.

Es cierto que algunos grandes hombres han tomado mucho tabaco: testigo el gran Federico, de quien quiso ser monarca Napoleón. En el día la Francia encierra mas de seis millones de monos de esta especie. No tomeis pues tabaco; pero si este gusto se os ha hecho una necesidad indispensable, ocultaos cuando debais satisfacerle, y en esto seguid discretamente la costumbre ó el uso de aquellos entre quienes os halleis.

### CAPÍTULO III.

#### EQUITACION. *De la silla.*

Se usan dos clases de sillas, la francesa y la inglesa: la de picar es propia de los que ejercitan este arte, y la silla húsar pertenece á la caballería ligera.

La silla inglesa es mas elegante y menos pesada que la francesa; aunque no se está en ella tan cómodamente como en la silla francesa; las piernas cuelgan naturalmente, se usa de ellas con

mas facilidad, y obran mas directamente sobre el caballo. La silla inglesa tiene no solo el inconveniente de que sus bastos sean mas largos, sino la de no tener borronas para sostener el muslo: lo que obliga al ginete á llevar sus piernas hácia adelante, y apoyarlas en estribos mas cortos.

La silla francesa es preferible principalmente para todos, como tambien para enseñar á un caballo.

La silla inglesa es mas á propósito para paseo.

El caballo enseñado ó maestro debe obedecer igualmente con la silla inglesa que con la francesa, y el buen ginete acaso se hallará mas cómodamente en una silla inglesa. Conformémonos á la moda. No podrá decirse que monta bien á caballo un hombre que no sabe montar sino sobre silla en que está acostumbrado. Haced que vuestro caballo haga en silla inglesa lo que le habeis enseñado á ejecutar en silla francesa.

La silla debe ponerse casi en medio de la espalda del caballo: muy adelante perjudicarian á la libertad de los movimientos del caballo, y muy detras el peso del ginete fatigaría las ancas del

caballo , y no serían tan vivas sus marchas.

*Montar á caballo.*

Puesto el pie izquierdo en el estribo , no debe su punta hacer cosquillas al caballo. La rodilla se pegará al cuarto de la silla y la pierna estará perpendicular : no trayendo la silla , cargándose ni haciéndola volver en el instante de levantarse.

Se procurará antes de pasar la pierna derecha estendida sobre la grupa del caballo sin tocarle , tener la mano izquierda sobre la delantera de la silla , á fin de sostenerse y montar suavemente.

Montado ya , debe llevarse la pierna derecha hácia adelante , é inclinar el cuerpo hácia atrás , para no dejarse caer perpendicularmente sobre el riñon del caballo , sino que resbale oblicuamente sobre la silla.

Al tiempo de montar no se han de tomar las riendas ni demasiado cortas ni demasiado largas ; demasiado largas , el caballo echaria á andar : demasiado cortas , podria el caballo no prestarse por un movimiento elástico al asiento del jinete.

La mano izquierda tiene á un tiempo las crines y las riendas iguales. Si el caballo se rehusa, acortad la rienda derecha del bocado, y cuando se le monte quedará tranquilo: y si el caballo esta embridado, se deberá tener corta la rienda derecha del bridon, y no la de la brida.

Puesto ya á caballo tened una rienda del bridon en cada mano, ó si está embridado, ajustad vuestra rienda, é inclinad sobre el estribo derecho para enderezar la silla, si se hubiese ladeado.

Que vuestros estribos caigan perpendicularmente á lo largo de los costados de la silla; calzad el estribo introduciendo el pie por defuera: nada es mas ridículo y hace formar peor opinion de un ginete, que verle calzar el estribo pasando el pie entre la accion y el cuerpo del caballo, como tambien cuando sus acciones se quedan vueltas.

*De la posicion del hombre á caballo, considerado relativamonte al hombre y al caballo.*

La posicion del ginete debe ser tal que no violente al caballo.

Cada pueblo tiene su modo particular de montar á caballo. La posicion del ginete así como está adoptada entre nosotros parece la mejor combinada, porque el hombre que sabe tenerse sin contrariar los diferentes movimientos que quiere que haga el caballo, se coloca de modo que el caballo libre en su ejercicio, obedezca con facilidad. Este tal podrá llamarse excelente ginete, cualesquiera que sean por otra parte sus actitudes y los medios que emplee para dar á entender al caballo su voluntad.

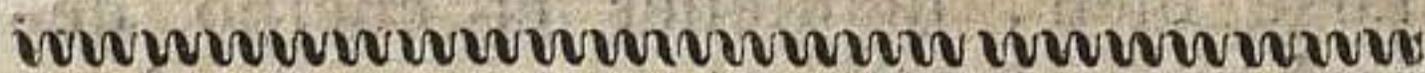
Tanto mejor montado irá cualquiera, cuanto se arregle á la posicion dada en el picadero; procurando sentarse bien, mantener el cuerpo derecho, inclinarle atras, tener los brazos libres, mover la cabeza, abarcar completamente al caballo con los muslos, servirse de las piernas, estrecharlas mas ó menos hácia atras ó con mas ó menos fuerza, segun la sensibilidad del caballo y lo que se quiera hacer de él.

Pero al manifestar la posicion que parece mejor, no se prescribe no apartarse jamás de ella. Es necesario que el hombre montado tenga mucha facili-

dad. No hay cosa mas ridícula que un ginete que ostenta figurar académicamente, y no habiendo aún adquirido bastante firmeza en la silla, el menor corcobo le incomoda y le saca de ella.

Tampoco es necesario ir á caballo con ostentacion, sino reconocer lo que en la posicion del ginete tiene mas influencia sobre los movimientos del caballo, é ir bastante sobre sí para conducirle bien.

Acordémonos sobre todo que la afectacion es de lo que mas debemos huir en todas las cosas: y que la manifestaremos en nuestras posturas estudiadas, si quisiésemos manifestarnos demasiado buenos ginetes.



## ADICIONES.

### *Vulgaridades.*

Hay personas muy honradas y muy buenas que visten á sus niños de lanceros, de húsares, etc., les ponen su sablecito al lado, su cartuchera y su gorra. *Vulgaridad.*

Os hallais en la comedia : el que está cercano a vuestra derecha pudiera economizar á la compañía cómica el oficio de apuntador , pues va recitando cada papel en voz tan alta como el actor. Os volveis á la izquierda cubriendoos un oido ; pero dais con otro escollo , pues hallais al inmediato que está tocando el piano en la luneta y llevando el compas con los pies. *Vulgaridad.*

*Perdone Vm. que lo he hecho sin querer* , dice un señoron que acaba de aplastaros un pie por introducirse entre las sillas de la orquesta y la luneta en que os hallais , y que luego os suplica os apreteis un poco para hacerle mas lugar. *Vulgaridad.*

Hablar de política en la mesa. *Vulgaridad.*

Palmotear en la comedia. *Vulgaridad.*

Habeis comido en casa de un conocido con un caballero á quien no teneis el honor de conocer , ni á él ni á su parentela , pero que él os conoce por autor de una pieza nueva de teatro. A la mañana siguiente el tal señor os escribe una esquelita pidiéndoos billete

para él, su muger y su nuera, sus cuatro niños y su ayo. *Vulgaridad.*

Un alfiler de mil escudos, y grandes sellos colgando de la cinta del relox. *Vulgaridad.*

A los señores de tal ó tal periódico: «Señores Redactores. He sabido por su apreciable periódico que acaba de presentarse para su representacion una comedia en cinco actos y en verso, cuyo asunto está tomado de la última novela de Walter Scott.

Y teniendo la intencion de hacer un soliloquio ó monólogo sobre el mismo asunto, ruego á Vms. que para ponerme á cubierto de toda acusacion de plagio, inserten esta mi relacion en uno de sus primeros números. Soy su más atento, etc. *Vulgaridad.*

Una muger bien parecida pasa por la calle; siguela un caballero dejando la direccion que lleva y aun los asuntos que importaban mas; ¿pero qué le hace? Llega delante de la casa donde ella ha entrado, se detiene un instante, mira á la puerta, las ventanas y número, y despues se va tan contento como un don Juan de las comedias de Moreto. *Vulgaridad.*

El tiempo está nublado, y un jóven que va delante de nosotros levanta á cada instante hácia el cielo miradas inquietas: en fin, la obscura nube empieza á deshacerse y á llover á cántaros. La inquietud del pobre jóven parece va á cambiarse en pesadumbre. Entonces saca corriendo de la faltriquera un pañuelo de color, lo estiende sobre su sombrero, coge sus cuatro estremidades con los dientes y echa á correr decididamente. Los que le encuentren ¿podrán dejar de decir.

*Vulgaridad?*

Despues de haber llovido es regular que haya lodos, y un dia que los hace tan buenos como son los de Madrid, pasa un petimetre ó una petimetra por la Puerta del Sol, ella levantándose el vuelo de la basquiña, y él levantándose igualmente la capa que ha estrenado aquel dia, y manifestando ó que no tienen mas capa ó basquiña que aquella, ó que temen infinito el perderlas. Esta señal de mezquindad no puede menos de entrar tambien en la clase de *Vulgaridades*.

Llevar continuamente en vez de su baston el paraguas, y curiosamente

metido en su forro de percal. *Vulgaridad.*

Señorita, ¿quiere Vm. hacerme el honor de bailar conmigo esta contradanza? = Caballero, estoy comprometida. = ¿Me atreveré a pedir á Vm. este favor para la inmediata? = Acabo de prometerla. = ¿Y para la tercera? = Estoy empeñada. = ¿Y para la cuarta? *Vulgaridad, Vulgaridad.*

Vamos esta noche al Príncipe; N. hace la Villana, y N. representa el papel del disfraz: en el baile pantomímico es la sobresaliente N. *Vulgaridad.*

Los poetas que recitan sus versos, y mas cuando nadie se los pide. *Vulgaridad.*

Los que dan un convite y tienen siempre un refrán en apoyo de aquello que os presentan. como: dijo la leche al vino, bien venido seas amigo, y otros semejantes. *Vulgaridad.*

Las madres que en cada jóven que concurre á su casa ya ven un yerno próximo; que hacen que canten sus hijas; alaban su talento, su educacion, lo caseras que son. *Vulgaridad.*

Acompañar a su muger al baile, y bailar con ella. *Vulgaridad.*

Los que se precian de políticos y leen la gaceta de prestado, y por no hacerse cargo bien de ella desuellan alguna especie ó nota. *Vulgaridad.*

Tampoco se deben omitir aquellos que se paran para ver cómo desfilan las guardias á la hora acostumbrada, y van marchando y echan el paso con ellas al son de la musica, *Vulgaridadá*, etc., etc., etc., y un millon de vulgaridades, porque sería necesario un libro entero para citarlas todas. Solamente hemos indicado aquellas que nos han ocurrido en el momento en que escribimos para dar á entender lo que quiere decir una vulgaridad. El lector que sabe en esta parte tanto como nosotros, conocerá fácilmente aquellos que incurren en vulgaridades, pues son tantos. Evitad el que se pueda colocarlos en alguna de las de su inmensa categoría.

### *El amor propio.*

Un autor compara el amor propio á una pelota de viento: desgraciado aquel que la da una picadura. Esta comparacion es exactísima. Así nada importa mas en la sociedad que conocer á fondo todas sus diferencias,

porque regularmente se pica el de los demas con el propio suyo. ¡Qué de cosas tan pequeñas, y qué de cosas tan grandes no inspira el amor propio! Nada hay de bueno (1) y nada hay de malo en donde él no intervenga. La Rochefoucault no tiene razon sino á medias, cuando le constituye el móvil de todas nuestras acciones. ¡Qué de tacto y de delicadeza no son necesarios para ocultar el nuestro y descubrir el del vecino! Feliz el hombre de mundo que pudiese deponer el amor propio á la entrada de una sociedad, así como deja la espada ó el baston á la puerta de la comedia.

No hay quien no tenga amor propio, con la única diferencia, de que el hombre de talento y el necio lo manifiestan. Oigamos á un sábio. Se vé que tiene mas placer en descubrir los defectos, que las bellezas de un libro. Dejadle hablar, y sobre todo no alabéis al autor, porque su elogio le parecerá un robo que haceis á su propia gloria. Un poeta académico, por el

---

(1) Entiéndase esto dicho solamente en el sentido de bueno, hablando civilmente.

contrario, alabará todo lo que caiga en su mano, porque se cree á sí propio muy superior á todas las alabanzas. y quiere persuadir que la envidia es agena de su corazon. No temais ser de otro dictámen que el suyo, al contrario, le dais gusto. Ved á otro, conocido de toda una Côte, pero poco favorecido de los dones de la naturaleza, se consuela afectando que no se viste como los demas. Su sombrero es de ala ancha, su casaca tiene el cuello estrecho, lleva el pelo largo, su corbata floja, y toma siempre la moda á contra pelo. Si os atreveis á decir: no se habla de otra cosa que de Vm., y en general se dice que tiene Vm. un carácter ridículo, quedará encantado. Si me preguntais por qué un amigo vuestro, y amigo desde la niñez, os desdeña, é inquiriéseis vanamente la causa de que se aleje de vos, pues le amais, estimais y le elogiais cuantas veces se ofrece, y aun habreis tenido la felicidad de hacerle que acepte vuestro dinero; todo esto es verdad, pero no le habeis pedido jamás el suyo, él es vuestro deudor; ya conoceis pues en donde le pica el amor propio; id á pedirle un favor y volverá á ser vuestro

amigo. Pero en materia de amor es donde el amor propio se echa mas de ver; pues hay personas que no han conocido otro amor que éste. Desgraciadamente hace mucha mala obra á su hermano, porque si un hombre enamorado ha cometido una indiscrecion, ha sido por amor propio; y si otro ha sido discreto, ha sido tambien por amor propio. ¡Cuánto cuidado no debe poner una muger en estudiar esta pasion! Aquel que en las conversaciones familiares no habla á la que quiere sino de sí misma, este tiene amor; pero aquel que la habla de sí propio, no tiene sino amor propio.

Respecto á las mugeres, ¡cuán injustas no las hace! Olvidarán veinte lisonjeros cumplimientos, para no acordarse sino de una sola observacion sobre el mas ligero de sus defectos. Menos descontentas se ven de no ser alabadas, que de que se alabe á sus rivales. Así es imposible vivir un minuto entre dos mugeres sin herir el amor propio de una de ellas. Entre todas las pasiones el amor propio es solo el que no conoce diferencia de edades. El niño y el anciano lo poseen en el mismo grado,

aunque es muy fácil componerse respecto á estos , porque ambos quieren que se les oiga. Si podeis emvejecer el uno y rejuvenecer al otro , habreis ya dado con el camino de su corazon. Mirad á este muchachuelo: va caminando y sostenido por los andadores de su nodriza: decidle « ¡ que bien anda! ya es un muchacho grande y crecido ; » y desde el mismo momento vereis como levanta su cabeza , brillan sus ojos , os mira ó va echando plantas con sus piecitos. Decid al otro anciano que tiene la cutis fresca , admiraos de su modo de andar tan ligero como un jóven. Inmediatamente volvereis á su sangre el calor , y una actividad que se le iba escapando. Escuchad a un niño charlatan , y desde el momento os querrá , y llegareis á contentarle: y cuando querais hablarle , tambien por su parte os escuchará con mucha paciencia.

El viejo que ya nada puede aprender , cree que lo sabe todo , y recuerda todo porque está muy cerca de olvidarlo. Cuidad de no decirle jamás que sabeis el caso ó historia que él ha empezado á contar , porque sería lo mismo que cerrar la puerta a un importuno,

cuando ya hubiera quitado su sombrero para hablaros. Esta época de la vida es muy digna de respeto y miramiento. El anciano es digno de compasion por haber llegado ya á ella , y por hallarse tan próximo á salir de ella.

Evitemos , pues , chocar con el amor propio de otros ; sepamos dominar el nuestro porque en último resultado no es otra cosa sino el orgullo vergonzoso de no merecer lo que se quiere obtener.

El amor propio puede compararse á una planta , que cultivada por una mano inteligente y en un terreno feraz, producirá los mas bellos frutos ; pero dirigida por una mano ignorante en un terreno ingrato , no da sino una ponzoña que lo abrasa todo.

### *Del modo de saludar.*

La salutacion es la piedra de toque del buen gusto. Hay mil maneras de saludar segun las personas á quienes se saluda ; pero la salutacion puede ser respetuosa , cordial , afectuosa ó familiar.

Se ha introducido una moda de ultramar que parece el refinamiento de urbanidad que se encuentra entre ellos,

y consiste en que cuando se encuentra á una señora fuera de una tertulia, se aguarda para saludarla á que ella manifieste haber reparado en uno. La salutacion debe corresponderse en todo caso. Es una letra á la vista á la que no se puede faltar.

Cuando en seguida de haber saludado se emprende conversacion con un superior ó con una señora, se estará con el sombrero en la mano, hasta que hayan convidado una vez ó dos á cubrirse.

Las damas saludan á los indiferentes con una inclinacion de cabeza, á los amigos con la mano solamente: ¡dichoso aquel respecto al cual usen de una rápida ojeada en vez de otra fórmula alguna de urbanidad!

En cuanto á los saludos de los empleados en alto puesto, es necesario hacerlas segun las consideraciones independientes de la urbanidad, y la mayor ó menor flexibilidad de la columna vertebral del que las hace. Sin embargo, hé aquí una regla que no tiene excepcion. Con el pretendiente el prodigar salutaciones equivale á una negativa; esto es lo que nuestros abuelos

llamaban *Agua bendita de Corte*, ó *jarabe de pico*.

Los saludos de proteccion, no pertenecen sino á los necios y á los repentinamente elevados: porque un hombre que se respeta corresponde una sola vez.

### *De la familiaridad.*

Permitame Vm., amigo mio:» y apenas he tenido tiempo para mirarle cuando ya ha introducido sus dedos en mi caja, los ha sacado y echado al suelo la mitad del rapé. Este amigo querido, á quien jamás he conoeido, debia á lo menos no tener tanta familiaridad.

Una de las polillas de la sociedad son seguramente estas gentes á quienes no se conoce sino por haber estado cinco ó seis veces en una reunion sin reparar en ellas; pero que se creen autorizadas para trataros como á unos amigos antiguos. Si os encuentran en la calle, os sacuden reciamente en el hombro, se informan de la familia, sin saber siquiera si se tiene, se inquietan por vuestros intereses y negocios mas secretos, sorprendiéndose de que se recate con ellos la confianza: en fin os dejan, despues de haberos pedido las señas de vuestra casa, y podreis

teneros por muy feliz si no os han pedido algun dinero.

Al otro dia, cuando vais á sentaros á la mesa, veis llegar á vuestro importuno del dia anterior; viene sin ceremonia á pedir de comer; ha querido sorprenderos porque así le gusta obrar con sus amigos; y sobre todo no deben gastarse ceremonias con él, porque esto le impediria venir otra vez. Come por cuatro, censurando siempre el plato que se le presenta: entre plato y plato se sopla un buen vaso de vino, y no puede acabar la comida sin café. No bien se han levantado los manteles, cuando toma su sombrero, y da las buenas tardes, tuteando al dueño de la casa.

He conocido un gorrón de esta especie, que principalmente perseguia á los hombres célebres por sus talentos, convidandolos á comer á su casa, esperando por este medio darse alguna reputacion. Un dia encontró al agudo Mr. Martainville, á quien muchas veces habia convidado á comer sin haberlo conseguido. Ahora, le dijo, ya no se me escapa Vm. Hace mucho tiempo que me ha prometido el venir á comer conmigo: le tengo á Vm. agarrado y le quie-

ro para que cumpla hoy su palabra. En vano procuró defenderse Mr. Martainville pretestando un negocio indispensable; el otro no cedia, y fue preciso aceptar. Se ponen á la mesa, y la comida no duró mucho, porque apenas se presentó lo bastante para un enfermo que está á media dieta. Acabado el postre que se compuso de media docena de nueces: vea Vm., dijo el anfitrión á su convidado, vea Vm. aquí mi comida diaria; le he traído á Vm. como amigo, y cuantas veces quiera renovaremos este convite. = Pues Señor, respondió el hambriento convidado, volvámoslo á renovar desde ahora. = Se ignora cómo tomó el convidador esta ironía, pero se puede apostar que no volvió jamás á convidar á Mr. Martainville-

### *De los curiosos.*

¿Quién es aquel que se pasea solo en medio de la sala de una tertulia? No toma parte alguna en los placeres del baile, no arriesga una peseta en la mesa del juego, evita el mezclarse en la conversacion general, se dirige con preferencia á los sitios en que dos ó

tres personas hablando en voz baja, manifiestan que no quieren ser oídos, y que el asunto de su conversacion debe ser secreto. ¡Qué listas tiene las orejas! ¡Cómo procura percibir los sonidos que no pueden llegar á ellas! ¡Cómo se ensancha cuando ha podido pillar alguna palabra! ¡Qué interés, pues, tendrá en conocer de esta suerte los negocios de todo el mundo? Ninguno, sino que es un genio curioso. Aquellos dos, á quienes estaba escuchando, hablaban de una especulacion de comercio; estos otros del matrimonio de sus hijos; y todo esto está claro que le interesaba muy poco, pero ha podido pillar algunas palabras que le han dado á entender de lo que se trataba, y queda contento. Este mismo será tambien quien se ponga á mirar por encima de vuestro hombro si estais escribiendo una carta: que leerá las que hayais dejado sobre vuestro bufete: que preguntará á los porteros y sirvientes los asuntos de la casa. Es verdad que no procurará abusar de las confianzas que obtenga, porque la curiosidad no es un vicio del corazon; es una manía que infesta á hombres, por otra parte esce-

lentes , y que son mas dignos de lástima que de enojo.

El conde A. de P. tenia un criado estremamente curioso a quien sorprendió un dia . mirando desde su ventana , y vió que iba leyendo una carta que le habia dado. Al dia siguiente le encargó una comision igual . y puso por posdata á su carta. «Puede dar V. verbalmente la respuesta al portador , porque está enterado del asunto lo mismo que yo , pues ha tenido cuidado de leer en el camino la carta que le envio. » Es de presumir que esta leccioncita corrigiese al criado curioso . mucho mejor que las mas grandes reprimendas.

*Del espiritu de contradiccion.*

Cuando vuestra mala estrella os reuna con uno de estos tales . no pongais conversacion alguna : cededles , porque aunque tengais toda la lógica de Condillac reunida á la elocuencia é imaginacion de Chateaubriand , no seria el triunfo vuestro. Son hombres cuya felicidad consiste en ser opuestos á los otros , á pesar de la razon y la evidencia , y muy frecuentemente aun de sus propias opiniones. He conocido el molde,

por decirlo así, de esta necia clase de gentes. Si sacaba yo el relox, á juicio de él, estaba algunos minutos atrasado ó adelantado, porque él lo tenia arreglado por la mejor meridiana de la Corte. Si se hablaba de una noticia anunciada en un periódico, era falsa; él la había leído en otro mejor informado, ó lo sabia por cierto conducto que lo contaba de otra manera; aplaudia siempre á los actores de menos mérito: no alababa sino las piezas que habian sido silvadas, ó las obras nuevas que se habian quedado en las tiendas de los libreros.

Si no os es dado libertaros de la conversacion de semejantes gentes, abandonadles: pues como solo el disputar es su felicidad, ellos mismos pondrán fin á una conversacion que no les ofrece permuta alguna de este gusto.

### *Los entusiastas.*

Hay otra especie de hombres opuesta á los del espíritu de contradiccion, y no por eso menos insoportables, cuales son los entusiastas: y aun se cree que son peores, porque con los primeros es mas fácil romper claramente;

pero siendo el carácter de los entusiastas todo benevolencia y dulzura, se vé uno obligado, sopena de pasar por inurbano, á oír con paciencia y aun con una especie de placer sus locas exclamaciones. No hablo aquí de los entusiastas conocidos bajo el nombre de filarmónicos; en quienes el órgano musical se estiende desde la corouilla hasta las uñas de los pies. No, semejantes entes se abstendrán muy bien de pronunciar una palabra que les pueda hacer perder un compas, y su admiracion la espresan solo con gestos y contorsiones. Teniendo cuidado de alejaros á bastante distancia de estos energúmenos, podeis ir sin riesgo alguno á oír el Tancredo ó la Semíramis; pero los entusiastas que es muy gustoso observar son los amigos y admiradores de los fabricantes de poemas y comedias, que creen manifestar su estimacion á un autor dándole las primicias del fastidio que reservan mas tarde para el pobre público. El autor ha reunido en su casa unos treinta de sus conocidos mas íntimos: quiere saber su parecer sobre una comedia en cinco actos y en verso, que debe presentarse al otro dia al encarga-

do del teatro, y empieza. Reparad inmediatamente á un entusiasta; solamente al título se ha reído ya tres veces y ha aplaudido el nombre: de cada interlocutor le complace, cada verso le acarrea trasportes convulsivos de admiración. Al fin del primer acto ya está rebosando alegría; y aunque no sepa aun sino la esposicion del asunto de la pieza, ya no duda en afirmar que aparece un nuevo Moliere, y que el Tartuf puede marcharse á pasear muy en hora buena.

¿Qué puede decirse de semejantes gentes? Dejadles que se estasién á su satisfaccion, y atribuir su ridículo entusiasmo á la ciega amistad que tienen al autor: porque de otro modo sería preciso llevarlos á que ocupasen una jaula en las gavias.

### *De los importantes.*

Entre las ridiculeces más numerosas en la tierra, que lo son más que las estrellas en el firmamento, la que más compasion causa á todo hombre sensato es la nulidad importante. Son frequentísimos en las cortes aquellos que se erigen protectores de todo el mundo, sin

tener la voluntad ni poder de proteger á nadie, pasando toda su vida en las antecámaras de los Ministros y principales personages. Reciben en ellas con una admirable constancia postes de horas enteras, de los que se vengan á su vez sobre las personas sencillas y crédulas, que en su tono de seguridad se persuaden que son hombres de infinitas relaciones. Siempre llevan tras sí alguno de estos necios, con los cuales juegan al ministro y á los pretendientes. Tambien antes de hablarles es necesario hacer antecámara durante una hora, porque un hombre tal debe estar abrumado de negocios. Mientras se le aguarda, se divierte él en su gabinete en calentarse á la chimenea, ó en componer alguna décima para una Excelencia, porque á pesar de su necesidad, quiere tambien pasar por un hombre de ingenio. En fin, se abre la puerta y le encontrareis en un bufete lleno de papeles, escribe que te escribirás; no vuelve la cabeza cuando entráis, os escucha sin dejar de escribir, os responde de la misma manera y os despide prometiéndoos todo lo que quereis. Continuais con esta práctica diaria por

algun tiempo ; pero llegais á conocer con quien las habeis , y no volveis á poner mas los pies en casa de vuestro poderoso protector ; mas sin duda ninguna que encontrará otros simples á quienes formar en la misma escuela, porque él ha protegido , protege y protegerá. Pero este hombre , direis , ¿ es un fátuo , un hombre sin vergüenza, un tonto ? = No : es un importante.

*De las mugeres de edad.*

Al hablar de las mugeres de edad en un tratado en que nos proponemos presentar los escoltos que aguardan al hombre en su entrada en el mundo, de ningun modo se crea que una muger de estas es un escollo ; todo al contrario : el trato frecuente con estas mugeres es el que inspira aquella urbanidad , aquella elegancia de modales, tono y dulzura ; en una palabra, aquel amor propio bien entendido, únicas cosas que pueden dar al hombre fino el renombre de perfecto á que le es permitido aspirar ; pero las jóvenes haciéndonos contraer, sin quererlo, por su influencia sobre nuestra alma, todos aquellos hábitos fáciles que constituyen

al hombre amable, deben aprovecharse mas tarde de la amabilidad que hemos adquirido á su lado. Es propio de todas las mugeres en general la bondad, las gracias, el talento y la indulgencia; así es que á todas ellas debemos respetarlas y obsequiarlas á su vez. ¡Cuánto provecho, pues, no se puede sacar de una muger en quien la vejez solamente ha destruido la hermosura! ¡Cuán dulces no son en ellas los consejos de la esperiencia! Seguramente que no se parecen á las reconvenciones y repriminaciones de un viejo lleno de mal humor, y privado de toda ilusion; sino de una muger amable que nos dá lecciones dulces, porque las ha sacado de recuerdos llenos de encantos. Su moral acierta con la senda de nuestro corazon, porque no es precisamente enemigo del placer inocente, y porque sale de aquel sexo que siempre ha sabido hacerse oír de nuestro corazon. Hablo aquí de las mugeres de edad generalmente, porque se encuentran tambien á veces alguna que otra á quien la vejez hace tan mal intencionada y ridícula, que se venga sobre los jóvenes de la pérdida de sus gracias; pero de to-

das maneras son escepciones que no deben derogar la regla, y se puede decir claramente que un hombre que se burla de las mugeres de edad, es indigno de ser amado de las jóvenes.

## MORALIDAD.

### EL RINCON DE LA CHIMENEA.

¿Qué concluiremos de todo lo dicho? Entre las ciencias la mas difícil, como la mas indispensable es la de conducirse en el mundo. Hemos espuesto el cuadro fiel de las cargas que la sociedad impone á cada uno de sus miembros: ahora toca al lector pesar las ventajas que le proporciona ó las incomodidades que puede ocasionarle. En cuanto á nosotros toca, sin querer prevenir el juicio de nadie, juzgaríamos por incompleta la tarea que nos hemos propuesto, si al lado de las reglas severas de la etiqueta y de los placeres ceremoniosos de una sociedad, no manifestásemos la felicidad de la vida doméstica, y las satisfacciones pequeñas, y fáciles felicidades del rincón del hogar propio.

Es cierto que es indispensable seguir las prácticas constantes y las leyes

de la urbanidad. Esta sola puede comunicar gracia y hechizo. Las palabras y las acciones constituyen parte de la educación en términos que no hay cosa que la pueda suplir; pero en el mundo se la experimenta á veces imperiosa y dominante, y solo en el centro de la vida doméstica, y familiaridad de la propia casa es en donde se manifiesta franca, natural y seductora: porque allí está desnuda de exigencias y de pretensiones.

A casi todos los hombres arrastra la manía de ir á buscar gustos y diversiones fuera de su casa. El uno deja su excelente puchero para tener una mala comida en una fonda: el otro no tiene por bueno ningun café sino el que toma en casa del comerciante N., y ¡cuántos casados con sus mugeres hermosísimas se van detras de una actriz llena de afeite y colorete! ¡Ah, si todos estos locos conociesen las delicias de su casa!

Biron lo dijo; no hay cosa tan buena en esta vida como el rincón de casa, y la conversacion doméstica; y en efecto, entre la familia todo es comun; talentos, alegría y buen humor. El amor propio, tirano de la conversacion, pierde todo su poder; no se procura brillar á cos-

ta de nadie; es una partida ó un juego en que son iguales los tantos. Las graves tertulias, las dicusiones políticas, las reuniones literarias, ¿equivalen nunca el desahogo alegre de dos antiguos y buenos amigos en cualquiera de las casas de entrambos?

Hay muchos que no pueden comer solos; admiten los convites á troche y moche, ó comen en la fonda por no saber que hacerse. Estos tales desconocen el placer que les aguardaba en su propia casa. Allí cerquita de la chimenea hagau poner una mesita elegantemente servida: y satisfecho ya el primer apetito conocerá cualquiera que sus ideas se refrescan: bien pronto vendrán á distraerle reflexiones llenas de encantos, de originalidad y de aquellos pensamientos que le acercan á las ideas felices de la juventud: y si su genio perezoso quiere de todos modos conversacion, coja de su biblioteca un tomo de la Fontaine, de la Bruyere ó de Wanton, ¿qué mas amables interlocutores podrá encontrar? ¿Preferirá acaso la fria charlatanería de las mesas, ó las trivialidades que necesariamente ha de escuchar en las mesas redondas?

No hay nadie que no haya echado de ver cuan repentinamente se pasan las horas en el rincón de la chimenea. Despues de una brillante ópera de Rossini: tras un baile magnífico con su abundante ambigú: al volver de una representacion dramática la mas primorosa, ó de una tertulia del mayor tono: cuando se entra en la propia casa ya cansado de la melodía, fatigado de los saludos y del polvo: cuando despues de haberse desembarazado de todo el aparato de un peinado y vestido de ceremonia, se echa uno sobre una silla poltrona, apoyando las puntas de los pies en los morrillos de la chimenea ¿no se dá uno por contento de verse ya solo? Mil ideas se dan priesa á presentarse y todas agradables. No parece sino que al haber dejado el gentío ha deseansado uno de un peso que le oprimia, se goza del placer de hacerse compañía á sí propio, y durante esta especie de medio sueño, las horas vuelan ligeras como las chispas que saltan meneando los tizones; y á veces la mañana mas bien que el relox es quien advierte que es tiempo de tomar algun reposo.

Nuestros buenos abuelos que sabian

vivir bien, apreciaban mucho el rincón del fuego. ¿Quién de nosotros viendo en aquellos salones góticos de las granjas antiguas, aquellas respetables chimeneas, tan grandes como los aposentos de ahora, no creerá que asiste á una de aquellas tertulias del antiguo tiempo? El castellano ó la noble dama escuchaban entonces sin pestañear alegres cuentos ó romances: se echaban al colete sendos tragos: un page cantaba los romances moriscos: y amos, escuderos, pages dueñas y siervos no formaban el rincón de la lumbre sino una sola familia, olvidando los males de la víspera, los trabajos del día, y los cuidados del siguiente.

Pero como la moda va siempre rodando y cambiando el mundo, ahora nos hallamos en el siglo de los contrastes. Fortuna y pobreza, talento y necedad, filosofía y devoción suelen vivir á veces bajo de un mismo techo. Parece que una corte se compone de veinte naciones diversas que se mezclan y entrelazan para no formar mas que un pueblo particular: y es necesario que un mismo objeto y una misma pasión ponga en contacto diariamente estos

elementos heterogéneos. El procurarse el placer nos reúne, y el hábito ó la costumbre nos retienen á despecho del fastidio. Cada día son indispensables nuevos puntos de reunión; de aquí la multitud de convites que llueven cada día, de bailes, diversiones y teatros que obligan frecuentemente al hombre á no ir á ninguno por cumplir con todos.

Se reconviene á los poetas de que cantan sobre todos asuntos. ¿Cómo no se ha hallado alguno que celebre dignamente el rincón del hogar? Porque si estos señores adquieren reputación en la soledad en que trabajan sus obras al rincón del fuego, y una justa gratitud debiera ser para ellos la musa que les inspirará.

Y á la verdad: ¿qué sitio mas inspirador que el rincón del fuego? Todos los pensamientos toman allí un tinte de color de rosa, y se mira uno contento de sí y de los otros. ¡Dichoso el autor cuya obra se lea junto al fuego! Puede sin duda contar con la indulgencia de sus lectores; y respecto á la obra presente, no la desearemos mejor destino sino que sea leída en él.

# ÍNDICE.



## PRIMERA PARTE.

|                                                                                    |    |
|------------------------------------------------------------------------------------|----|
| CAPITULO I. <i>Del mundo y sociedad.</i> . . . . .                                 | 1  |
| CAP. II. <i>De la sociedad de buen tono</i> . . . . .                              | 7  |
| CAP. III. <i>De la urbanidad</i> . . . . .                                         | 13 |
| CAP. IV. <i>De la sociedad de las mugeres.</i> . . . . .                           | 15 |
| CAP. V. <i>De la sociedad de los hombres</i> . . . . .                             | 29 |
| CAP. VI. <i>De la conversacion.</i> . . . . .                                      | 32 |
| CAP. VII. <i>Conversaciones comunes.</i> . . . . .                                 | 53 |
| CAP. VIII. <i>Del deseo inmoderado de manifestar ta-</i><br><i>lento</i> . . . . . | 64 |
| CAP. IX. <i>De la alabanza.</i> . . . . .                                          | 70 |
| CAP. X. <i>De la critica.</i> . . . . .                                            | 73 |
| CAP. XI. <i>De la generosidad.</i> . . . . .                                       | 78 |
| CAP. XII. <i>De la avaricia,</i> . . . . .                                         | 81 |

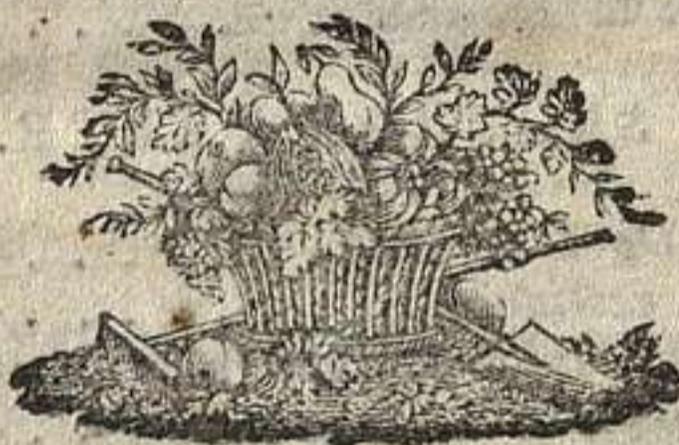
## SEGUNDA PARTE.

|                                                           |     |
|-----------------------------------------------------------|-----|
| CAPITULO I. <i>De la moda.</i> . . . . .                  | 86  |
| CAP. II. <i>Del vestido</i> . . . . .                     | 88  |
| CAP. III. <i>Del hombre de mundo en su propia casa.</i>   | 90  |
| CAP. IV. <i>Amabilidad</i> . . . . .                      | 95  |
| CAP. V. <i>El hombre de mundo con sus iguales.</i> . .    | 99  |
| CAP. VI. <i>El hombre de mundo con sus superiores.</i>    | 102 |
| CAP. VII. <i>Del hombre de mundo entre los artistas.</i>  | 104 |
| CAP. VIII. <i>Del hombre de mundo con su familia.</i>     | 106 |
| CAP. IX. <i>El hombre de mundo con sus domésticos.</i>    | 111 |
| CAP. X. <i>De las visitas</i> . . . . .                   | 112 |
| CAP. XI. <i>De las citas.</i> . . . . .                   | 118 |
| CAP. XII. <i>De los bailes.</i> . . . . .                 | 120 |
| CAP. XIII. <i>El teatro.</i> . . . . .                    | 123 |
| CAP. XIV. <i>Reuniones literarias y filarmónicas.</i> . . | 126 |
| CAP. XV. <i>El hombre de sociedad en viage.</i> . . . .   | 129 |
| CAP. XVI. <i>Un dia de campo</i> . . . . .                | 133 |
| CAP. XVII. <i>Un bautismo</i> . . . . .                   | 135 |

|             |                          |     |
|-------------|--------------------------|-----|
| CAP. XVIII. | <i>Del matrimonio.</i>   | 137 |
| CAP. XIX.   | <i>De los entierros.</i> | 139 |
| CAP. XX.    | <i>Del juego.</i>        | 140 |
| CAP. XXI.   | <i>De los almuerzos.</i> | 144 |
| CAP. XXII.  | <i>De las comidas.</i>   | 145 |
| CAP. XXIII. | <i>De las cenas.</i>     | 153 |
| CAP. XXIV.  | <i>Del arte cisoria.</i> | 155 |
| CAP. XXV.   | <i>De la habitacion.</i> | 169 |

### TERCERA PARTE.

|             |                                   |     |
|-------------|-----------------------------------|-----|
| CAPITULO I. | <i>De las modas.</i>              | 173 |
| CAP. II.    | <i>Objetos de capricho.</i>       | 207 |
| CAP. III.   | EQUITACION. - <i>De la silla.</i> | 219 |
| ADICIONES   |                                   | 224 |
| MOBALIDAD.  |                                   | 247 |



*En la librería de CUESTA, frente á las gradas de san Felipe el Real, y en la de SANCHEZ, calle de la Concepcion, se hallarán los libros siguientes.*

*Cartilla de Agentes y pretendientes, ó Manual de ministerios, tribunales y oficinas: contiene todas las dependencias del gobierno, y reúne en un solo volumen la práctica de los tribunales, ministerios y oficinas segun se observa en el dia; obra indispensable á los agentes, pretendientes, curiales y oficinistas. Un tomo en 4.º á 16 rs. en rústica y 20 en pasta.*

*Manual y direccion de Alcaldes ordinarios y pedáneos de los pueblos de España. Un tomo en 8.º, á 6 rs. en rústica y 8 en pasta.*

*Comentarios á las leyes de Toro, segun su espíritu y el de la legislacion de España, por don Juan Álvarez Posadilla. Un tomo en 4.º, á 30 rs. en pasta.*

*Coleccion de discursos forenses pronunciados en defensa de algunos inocentes acusados, con un discurso sobre la administracion de la justicia criminal, extractados de las obras de Mr. Servan, célebre Abogado francés. Un tomo en 8.º*

*Heineccii Recitationes in elementa juris civiles secundum ordinem Institutionum: editio prima Hispana. Dos tomos en 8.º, á 20 rs. en pasta.*

*Manual del Cocinero, Cocinera y Repostero, con un tratado de Confiteria y Botilleria, y un método para trinchar y servir toda clase de viandas, y la cortesanía y urbanidad que se debe usar en la mesa, acompañado de una lámina que esplica el modo de trinchar. Un tomo en 8.º*

*El secretario español, ó nuevo estilo de escribir cartas y sus respuestas. Un tomo en 8.º, á 8 rs. en rústica y 10 en pasta.*

*Romancero de Romances Moriscos, compuesto de todos los de esta clase que contiene el Romancero general impreso en 1614, recopilados por don Agustin Durán. Un tomo en 8.º marquilla.*

*Discurso sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del teatro español. Un tomo en 8.º, á 5 rs. en rústica.*

*Química*. Compendio de esta ciencia y de sus aplicaciones á las Artes, escrita en francés por Mr. Desmarest, y traducida al castellano por don José Luis Casaseca. Dos tomos en 8.º con una lámina.

*Elementos de Higiene*, ó Arte de conservar la salud y prolongar la vida, por Tourtelle. Dos tomos en 8.º, á 30 rs. en pasta.

*Lecciones del Doctor Broussais sobre las Flegmasias gástricas*, y sobre las Plegmías cutáneas agudas. Un tomo en 4.º, á 16 rs. en rústica y 20 en pasta.

*Formulario y recetario Médico-Quirúrgico*, por don Felix Eguia. Dos tomos en 8.º, á 16 rs. en pasta y 12 en rústica.

*Historia natural, y descripción de la Langosta y modo de destruirla*. Un tomo en 8.º, á 3 rs. en rústica.

*Tratado económico de la cria de Gallinas, y estincion de fieras venenosas á los ganados*: por don Francisco Diez-te y Bail. Un tomo en 4.º, á 12 rs. en rústica y 16 en pasta.

*Guia Veterinaria*: por Rus. Cuatro tomos en 8.º, á 44 rs. en pasta.

*La Gatomaquia*. Poema burlesco del célebre Lope de Vega. Un tomo en 12.º, á 6 rs. en rústica y 8 en pasta.

*El Murcielago alevoso*: graciosa invectiva del Maestro Gonzalez, á 6 cuartos.

*El Licprista*, ó Arte de destilar y componer todo género de licores y aguardientes. Un tomo en 8.º á 6 rs. en rústica y 8 en pasta.

*Manual de Senoritas*, ó Arte para aprender toda clase de costuras, bordades en el hilo, algodón, lana, sedas, al trapo, pasado y cañamazo, con el Arte de modista ó costurara. Un tomo en 8.º con láminas, á 12 rs. en rústica y 14 en pasta.

*El nuevo Robinson*, adornado con 12 láminas finas y una carta ó mapa. Dos tomos en 8.º, á 26 rs. en pasta.

*El Veterano*: anécdota suiza. Un cuaderno en 8.º, á 2 rs. en rústica.

*El Oráculo de los Preguntones*: juego gracioso y divertido de 24 preguntas y 12 respuestas cada uno. Un cuaderno en 8.º, á 2 rs.

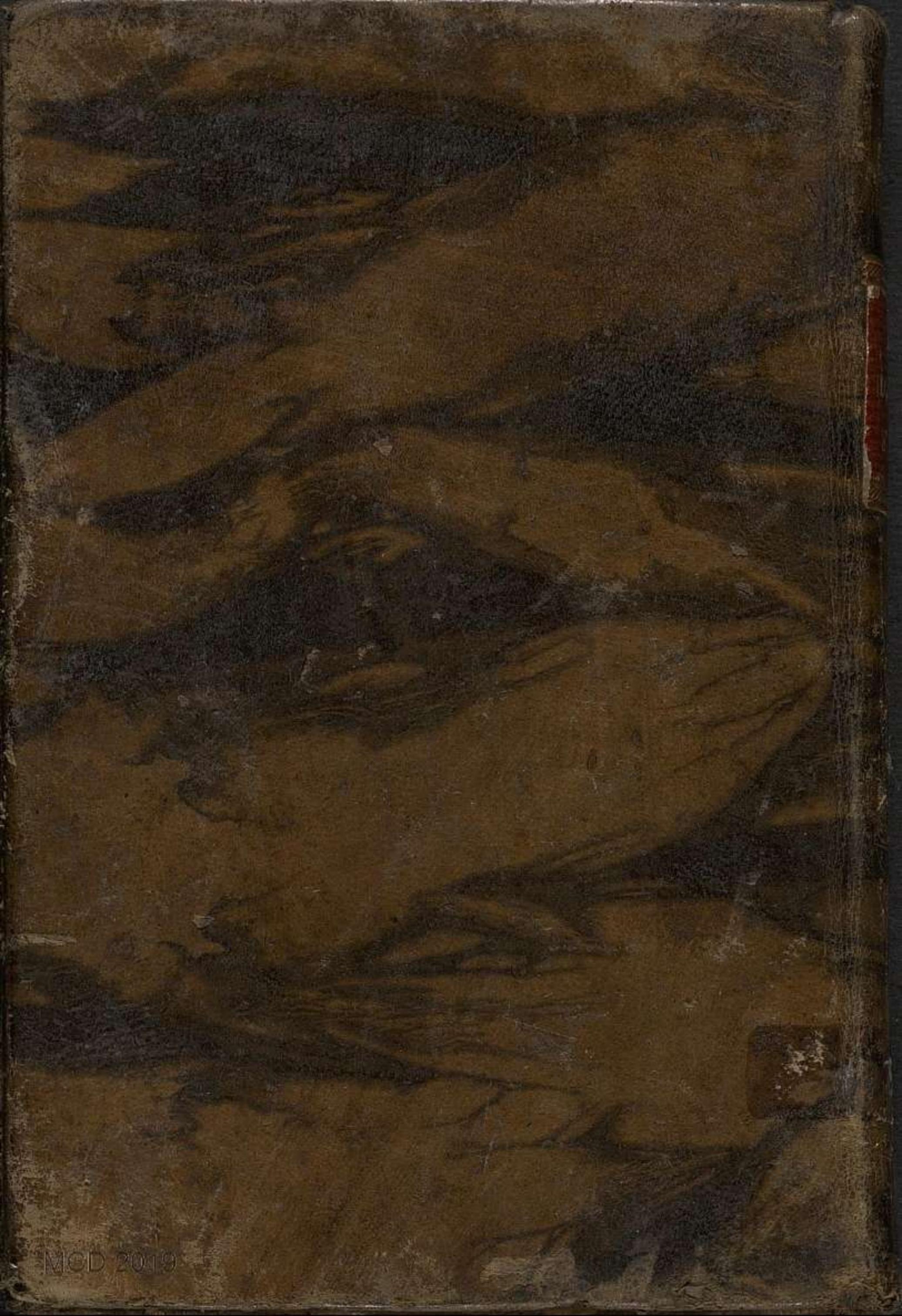
*Las cinco órdenes de Arquitectura de Vignola*, por don Diego de Villanueva. Un tomo en folio, á 26 rs. en rústica y 30 en pasta holandesa.





13





MCD 2019